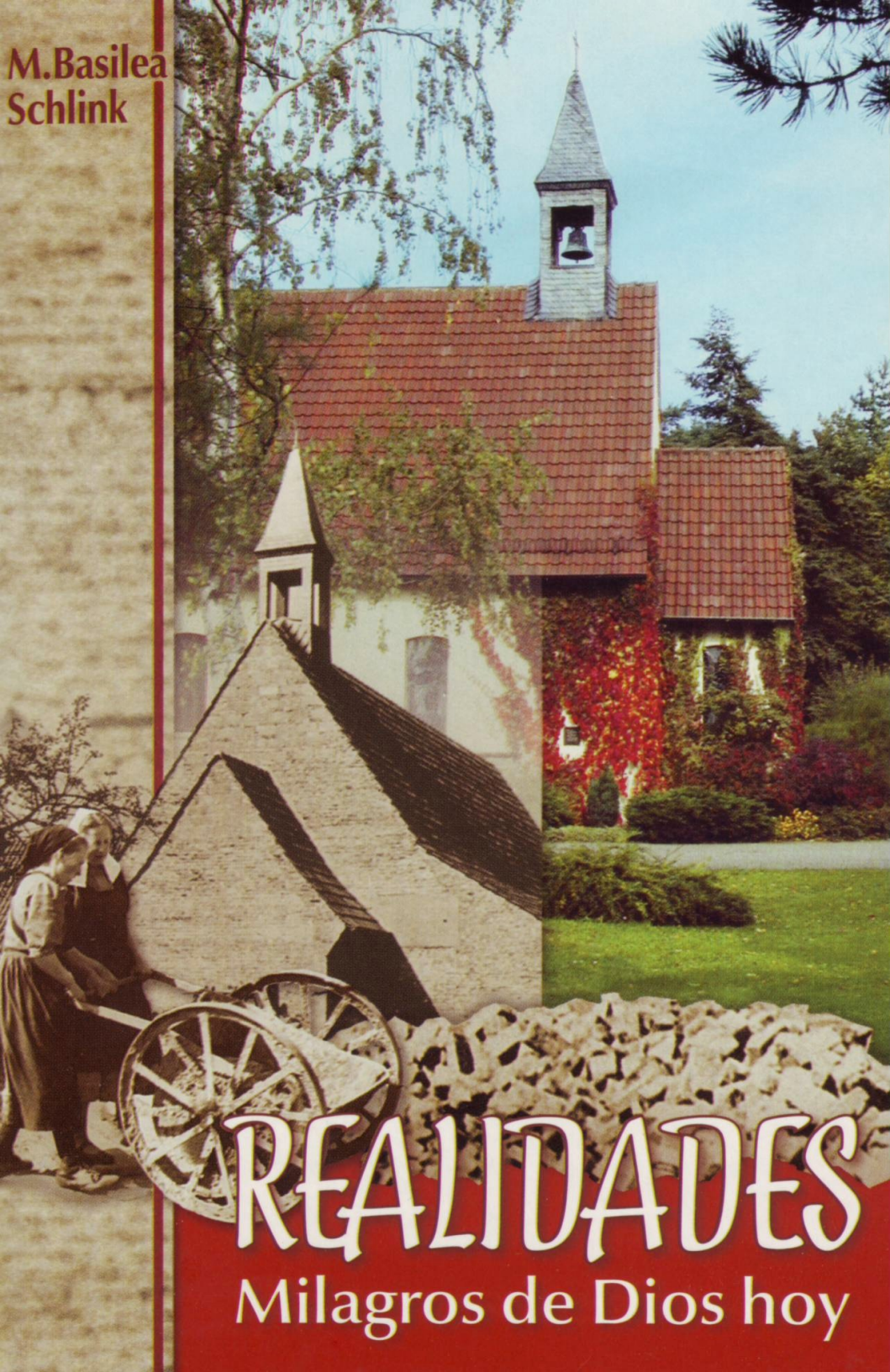


M. Basilea
Schlink



REALIDADES

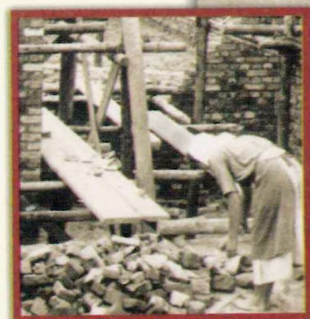
Milagros de Dios hoy

Los milagros de Dios hoy...
ocurren diariamente. Este es un
relato que nos muestra el poder
de Dios para hacer milagros.

Un puñado de jóvenes mujeres
cristianas, en medio de una
Alemania destrozada por la
guerra, pone en acción una fe
radiante.

Esta es la increíble pero ver-
dadera historia de la madre
Basilea Schlink y la Hermandad
Evangélica (Luterana) de María.
Desde sus frágiles comienzos
en el altillo de una casa, este
dinámico ministerio de Dios
está ahora presente en Europa,
África, Asia, Australia, Norte y
Sur de América.

Cada una de estas conmove-
doras páginas nos habla de las
maravillosas respuestas de Dios
a las oraciones de la Herman-
dad. Son respuestas visibles,
actuales, reales a peticiones casi
imposibles. Tú también te sor-
prenderás y asombrarás al
leer estos relatos verídicos y
comprenderás que, también
para ti, los milagros pueden
llegar a ser...realidades.



REALIDADES

Milagros de Dios hoy

de M.Basilea Schlink



haz clic en la foto

Hermandad Evangélica de María
Darmstadt, Alemania

© Verlag Evangelische Marienschwesternschaft e.V.
Darmstadt, Alemania
Todos los derechos reservados.
Título original en alemán:
REALITÄTEN - Gottes Wirken heute erlebt

Primera edición en alemán 1962
Segunda edición en español 2007
Versión como PDF en español 2022
ISBN 978-3-87209-926-6

Todos los derechos están protegidos por las leyes internacionales del Derecho de Autor. Los contenidos y/o portada no pueden ser reproducidos total ni parcialmente por sistemas, impresión, audiovisuales, grabaciones o cualquier medio, sin permiso del dueño del copyright.

info-es@kanaan.org

www.kanaanhispano.net

ÍNDICE

Prólogo.....	8
Prefacio.....	10
Cap. 1. Dios escucha la oración hecha con fe Dios busca adoradores ¡Surge una capilla de la nada!.....	16
Cap. 2. Dios responde a la oración perseverante Las palabras de la Biblia se cumplen hoy.....	23
Cap. 3. Dios quiere la oración ferviente El arrepentimiento abre el camino, hasta para un permiso de construcción.....	29
Cap. 4. La oración de fe mueve el brazo de Dios ¡Doce cestas llenas!.....	34
Cap. 5. Dios quiere que se le pida en toda necesidad La tienda de oración: tienda de milagros.....	40
Cap. 6. Dios está obligado a cumplir su palabra Cuota inicial al instante.....	46
Cap. 7. Dios espera nuestra purificación La vagoneta descarrilada.....	49
Cap. 8. Dios espera que nos arrepintamos Culpables por la lluvia.....	53
Cap. 9. Dios escucha la oración de confianza Esa ridícula fe.....	56
Cap. 10. Dios ayuda a quien se arriesga en la incertidumbre “Ustedes han recibido gratuitamente, den también gratuitamente”.....	61
Cap. 11. Dios ayuda de un modo admirable 1. ¿De dónde venía realmente el dinero?..... 2. Señales cumplidas: arrepentimiento de los pecados.....	68 72

Cap. 12. A Dios le agrada la oración sencilla	
1. El devocional del 20 de junio.....	75
2. ¡Abba, Padre querido!.....	78
3. Caramelos en la noche del sábado.....	82
Cap. 13. Dios se glorifica en nuestras necesidades más urgentes	
¡Él está a nuestro favor! Una celebración para examinar la construcción.....	84
Cap. 14. Dios responde a la fe obediente	
“¡Yo soy el Señor, tu sanador!” “¡No se dormirá el que te guarda!”.....	89
Cap. 15. Dios busca arrepentimiento y una entrega constante	
El tapón de la botella.....	96
Cap. 16. Dios espera que la oración sea sincera y continua	
El huerto de las ciruelas.....	104
Cap. 17. Dios quiere que dependamos de Él	
1. Una imprenta... por la fe.....	109
2. El Arrepentimiento trae la respuesta de Dios.....	118
Cap. 18. Dios busca la oración de fe	
1. Matemáticas celestiales.....	120
2. El autobús azul.....	123
3. Las medidas: 11 metros y 80 centímetros.....	128
4. Rodeado de ángeles.....	130
Cap. 19. Dios quiere que creamos en su Palabra	
Jesús hoy, en el Mar de Galilea.....	133
Cap. 20. Dios escucha la oración de los pobres	
1. Pequeñas pruebas de fe: mediante un pepino y otras cosas.....	138
2. No se preocupen.....	142
3. El cuidado del Padre en la cocina y en la casa.....	145
4. $5 - 3 = 300$	148
5. Cómo el Padre celestial amuebla una casa.....	150
Cap. 21. El amor inventa nuevos caminos	
Una herencia prematura.....	154
Cap. 22. Dios espera confianza absoluta	
Las provisiones vienen únicamente de la mano del Padre.....	157

Cap. 23. A Dios le gusta la oración de fe hecha con confianza	
1. Salchichas para las vacaciones y un almuerzo.....	161
2. La vaca de Canaán.....	166
Cap. 24. Dios fortalece mediante la experiencia de sus milagros	
Él da alimento a los cuervos pequeños.....	169
Cap. 25. Dios interviene en el último momento	
¡Y no como esperamos!.....	173
Cap. 26. A Dios le gusta la oración osada	
Una cuenta de ahorros intocable.....	177
Cap. 27. Dios responde a la oración que brota de un corazón contrito	
El “Rey Baltasar” del año 1959.....	182
Cap. 28. Con Dios nada es imposible	
La ley que rige a las gasolineras.....	189
Cap. 29. Dios responde la oración del que se arriesga a tener fe	
1. La ocupación de la “Tierra de Canaán” cerca de Eberstadt.....	193
2. Una comisión de Dios... para su gloria.....	195
3. La intervención maravillosa de Dios al comenzar el camino por el desierto.....	199
4. Inmensos obstáculos por la grandeza de los planes de Dios.....	204
5. Su Palabra: una promesa irrevocable.....	207
6. Las tentaciones ponen a prueba la fe.....	211
7. Décimo aniversario: “¡Padre mío, que bueno eres!”.....	215
8. Nuevas humillaciones y correcciones.....	218
9. Esperar, esperar, esperar: ¿Cómo terminará nuestro caminar por el desierto? ¿Permanecerá constante nuestra fe?.....	221
10. El “fin último” de la misericordia de Dios.....	223
11. “Canaán”, una tierra donde Dios se glorifica.....	225

Cap. 30. Dios manifiesta su poder en las cosas imposibles cuando se le pide con fe

1. “Estoy dispuesto a hacer milagros”:
Historia de la construcción de una capilla de alabanza.....231
2. Prueba tras prueba. Las dificultades ponen los cimientos.....234
3. Triunfo final de la fe. ¿Seguir con firmeza en la fecha de Ascensión?.....236
4. ¿Promesas sepultadas?.....240
5. El gran cambio. Su acción maravillosa ante todo el pueblo.....242

Epilogo246

- Obstáculos para la oración.....248
- La oración de fe.....250
- La oración simple.....252
- La oración perseverante.....253
- La oración eficaz.....255
- El camino a la oración.....256



PRÓLOGO

¿Cómo surgió este libro? Yo les había comentado a mis hijas espirituales en la Hermandad de María que me gustaría que nuestras experiencias sobre oraciones contestadas se escribieran. Eso nos ayudaría a recordar las maravillosas intervenciones de Dios entre nosotras, para que siempre le diéramos las gracias, lo alabáramos, y no olvidáramos nunca su bondad. Ellas estuvieron de acuerdo conmigo.

El día de mi cumpleaños me obsequiaron un libro en el que habían escrito muchas de las experiencias de oración que Dios nos había respondido.

Algún tiempo después, llegó la petición de una señora de los Estados Unidos. Nos preguntaba si, de algún modo, podíamos reunir tales experiencias en un libro. Ella sabía de nosotras por medio de nuestros libros y, además, había venido a visitarnos en una ocasión. Ella nos escribió: “Un libro para la alabanza de Dios, con los testimonios de su ayuda maravillosa, sería muy útil para las almas vacilantes e inseguras, y para todo aquel que quiera aprender a orar como debe hacerlo el verdadero creyente”. Me acordé, entonces, del regalo que me habían dado mis hijas. El material reunido por ellas sirvió como punto de partida para este libro, en

el cual les contaremos acerca de las maravillosas obras de Dios.

Quiero dar las gracias al Señor. Pues ¡Su nombre es “admirable”! También quiero expresar las gracias a mis hijas por el material que prepararon.

Gracias, especialmente, a la madre Martyria y a las hermanas Benedicta y Ruth por su colaboración en la preparación de este libro

M. Basilea Schlink



PREFACIO

Vivimos en una época totalmente diferente de las otras. El mundo se mueve rápidamente hacia la cumbre de su desarrollo tecnológico. En todos los campos, el ser humano busca los instrumentos de poder y dominio y, al mismo tiempo, marcha hacia una catástrofe increíble. Un temor por el futuro, tal vez hasta cierto punto inconsciente, se ha apoderado de la humanidad. La amenaza de la guerra atómica esparce un temor paralizante en muchas personas. La humanidad se queda perpleja ante el futuro.

¿Qué o quién ayudará, cuando se produzca la catástrofe? Los científicos y los hombres de Estado no han hallado la solución.

Sin embargo, para los creyentes, la oscuridad de la noche futura está iluminada por una brillante estrella: *la bondad de Dios, el Padre.*

En este tiempo de angustia hay palabras que alientan al creyente: *“Alégrense siempre en el Señor”*. Sí, alegrémonos, precisamente en el comienzo de la era atómica, los que creemos en un Dios vivo, que es nuestro Padre por medio de nuestro Señor Jesús. Porque en nuestro tiempo, Dios, el Padre nos dará su ayuda y manifestará sus milagros como nunca antes, si clamamos, confiamos y realmente contamos con Él para nuestras necesidades.

Dios está dispuesto a ayudar a los que creen en su amor, a los que confían en su omnipotencia, a los que creen que hoy también puede hacer milagros. Él puede protegernos del día de la catástrofe, sostenernos en medio de los horrores de una guerra atómica. Cuando realmente contemos con este Dios Todopoderoso, el Padre de amor, nos sentiremos llenos de fortaleza y gracia en medio del temor.

Somos una pequeña comunidad en Alemania, no muy antigua, hemos experimentado realmente el amor y el poder del Dios que hace milagros. Nuestra comunidad surgió a través de la experiencia de la guerra y el juicio que cayó sobre nuestra nación, especialmente por el horrible bombardeo a nuestra ciudad de Darmstadt, en 1944. El que hayamos experimentado la realidad de Dios, de su santidad, pero también de su amor misericordioso, provocó entre nosotras arrepentimiento y avivamiento espiritual en las clases bíblicas para muchachas, que realizábamos entonces. Esto condujo en los tres años siguientes y por el profundo amor a Jesús, a la fundación de la Hermandad de María.

Desde los primeros días, el Señor nos ha permitido experimentar sus milagros. Él hizo esto, al llevarnos a situaciones que eran humanamente imposibles, tanto interior como exteriormente. Nos enseñó a esperar pacientemente en Él, con la certeza de que cuanto más difíciles fueran los tiempos y mayores las necesida-

des, tanto más se manifiesta su amor y su poder. Nunca nos cansaremos de alabarlo y glorificarlo por sus poderosas obras.

Aquí no se intenta, por lo tanto, hablar teóricamente de un Dios que hace milagros, sino presentar un relato de lo que el Dios viviente ha hecho realmente. Este libro habla de cuándo y cómo Dios contestó la oración, de qué manera nos “abrió camino en las muchas aguas”, de qué forma nos salvó y nos protegió, cómo intervino en situaciones imposibles y cambió decisiones humanas y alteró situaciones y relaciones en respuesta a la oración. No sólo comenta sobre las oraciones que Dios contestó en situaciones cotidianas, sino también demuestra la maravillosa intervención de Dios en tiempos de crisis y de abrumadora angustia, aparentemente insoportables, como cuando las disposiciones oficiales parecían cerrar todas las puertas de los proyectos necesarios para nuestro servicio en el reino de Dios. ¡También habla de los milagros en nuestros asuntos económicos, que desconciertan a cualquier sistema normal de contabilidad! En los terrenos de la Hermandad de María existe hoy un conjunto de edificios que da testimonio de la ayuda de Dios en nuestros asuntos económicos y de que Él efectivamente contesta la oración. Estos edificios costaron grandes sumas de dinero. No teníamos reservas, ni recibíamos ningún subsidio oficial.

Se construyeron y se pagaron sólo gracias a la oración y la fe en la ayuda de Dios. Por eso resuena a lo largo de este libro este testimonio: ¡Tenemos un Dios que hace milagros, que ayuda! (ver Salmos 68:20; 72:18).

Con el corazón lleno de gozo y gratitud compartimos esta realidad: El que confía en Dios no depende de los cambios políticos ni económicos, ni de una catástrofe que se avecina. Su porvenir depende sólo de Dios, en cuyas manos están todas las cosas. Pues Él dice una palabra y con ella, todo lo que pudiera producirnos daño o infortunio desde el punto de vista humano, se reduce a la nada. Sí, aunque las cosechas y las aguas llegaran a estar envenenadas, podemos contar literalmente con esta promesa de Jesús: “... *y si beben algo venenoso, no les hará daño*” (Mr 16:18). Tal es el “cantar de los cantares” que se entona en este libro: una vida dependiente del Padre celestial, libre de las muchas seguridades de esta vida, unida a Dios con una confianza infantil y absolutamente fundada en la oración.

Al reunir estos relatos para publicarlos, me volví a sentir sobrecogida por la certeza y seguridad de tal clase de vida, a pesar de las luchas y dificultades que se presentaron en los continuos proyectos de construcción, de la necesidad diaria de provisiones para muchas personas y del establecimiento y mantenimiento

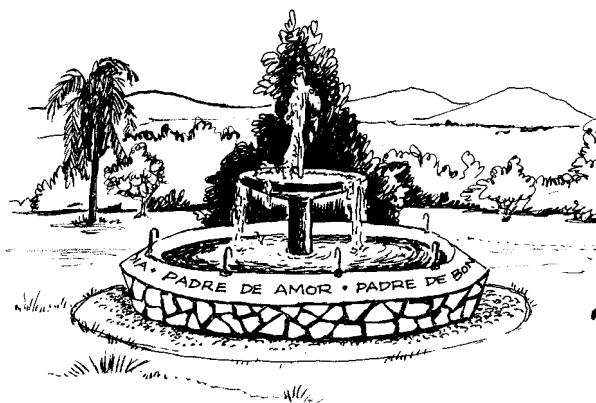
de varias ramas de nuestra obra sin contar con ninguna clase de seguridad financiera.

Estos relatos, de incidentes reales ocurridos en nuestro tiempo, confirman que Dios es fiel a sus palabras, pronunciadas hace miles de años: El que espera en Dios no será avergonzado; al que busca primeramente el reino de Dios y su justicia, todo lo demás le vendrá por añadidura; el que da, recibirá en abundancia. En pocas palabras, el que confiando en Dios, en su amor y en su poder, arriesga todo, heredará todo.

La persona que, en fe, aprende la disciplina de la obediencia, al presentarle algo a Dios y esperar en Él, entregándole ese asunto por entero para que Él obre, heredará todas las cosas aun aquí en la tierra. Así, en tiempo de necesidad, experimentará que no le falta ninguna buena cosa. Pues es un hijo, que depende completamente de su Padre, un hijo que confía totalmente en Él por lo que todo le será dado por añadidura. Dios tiene compasión de los pequeños y necesitados. Como Padre que es, Él se hace cargo de las necesidades de éstos.

De modo que el tema de este libro es verdaderamente la alabanza a Dios. Permita el Señor que sirva para estimular a sus lectores, con el fin de que lleguen a ser verdaderos hijos de Dios, pues a sus hijos les pertenece el reino de los cielos. Los hijos creen en lo que piden, porque confían en su Padre.

No tienen otro pensamiento diferente a que el Padre los ama y que, por esa razón, los educa y los disciplina como un verdadero Padre. Sin embargo, siempre los auxilia y los atiende cuando se lo piden. Así nosotros, como hijos, experimentamos que Dios es amor y que hace bien a los que en Él confían. Dios permite que sus hijos tengan la experiencia de sus milagros, de tal modo que disfruten del cielo anticipadamente aquí en la tierra.



1

Dios escucha la oración hecha con fe

Dios busca adoradores: ¡surge una capilla de la nada!



En Darmstadt, entre Fráncfort y Heidelberg, sobre la carretera estatal número tres, hay una capilla. No se diferencia de muchas otras. Sin embargo, es distinta. ¿Por qué?

A un lado de su entrada flamea un gran estandarte, en el cual están escritas las siguientes palabras: “Edificada sólo con la ayuda del Señor, que hizo el cielo y la tierra, por la fe en Jesucristo”. Esta capilla, como ven, fue levantada en el nombre del Señor cuyo nombre es “Maravilloso”, no según el modo humano de hacer un contrato con un profesional y estipular el financiamiento, sino de conformidad con los principios de la fe y la oración.

La historia es la siguiente:

En mayo de 1949, el Señor me dio una convicción interna de que se debía construir una capilla para su gloria, en la cual Él sería adorado. ¡Qué idea tan extraña! ¿No debía pensar yo primero, en alguna forma en que la Hermandad de María pudiera obtener una casa? En ese tiempo, 26 hermanas estaban viviendo en la casa de mis padres y junto con ellos, algunos inquilinos, cuyas viviendas habían sido bombardeadas.

Todo estaba ocupado, hasta el último metro cuadrado, incluyendo el desván. Era imposible recibir a nuevas hermanas por falta de espacio. En todas partes había colchones y bolsas de paja.

Pero el Señor no nos había dicho: “A causa de su estrechez y aparente situación imposible, les ayudaré a construir una casa matriz”. Al contrario, el Señor no me habló acerca de nuestra casa, sino de la suya. Él encendió en mi corazón el dolor que sentía, por tener tan pocos y verdaderos adoradores.

Poco después, la idea de construir una capilla fue puesta en duda por alguien. La madre Martyria y yo le pedimos al Señor una confirmación en la Biblia. Teníamos una colección de cerca de mil pasajes bíblicos en tarjetas. Después de algún tiempo de oración, cada una sacó una tarjeta*. Los siguientes son los versículos que estaban escritos en las tarjetas que sacamos:

“Ten ahora presente que el Señor te ha escogido para que construyas un edificio que será su santuario. Por tanto, ¡ánimo y manos a la obra!” (1 Cr. 28:10).

“Y háganme un santuario para que yo habite entre ellos” (Éx. 25:8).

* De manera similar, la Escritura siempre nos dio orientación clara en cuanto al camino que debíamos seguir, algo parecido a la práctica seguida por la Comunidad Herrnhut, cuyo *Losungen* (selecciones de lecturas bíblicas diarias para todo el año) es muy conocido.

Aunque tan claramente confirmaba el Señor nuestra comisión de construir una capilla, el deseo de rendir verdadera adoración al Señor ardía sólo levemente. Esto se evidenció de forma dolorosa en la Navidad de 1949. Ciertamente, los corazones debían estar inflamados y las lenguas libres, para unirse a los pastores y a los sabios en la adoración al Niño del pesebre. Pero fue una Navidad triste. El Niño Jesús esperó en vano nuestra adoración.

Después, las hermanas sintieron un gran dolor por haberse mostrado tan apáticas ante la presencia del amor del Niño Jesús. De sus corazones arrepentidos brotó una petición: “Concédenos que la capilla sea construida”.

Con el fuego que ardía en nuestros corazones, comenzamos a orar con gran sinceridad por la capilla. Lo primero que pedimos fue que el Señor nos concediera la tierra donde debía ser edificada. La mayor parte del tiempo orábamos en grupos.

Pedíamos que el Señor nos concediera el terreno, aunque no teníamos nada en perspectiva. Cuanto más imposible parecía la situación, tanto más fervorosa e insistente era nuestra oración.

Una mañana resonó la campana que llamaba a las hermanas. La madre Martyria y yo habíamos regresado de un paseo y nuestras hermanas nos rodearon. El sol

iluminaba la habitación y hacía resplandecer una llave de hierro que yo agitaba feliz en la mano.

“¿Para qué será esta llave?”, preguntó una de las hermanas. “Es la llave del terreno”, contestó otra inmediatamente. “¡Sí, es la llave de nuestro terreno!”, exclamé.

Entonces les expliqué: “Está en la carretera estatal número 3, cerca de un bosque. Se encuentra próximo a la ciudad, sin embargo, tiene praderas y campos alejados. Cubre tres cuartos de hectárea, y ¡nos lo han regalado! La tierra no está cultivada, podemos sembrar algo. Ya tiene algunos árboles frutales y hasta una casita en el jardín. ¿De dónde vino el terreno? Nos lo regaló el padre de una de nuestras hermanas.

Después de semanas de pedir, ahí estaba el terreno. Había llegado la respuesta. Parecía que Dios esperaba, hasta que estuviéramos entusiasmadas con el deseo de construir la capilla donde le alabaríamos y adoraríamos.

Nuestros tibios corazones tuvieron que ser inflamados con el entusiasmo del reino de Dios, antes de que nuestra oración pudiera ser sincera y efectiva. Allí estábamos, conmovidas al comprender que Dios había oído nuestra petición y había tocado el corazón de aquel padre para que nos diera la tierra donde podríamos construir la capilla. Llenas de alegría, comenzamos a cantar juntas:

*Ahora, a Dios demos las gracias
con corazón, manos y voces;
Él ha hecho maravillas,
y el mundo en Él se goce.*

Entonces oré al Padre celestial. Si Él nos había dado esta tierra como una promesa de que podríamos edificar allí, sin dinero, sin subsidio y sin ningún recurso previsible, nos daría alguna confirmación bíblica. Eso sería una base sobre la cual podríamos afirmarnos, una nota de garantía de que teníamos la facultad de llevar ante Él toda necesidad, para que Él hiciera los pagos. El versículo que saqué del tarjetero fue éste:

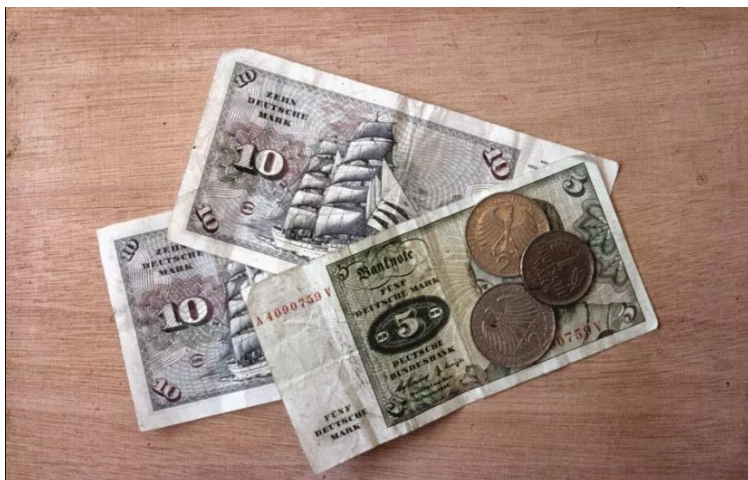
*“La ayuda nos viene del Señor, creador
del cielo y de la tierra” (Sal. 124:8).*

Ante esto, irrumpimos con un nuevo canto de alegría y alabanza. Mediante este pasaje bíblico, Dios nos había dado una promesa que incluía todo. Valía mucho más que el dinero.

¿Sería más difícil para Dios crear la capilla, y luego la casa matriz, que crear el cielo y la tierra? ¡Ciertamente, no! En ese momento, la convicción llegó hasta lo más profundo de nuestros corazones. ¡Cuán fácil tenía que ser para un Dios tan poderoso, que hizo el cielo y la tierra, llevar a cabo la construcción de este edificio! ¡Para nosotras podía parecer algo grande, pero para Él era algo pequeño!

En realidad, el estímulo de la Palabra de Dios nos fortaleció mucho en ese momento, y ni siquiera pensamos en el estado de nuestras reservas económicas: ¡sólo teníamos 30 marcos!

Con la imprevista obtención gratuita de este terreno, aprendimos que Dios oye la oración de fe, cuando ésta se hace con absoluta sinceridad.



Dios responde a la oración perseverante

*Las palabras de la Biblia
se cumplen hoy*

Nuestra hermandad era pequeña, pues sólo tenía tres años de fundada. La mayoría de las hermanas eran muy jóvenes. Ya habíamos encontrado oposición desde diversos ángulos, y no teníamos ningún contacto con personas de influencia, ni tampoco contábamos con dinero, experiencia en la construcción o alguien que nos aconsejara en el aspecto legal.

Teníamos pocos amigos. ¿Se podía construir la capilla en estas condiciones? Teníamos una montaña de problemas, incertidumbres e imposibilidades.

Además, pocas semanas antes había muerto el cofundador y padre espiritual de nuestra hermandad. ¿Se manifestaría el Padre celestial como “Padre de huérfanos y defensor de viudas”? ¿Nos guiaría en forma clara? ¿Nos hablaría? ¿De qué manera?

Una de las primeras dificultades era conseguir el permiso municipal para construir. Hicimos la solicitud para el permiso. Y el resultado: “Por ningún motivo

se puede conceder permiso para construir una capilla y habitaciones (para nuestra casa matriz) en este terreno.

Allí no hay alcantarillado a disposición y el terreno no se presta para un sistema de desagüe. Sin embargo, hay un lote dentro de los límites de la ciudad, que fue parcialmente bombardeado, pero es parecido y pueden comprarlo. En efecto, la casa vieja probablemente se pueda incluir en el negocio, y así tendrán cuatro metros cuadrados de vivienda por persona”.

Es cierto que “nada hay imposible para Dios”. ¿Pero, los creyentes deben ceder inmediatamente y dejarse dirigir por otros? ¿Deben renunciar a lo que han comenzado? ¿Debíamos perseverar en oración de fe, hasta que las autoridades cambiaran la decisión? ¿Teníamos que poner a disposición de otros, el terreno que Dios nos había dado y que en el diario de la hermandad habíamos descrito como “maravilloso”? ¿No nos lo había concedido Dios directamente, en respuesta a nuestras oraciones? ¿No había en nuestros corazones la certidumbre de que “éste tiene que ser el terreno”?

Invocamos el nombre del Señor para que, si este convencimiento interno era de Él, nos lo confirmara. Su Palabra podía iluminarnos en esta situación. Y Él nos respondió:

“Nefthalí, saciado de favor y colmado de la bendición del Señor, toma posesión del oeste y del sur”
(ver Deuteronomio 33:23).

Entre el “oeste y el sur” está el suroeste. Nos asomamos a la ventana. Nuestro lote de terreno estaba exactamente en el suroeste. El terreno que las autoridades nos habían ofrecido se hallaba exactamente en la dirección opuesta. Estas palabras nos animaron a todas las hermanas a orar por este motivo durante una semana. Nuestro Padre celestial ya sabía que iba a necesitar, para nosotras, más de 7.000 metros cuadrados; mucho más, diez veces más, todo Canaán (Véase pág 193). De modo que Él no esperaba que sus hijas renunciaran al plan que tenían y se sometieran al de otras personas. Él aguardaba nuestra fe, que lucharía para lograr lo que Él nos había prometido.

Pero nuestras oraciones no parecían tener esperanza. Las autoridades municipales recibían muchas solicitudes para construir, y especialmente peticiones para que se hicieran nuevos alcantarillados. Todas las peticiones, las solicitudes y las llamadas telefónicas resultaron en vano. No podíamos hablar personalmente con el ingeniero municipal. Nuestras inquietudes sólo llegaban hasta la oficina general de recepción. Nunca conseguiríamos un permiso para construir en ese terreno.

La mano de Dios pesaba sobre nosotras; no podíamos ni avanzar, ni retroceder y sus promesas nos obligaban a estar firmes. Él quería probar nuestra fe y enseñarnos la oración perseverante.

Al fin llegó el día en que Dios se las ingenió para contestar nuestra oración. El milagro ocurrió a fines de marzo de 1950. La madre Martyria nos lo cuenta:

“Tenía el plan de acudir una vez más a la Ingeniería Municipal. Esa mañana me preparé con mucha oración, le pedí al Señor que interviniera. Luego, extraje el siguiente versículo bíblico: ‘...*Cristo es cabeza de todos los seres espirituales que tienen poder y autoridad*’ (Col. 2:10). Les dije esto a las hermanas durante las devociones de la mañana y agregué: Tiene que ser que hoy el Señor, va a poner a un alto funcionario de la ciudad en mi camino, para demostrarme que Jesús es la cabeza de todas las autoridades. Jesús cambiará el corazón de ese funcionario para que comprenda que nuestra petición es un asunto relacionado con el reino de Dios.

“Desde nuestra antigua casa matriz hasta la Ingeniería Municipal había que caminar unos 45 minutos. Mientras hacía este recorrido, rechinaron unos frenos detrás de mí. Era una moto que estuvo a punto de ocasionar un accidente. Pero un carro se detuvo junto a mí.

El caballero que lo conducía se ofreció amablemente a llevarme el resto del camino, pues todavía estaba lejos de la ciudad. En seguida comprendí: Este hombre es el alto funcionario de la ciudad, al cual se refería la Escritura.

Y en efecto, lo era. ¡Nada menos que el alcalde de la ciudad! En los cinco minutos de camino le presenté nuestra petición.

“Esta vez, cuando llegué a la Ingeniería Municipal, mi visita no terminó en una antesala sin respuesta. El ingeniero municipal interrumpió una reunión para atenderme. Ya conocía nuestra situación, pues el alcalde se la había expuesto. El alcalde había cumplido su promesa de mencionar el asunto al ingeniero municipal, cuando se le presentara la oportunidad. Y había hecho aun más: interrumpió sus múltiples responsabilidades para llamar de inmediato al ingeniero municipal. ¿Y qué ocurrió? ¡Lo que parecía imposible, de repente se hizo posible! Las montañas de dificultades se derritieron como cera delante de Dios, el Señor de señores. Allí mismo, el ingeniero me dio su palabra de que obtendríamos el permiso para construir en el terreno que nos habían regalado.

“Al llegar a la casa, encontré una carta de la Ingeniería Municipal, en la cual se nos negaba una vez más el permiso. La carta había sido enviada por correo el día anterior.

Cristo, cabeza de todos los príncipes y autoridades, escribió ese día con caracteres indelebles en nuestros corazones, que Él en verdad es la Cabeza de todo principado y potestad. La negativa de las autoridades tenía el propósito de probar nuestra fe.

Para Dios significaba que no debíamos desanimarnos, sino aferrarnos con fe, pues cuando llegó su hora, actuó decisivamente y con poder.”



Dios quiere la oración ferviente

*El arrepentimiento abre el camino,
hasta para un permiso de construcción*

No nos formemos un falso concepto con respecto a los milagros. La respuesta a una oración no es automática, como cuando uno coloca la segunda moneda en el teléfono público. El experimentar milagros significa ponernos en contacto con el Dios viviente y santo, ese fuego consumidor que es incompatible con nuestros pecados. Puesto que entramos al reino de este maravilloso Dios gracias a una vida de discipulado, descubrimos que su gloriosa intervención casi siempre está precedida por juicios dolorosos y correcciones. Esto también ocurrió antes de comenzar a construir la capilla y la casa matriz.

“El Señor está cerca”“. Esta declaración nos sirvió para prepararnos interiormente en ese tiempo que transcurrió entre el inicio del proyecto y el comienzo de la construcción. Nos quedaba poco tiempo para el trabajo, y la demora en empezar el edificio nos resultaba una carga pesada. En nuestra época que muestra las señales de los “últimos tiempos”, ¿no es necesario

realizar en días, lo que antes se hacía en meses y años?

Luego de recibir el permiso para construir, presentamos los planos para la aprobación. Todas las gestiones tenían que seguir, naturalmente, los mismos trámites de las demás.

Siempre faltaba algo o algo interfería, de tal manera que nos impedía avanzar. Durante estas visitas continuas a las oficinas del gobierno, algunas hermanas comenzaron a desanimarse. Nuestros espíritus habían perdido el optimismo inicial. Ya decíamos algo así: “Simplemente uno tiene que esperar como todos los demás; no podemos estar todo el tiempo presionando a otras personas”.

La hermana Eulalia, que para entonces tenía a su cargo todo lo relacionado con la construcción, recuerda especialmente esta situación:

“Después de una seria conversación con las madres directoras, comprendí que nuestro afán no se debía a la impaciencia humana, sino que era una respuesta interna de obediencia a la urgencia de Dios. Pero, si las hermanas nos oponíamos a Dios, al pensar que lo más apropiado era esperar, ¿entonces cómo podía intervenir Él? Fue entonces cuando Dios me llevó a un profundo arrepentimiento por mi resistencia. Clamé de

nuevo a Él, con la confianza de que su poder y su ayuda nos redimirían de nuestra situación desesperada.

Pocas horas después, el 25 de julio de 1950, yo estaba en aquella oficina a la que había ido muchas veces en vano.

Pero ahora con un corazón cambiado, rogándole al Señor con arrepentimiento y firmeza que interviniera. Sin embargo, como antes, vi el mismo movimiento negativo de la cabeza: -Eso no es tan urgente. Seis meses es el tiempo mínimo para procesar un permiso de construcción y, en realidad, a menudo se requiere de un año entero.

“Luego, se abrió por un momento la puerta de la oficina principal. El jefe del Departamento de Construcciones pasó algunos papeles. Al cerrar la puerta de nuevo, casi por completo, preguntó:

“¿Qué desea la hermana?”

“La hermana quiere comenzar la construcción a toda costa”, contestó la secretaria.

“Dígale a la hermana que pase un momento... Si ustedes quieren comenzar la construcción a toda costa, yo no quiero ser el impedimento”, fue la respuesta.

“Siguieron unas cuantas llamadas telefónicas y de inmediato tuve en mi mano el permiso. Eso fue algo incomprensible para mí. En la casa matriz celebramos

este acontecimiento en forma espontánea, con alegría y acción de gracias. ¡Cómo se regocijaron nuestros corazones! Alabamos al Dios que hace milagros. Él sólo había esperado que nosotras, como Cristo, entregáramos ese razonamiento humano a la muerte, el cual nos hace desviar; y mantuviéramos un lugar para el amor que se esfuerza y cree en la causa del Señor.

“Después, oímos lo que se dijo entre los ingenieros de obras públicas. Tal cosa no había ocurrido nunca en Darmstadt, desde que existía el Departamento de Construcciones en la Ingeniería Municipal: ¡que se concediera el permiso para construir, sin inspeccionar los planos por completo, y en forma tan rápida!”

Naturalmente no teníamos un plan financiero para someterlo a consideración, como es normal en toda nueva construcción. Sólo podíamos dar testimonio de lo que había llegado a ser una certidumbre en nuestros corazones: el mismo Señor se encargaría del financiamiento. En este caso, eso significaba que el Padre celestial tendría que proveer 249.970 marcos de los 250 mil que costaría la construcción. ¡Qué torrentes de problemas sin solución pusimos ante las autoridades! Desafortunadamente para dicho departamento, tampoco constaba en ninguna parte que el Padre celestial también podía ser el fiador.

Desde esta ocasión, sin embargo, debían haber llegado a un reglamento no escrito. Terminamos la casa matriz y la capilla, y fueron dedicadas al Señor, libres de toda deuda.

Comenzamos a tramitar la solicitud para construir el Taller de Jesús y, cuando llegamos al asunto del financiamiento, sólo nos preguntaron si tendríamos el mismo fiador de la vez anterior. Entonces, inmediatamente aprobaron la solicitud, sin vacilar. En realidad, corrió el comentario: “Con un fiador como ese, ¿cómo pueden fallar? ¡La construcción estará en las mejores manos!”.

Si hubiéramos continuado oyendo la voz del razonamiento humano, Dios nunca se hubiera glorificado ante los ojos de las autoridades de la construcción y los contratistas. En caso de no haber persistido en nuestra meta de fe y de no haber clamado al cielo con nuestras oraciones, el Dios vivo no habría realizado sus milagros. Esta experiencia grabó profundamente en nuestros corazones la responsabilidad de perseverar en la fe, en cualquier circunstancia desesperada; pues es ahí donde el nombre del Señor se glorificará ante muchas personas.

La oración mueve el brazo de Dios

¡Doce cestas llenas!



¡A gosto, qué calor sofocante! Nuestras hermanas regresaban del lugar de los escombros, las autoridades les habían permitido recoger ladrillos de las casas que estaban destruidas, debido a los bombardeos.

Me asusté al verlas. No sólo estaban físicamente agotadas, sino también desanimadas y tristes. Luego de buscar a fondo, apenas si habían hallado un ladrillo entero. Al mismo tiempo comprendí que las hermanas que estaban en medio de la construcción, esperaban urgentemente una carga de ladrillos para poder continuar con las paredes. ¿Qué hacer?

Oré y presenté ante el Padre celestial esta gran necesidad. El arquitecto nos instaba a que compráramos de una vez los ladrillos para la construcción, pero no teníamos dinero. A pesar de suplicarle mucho al Señor durante esos días, casi no habíamos tenido ingresos. Por lo tanto, vimos claramente que Dios quería ayudarnos de otro modo. Él deseaba darnos los ladrillos de una manera especial. Yo no sabía cómo, aún así estaba convencida de que lo haría; porque después de orar sinceramente al Padre celestial, pidiéndole que ayudara a sus hijas en esta situación, recibí el siguiente versículo bíblico:

“¡Dichosa tú por haber creído que han de cumplirse las cosas que el Señor te ha dicho!” (Lc 1:45).

En espíritu sentí que Él nos había bendecido al comenzar a proveer los ladrillos y que continuaría, hasta que el edificio estuviera terminado. Un gran alegría brotó en mi corazón por esta promesa de la Palabra de Dios, y con él también sentí la inspiración de un cánti-

co que escribí en ese momento, y que llegó a ser nuestra canción cotidiana mientras duró la construcción:

*La fe es fuerza divina
que rompe duras rocas.
Mediante su real poder
cantamos de victoria.
Las puertas todas se abrirán,
pues nada puede detener
¡al Dios omnipotente!*

Las hermanas que habían estado recogiendo ladrillos en los escombros, recuperaron la esperanza de que Dios haría un milagro. Gracias a la oración recibieron nuevas fuerzas, pues ahora se sentían impulsadas por aquella clase de fe que puede mover montañas, según la palabra de Jesús.

Pocos días después, en nuestra lectura bíblica diaria nos correspondió leer el pasaje que se refiere a la alimentación de cinco mil personas; el milagro en que lo poco se convirtió en mucho. Esto le dio un gran gozo a mi corazón y un nuevo ánimo para creer, con certeza, que nosotras experimentaríamos una multiplicación similar de ladrillos y de los demás materiales de construcción. A la hora del almuerzo fui al sitio de la construcción y, a las hermanas que laboraban allí, les dije que yo tenía un gran regalo y que lo abriría en presencia de ellas, que trataran de adivinar lo que era.

Una de ellas lo adivinó. Se trataba de la siguiente promesa:

“Todos comieron hasta quedar satisfechos, y todavía llenaron doce canastas con los pedazos sobrantes”

(Mt 14:20).

Les dije que debíamos aplicar con fe esa promesa a los materiales de construcción y, cuando estuviera terminada la capilla, con toda seguridad habría como material sobrante cestas llenas de ladrillos por todos los lados. En esa ocasión, sin embargo, esto les pareció algo imposible a las hermanas. Por ninguna parte parecía que pudiéramos obtener materiales de construcción. A pesar de esto, su fe y ánimo fueron muy fortalecidos por estas palabras.

Nadie podía imaginar que esta “lluvia de piedras”, esta multiplicación de ladrillos pudiera ocurrir. Pero Dios siempre cumple su Palabra, en el sentido de que nada hay imposible para la oración de fe. Al regresar en tranvía, un caballero se sentó frente a mí “por casualidad”. Me preguntó acerca de las hermanas que estaban trabajando en la construcción, y sobre toda la situación. Le manifesté acerca de nuestras circunstancias. Pocos días después alguien llamó. El que llamaba se presentó como arquitecto. Dijo que el día anterior la municipalidad se había reunido y había sugerido la demolición de algunos cuarteles que quedaron quemados después de los bombardeos.



De repente se le había ocurrido proponer: “Podríamos dar estos cuarteles a las Hermanas de María. Están construyendo y estoy seguro de que podrán aprovechar los materiales”. La moción fue aceptada. Nos dieron el permiso para derribar los cuarteles y quedarnos con los materiales de construcción. Hallamos algunos ladrillos muy buenos para las paredes de nuestra capilla y con los restos que sobraron pudimos cubrir los pisos de todos nuestros sótanos.

Con este milagro, Dios nos mostró que Él ciertamente responde a la oración de fe que se hace con valentía. Y, además, que Él retiene su promesa hasta que la fe esté lista para “ver” su cumplimiento.

Aprendimos que, como Dios es grande, se manifiesta en forma majestuosa. Nuestros corazones tienen que ver su grandeza, y esperar de Él grandes cosas en oración.

Desde entonces, cantamos con gran fervor y certeza:

*La fe penetra el reino celestial,
de Dios mueve la mano;
huye ante Dios la escasez,
Él suple en abundancia.
Aquello que pueda faltar
sabemos que proveerá
¡el Dios omnipotente!*



5

Dios quiere que se le pida en toda necesidad

La tienda de oración: tienda de milagros

La hermana que estaba encargada de la albañilería en nuestra construcción nos cuenta:

“En julio de 1950, la madre Martyria acudió al sitio de la construcción y nos habló de la historia bíblica de Nehemías cuando construyó los muros de Jerusalén. Nos dijo que todos los eventos de la Biblia debían expresarse en tiempo presente, pues las leyes bíblicas todavía son válidas hoy.

Así, sentimos que debíamos erigir una tienda (carpa) de oración junto al sitio de la construcción y hacer la casa del Señor tanto con oración como con las herramientas. Desde entonces tuvimos una tienda dedicada a la oración en nuestro terreno. Se levantaba como una señal de la realidad del poder de la oración, la realidad de un Dios viviente que contesta las peticiones y hace milagros hoy, dondequiera que las personas crean y oren.

“En esta tienda, las hermanas se turnaban cada cuarto de hora, para presentar constantemente delante de

Dios sus necesidades y su fe, tal como lo hicieron los israelitas. Oraban por todo lo que se necesitaba en la obra de la construcción.

Constantemente le recordaban a Dios quién es Él: el Todopoderoso, quien con sólo decir una palabra, las cosas se hacen; quien ordena y así sucede. Cuando salían de la tienda les recordaban, a las otras hermanas que estaban trabajando, la Palabra de Dios que fortalece la fe.

“El fortalecimiento de nuestra fe era fundamental, pues carecíamos casi de todo. Tan pronto como se comenzó la construcción, el Señor permitió que se produjera una gran escasez de materiales, pues a causa de la guerra de Corea, tenían gran demanda para propósitos militares. De modo que ahora, no sólo teníamos que pedirle al Señor el dinero para pagar las cuentas cuando se vencieran, sino también cemento, vigas de acero y, en realidad, todo lo necesario para la construcción de nuestro edificio.

“Un día, por ejemplo, se nos acabó el cemento. Eso quería decir que pronto tendríamos que suspender los trabajos. Ninguna firma comercial podía vendernos siquiera un poco. En la tienda de oración le pedimos a Dios durante muchos días que nos enviara el cemento. Todos los días nos reuníamos a las once de la mañana en dicha tienda.

Ese día nos encontrábamos angustiadas, cuando de repente se apoderó de nosotras un espíritu de fe completamente nuevo. Comenzamos a cantar un himno de alabanza, con la certeza de que el Señor no permitiría que se detuviera la construcción. Repetidas veces, Él nos había manifestado la urgencia que tenía de esta capilla y sobre todo, había puesto un ardiente deseo en nuestros corazones de que su nombre se hiciera grande ante el pueblo, por medio de este edificio, de que Él fuera conocido como el Dios vivo que hace milagros hoy.



“¿Qué sucedió? Justamente cuando nos disponíamos a salir, pues la construcción se detendría definitivamente al día siguiente, ¡un gran camión con 40 bultos de cemento atravesó nuestro portón!.

Aunque acabábamos de orar por esa necesidad, no podíamos creer lo que veíamos, y hasta pensamos que pudiera ser una equivocación. La carga de cemento era, sin embargo, para nosotras. Inesperadamente, la compañía distribuidora de cemento halló estos bultos en un depósito de emergencia, y decidió enviarnoslos.

‘Pidan, y Dios les dará’ dijo Jesús. Experimentamos esto en ese momento, pues Dios actúa conforme a su Palabra. Él se siente obligado a cumplirla. Con nuestros corazones llenos de gratitud y gozo, cantamos:

*La mano fuerte del Señor
se mueve para bendecir
como respuesta a la oración.
Pues el que hizo tierra y mar
también se alegra en contestar
la súplica de sus hijos.*

“En esta crisis económica descubrimos que Dios, casi diariamente respondía a las oraciones que elevábamos desde la tienda de oración, y nos enviaba su auxilio. Recibimos todos los materiales necesarios para la construcción, sin aumento de precios y en corto tiempo, aun cuando los buenos clientes tenían que esperar hasta un mes para recibirlos. Incluso gran cantidad de este material, que estaba tan escaso, lo recibimos gratuitamente. Especialmente recordamos los bloques de concreto, las vigas de acero, los tubos para el gas y

para el agua. Todo nos llegó a tiempo, de tal modo que no se perdió ni un día de trabajo.”

¡Qué increíble fue ver que aquella pequeña obra de construcción de un grupo pobre y pequeño de hermanas jóvenes, que no tenían recursos normales, no tuvo que suspenderse, como entonces le sucedió a muchas otras obras!.

¿Cuál era el secreto? La oración que se elevaba desde la tienda. El Señor nos mostró que la oración hace más que el aprovechamiento de todas las posibilidades humanas, las cuales estaban a disposición de muchos de los que estaban construyendo.



La oración lo puede todo y debe ser la base de toda actividad.

Nuestros esfuerzos en el trabajo no hubieran prosperado en ese tiempo de crisis económica. El trabajo físico debe combinarse con la oración. Se dedicaba el mismo tiempo a la oración como el que se destinaba al trabajo diario. El trabajo sin oración es completamente inútil. La oración que va unida al trabajo cuenta con la promesa de Dios. Esto fue lo que el Señor nos enseñó durante el tiempo de construcción.



Dios está obligado a cumplir su Palabra

Cuota inicial al instante

Las paredes de nuestras habitaciones del sótano estaban casi terminadas. Esto nos causaba gran gozo, pues seis hermanas por primera vez habían colocado ladrillos allí y lograron terminar el trabajo. Pero nuestro gozo disminuyó cuando el arquitecto nos dijo que los materiales para terminar el sótano, y ponerle el cielo raso costarían 6.000 marcos. Además, tendríamos que pagar esa suma de contado. No teníamos dinero. El cielo raso para el sótano pesaba sobre nosotros como un espectro.

Estando yo fuera de la ciudad, en una conferencia, el arquitecto llamó para decirnos que le habían hecho una excelente oferta para el cielo raso, y que debíamos aprovecharla a toda costa. Eso significaba que tendríamos que pagar los 6.000 marcos en el término de seis semanas. La madre Martyria pidió que le permitieran pensar un poco. Sentía un gran peso sobre su corazón. ¿De dónde vendrían los 6.000 marcos en sólo seis semanas? Las donaciones que recibíamos

diariamente eran de cinco o diez marcos, sólo una vez recibimos más de 50.

Ella sola tenía que tomar la decisión y asumir la responsabilidad de pagar esa suma. Su único refugio era la oración. Ella se aferró al pasaje bíblico que habíamos recibido para todo el tiempo de construcción:

“La ayuda nos viene del Señor” (Sal 124:8).

Luego, ella le pidió al Señor que le diera una confirmación bíblica adicional, y recibió el siguiente pasaje:

“En efecto, voy a estar atento a que mis palabras se cumplan” (Jr 1:12b).

De inmediato, la Madre Martyria comprendió claramente que de ese modo Dios había fortalecido su promesa. Accedió a que se encargaran los materiales para el cielo raso, ¡aunque le temblaba el corazón! Al mismo tiempo tenía la confianza de que esta gran suma de dinero llegaría a tiempo. Las hermanas comenzaron a orar fervientemente por este motivo.

Al día siguiente por la mañana, la madre recibió una tarjeta postal que yo le había enviado, en la cual le decía que había recibido sorpresivamente un sobre con 1.000 marcos, de uno de los participantes en la conferencia, como ofrenda anónima de un caballero.

Al regresar supe que el sobre me lo habían entregado exactamente a la misma hora en que la madre

Martyria le estaba pidiendo a Dios con profunda angustia, que nos enviara el dinero en forma milagrosa.

Esta experiencia nos causó gran alegría por el hecho de tener un Dios que cumple lo que promete. ¡Y cuánto promete Dios a sus hijos, aunque seamos obstinados pecadores!

Apenas podíamos comprender el privilegio de vivir y construir con la garantía del Señor. En esos días cantamos con nuestros corazones y labios:

¡El que confía en el Señor no será avergonzado!

Efectivamente, no fuimos avergonzadas en este asunto de los materiales para el cielo raso. Dios, que nos había dado los primeros 1.000 marcos también iba a proveer el resto para pagar a tiempo.



Dios espera nuestra purificación

La vagoneta descarrilada

No sólo experimentamos milagros positivos, también muchos negativos. A largo plazo uno ve el camino abierto para un proyecto de fe. Pero luego, parece que Dios crea los obstáculos donde no los hay, cierra las puertas que están ampliamente abiertas para otros y levanta barreras. Esto lo hemos experimentado repetidamente hasta hoy. La razón de ello es que, como Dios nos ama, a menudo quiere darnos algo más grande de lo que pedimos. El amor paternal de Dios quiere llenarnos de su propia gloria para que su imagen pueda ser expresada nuevamente a través de nosotros; para esto Él nos creó y redimió. Por lo tanto, tiene que corregirnos, porque somos pecadores. Esta disciplina suya llega a ser parte de la experiencia cotidiana.

Las hermanas que trabajaron en la construcción de la capilla cuentan lo siguiente:

“Teníamos una pesada vagoneta que rodaba sobre un pequeño carril. A pesar de que estábamos cumpliendo los turnos en la tienda de oración, un día la vagoneta comenzó a salirse del carril. Nosotras le pedíamos a

Dios que nos bendijera y nos hiciera rendir el trabajo; pero como la vagoneta pesaba varios centenares de kilogramos, era un trabajo agotador para nosotras y una pérdida de tiempo colocarla en su carril cada vez que se descarrilaba.



Esto continuó ocurriendo y así se interrumpía el trabajo, y se debilitaba la energía de las hermanas. Esto no puede seguir así. Vamos todas a orar, dijo la hermana que estaba encargada. En la tienda, todas oramos y le pedimos a Dios que nos revelara la causa por la cual nos había retirado su bendición en nuestro día de trabajo.

Descubrimos que había hermanas que tenían problemas entre sí, que estaban disgustadas unas con otras. Por ejemplo, una había trabajado muy despacio o muy de prisa, sin acoplarse a la otra; o había tirado

un poco de arena descuidadamente y le había caído en el ojo a la otra hermana; o no había limpiado bien las herramientas, o cosas por el estilo.

Estos asuntos no se habían arreglado adecuadamente; por el contrario, las hermanas permitieron malos pensamientos y se molestaron unas con otras, de tal modo que surgieron tensiones serias entre ellas. Estos pecados se habían interpuesto entre nosotras y Dios. Como consecuencia, nuestras oraciones no pasaban del techo.

“Nos dimos cuenta de nuestra culpa y de nuestro pecado contra el amor, al juzgarnos unas a otras. Nos pedimos perdón y, como pobres pecadoras, acudimos a Dios para recibir de nuevo su bondadoso perdón. Regresamos a nuestro trabajo y... ¡la vagoneta no volvió a descarrilarse ni una vez más!

“Otro día se paró la mezcladora de cemento. No logramos ponerla en marcha de nuevo. Fracasaron los intentos de las hermanas que sabían algo sobre el funcionamiento de la máquina. Quedó parada un día y medio. El Señor nos había permitido comprender que en la construcción de esta capilla, el tiempo era precioso. Entendimos que el Señor tenía que estar entristecido con nosotras, por lo cual no nos daba la ayuda que le pedíamos. Entonces, el Señor nos mostró que no habíamos expresado una actitud correcta hacia un

obrero que nos ayudó temporalmente. Todas tratábamos de evitar trabajar con él. Le confesamos este pecado al Señor y le pedimos su ayuda.

La mezcladora comenzó a trabajar de nuevo, a pesar de que no se le hizo ninguna reparación externa. Nos dimos cuenta de que la base para que Dios oiga la oración se halla en la Biblia:

“Porque el Señor cuida a los justos y presta oídos a sus oraciones, pero está en contra de los malhechores” (1 Pe 3:12).

Esta disciplina paternal nos avergonzó y nos humilló. De ahí en adelante, cuando Dios no contestaba nuestras oraciones, toda la hermandad aprendió a preguntarse de una vez: “¿Qué es lo que hay en nosotras que obstaculiza nuestras oraciones?”. En esos días habían sido inútiles nuestras peticiones en la tienda dedicada a la oración, por cuanto no habíamos tomado en serio lo que Jesús dice con respecto a las condiciones. Así que Dios tuvo que enseñarnos, por medio de la experiencia, que Él sí toma en serio su propia Palabra. Él no acepta las oraciones de los corazones que no están dispuestos a perdonar y a vivir en el amor.

*Dios espera que nos arrepintamos**Culpables por la lluvia*

Era el otoño de 1950. En medio de la construcción, todos los días llovía a cántaros. No recordábamos un año similar a éste. Aunque no llovía en la ciudad que estaba cerca, parecía que todas las nubes se vaciaban sobre nuestro sitio de construcción. No sólo nuestras hermanas se empapaban completamente, sino que no se pudieron construir las paredes, porque los ladrillos se movían para allá y para acá sobre la argamasa, y no se podía avanzar. Sólo los domingos dejaba de llover, pero los días de trabajo la copiosa lluvia volvía.

La madre Martyria y yo tratamos de convencer a nuestras hijas espirituales, de que ésta era una manifestación de Dios. Pero las hermanas que trabajaban en la construcción, afirmaban lo siguiente:

“En ese tiempo no estábamos dispuestas a aceptar eso. No queríamos que se nos echara la culpa de todo. Le asignábamos a la lluvia las razones naturales, lo cual satisfacía nuestra razón; aunque la Escritura declara a menudo que Dios gobierna el tiempo, las nubes, las ondas y las tormentas; que Él cierra y abre los cielos; que Él da o retiene la lluvia en determinada región, según quiere reprenderla o no.

Por supuesto, nuestras oraciones pidiendo que la lluvia cesara no tenían respuesta debido al estado de nuestra mente.

“Un día, otra vez estaba lloviendo fuertemente y corrimos hacia la tienda para orar juntas. De repente, una hermana confesó su pecado: el resentimiento que tenía contra Dios. Dijo que ella era la culpable de la lluvia. Y luego, una tras otra se inclinaron arrepentidas ante Dios, en tanto que el Espíritu Santo las movía a reconocerse culpables. Cuando la última terminó de confesar su falta, la lluvia se detuvo. Esto se repitió después en varias ocasiones. Así, experimentamos algo de la siguiente verdad bíblica:

*También hice que les faltara la lluvia
durante tres meses antes de la cosecha.
En una ciudad hice llover y en otra no;
en un campo llovió y otro se secó... (Am 4:7).*

*Si siguen mis leyes, y cumplen mis mandamientos
y los practican, yo les enviaré la lluvia a su tiempo...*
(Lv 26:3-4).

Por medio de estas experiencias con la lluvia, el Señor nos dio algo en qué pensar. Sólo las manos limpias y las oraciones que brotan del humilde corazón del cristiano, son aceptables delante de Él y por lo tanto recibirán respuesta. ¿Comprenderían los dos albañiles que instruían a las hermanas, lo que había sucedido? Nos preguntábamos eso.

En todo caso, cuando comenzaban a caer las gotas y las hermanas se dirigían hacia la tienda, ellos se decían los unos a los otros: “No te preocupes. Tan pronto como las hermanas se reúnan en la tienda, la lluvia se detendrá”.

*Dios escucha la oración de confianza**Esa ridícula fe*

Otra vez requeríamos ladrillos. Se estaba construyendo el cielo raso del sótano y pronto necesitaríamos bloques de concreto para las paredes externas de la casa matriz. Como siempre, presentamos al Señor esta petición. Toda la hermandad suplicó a una: “Padre nuestro, tú no das una piedra en vez de pan; ni tampoco darás nada ahora que necesitamos piedras”. Y Dios respondió.

Un día nos visitó una señora y nos dijo que desde que oyó acerca de nuestro proyecto de construcción, ella había estado orando a favor de nosotras. También estuvo pensando que las Hermanas de María pronto necesitarían bloques de concreto para las paredes, ¡era verdad! Todo encajó bien. Ella prometió visitar a una amiga suya, cuyo esposo tenía una fábrica de bloques, para presentarle esta solicitud.

Nos alegramos por el hecho de que Dios escucha la oración. Él había hallado un instrumento para sus propósitos. Y así, poco después, se nos informó que este fabricante de bloques quería donar parte de los que necesitábamos.

Día tras día esperábamos que llegaran los bloques. Habían transcurrido muchas semanas desde el día en que oramos para que llegaran a tiempo; por lo que todas nuestras oraciones parecían vanas. El día en que se terminó el cielo raso y necesitábamos urgentemente los bloques, éstos no habían llegado. Las hermanas que trabajaban en la construcción y sintieron esta apremiante solicitud cuentan:

“Esperamos hora tras hora. Uno de los albañiles que dirigía nuestra obra dijo: Esto es lo que sucede cuando uno no es práctico. Mañana habrá que parar el trabajo. Una de las hermanas, para animar su fe, respondió: Esta vez también nuestro socorro está en el nombre del Señor. El hombre sólo se rió con sus compañeros.

Hacia el mediodía, ya todas las herramientas estaban limpias y colocadas en su lugar, pues no podíamos hacer otra cosa sin los bloques.

Los dos albañiles nos dijeron que tendrían el día siguiente libre, a expensas de nosotras, ya que habían estado dispuestos a trabajar, pero no había materiales disponibles. Nos llenamos de desesperanza. ¿Dios dejaría nuestras peticiones sin respuesta y permitiría que su nombre fuera deshonrado entre estos albañiles sin fe? “De repente oímos un fuerte sonido de un carro. Era un gran camión con los bloques que tanto habíamos esperado.

Lo recibimos con himnos de alabanza y gratitud. ‘Todos te alaben, omnipotente Dios...’, era el cántico que resonaba por el campo, en gratitud a Dios. Una vez más, Dios escuchó nuestras oraciones y demostró que era el Señor, el Sí y el Amén. Rodeamos el camión como si se tratara de un querido huésped que esperábamos durante mucho tiempo.

Los dos albañiles presenciaron esto. Uno de ellos, que se encontraba alejado de la iglesia, parecía sentirse avergonzado ante esta maravillosa obra de Dios: Un hombre puede aprender algo acerca de la fe, por medio de esto, murmuró.”

¿Por qué nos había mantenido el Señor en estos aprietos hasta el último momento? ¿Por qué no intervino, sino hasta después de que los albañiles guardaron las herramientas?

La reacción de ellos nos dio la respuesta. Dios intervino en el momento en que parecía no haber esperanza. De modo que la llegada de los bloques fue más que una entrega común y corriente de materiales. Para los albañiles, lo ocurrido fue una prueba poderosa de que Dios había actuado. Cuando Dios actúa en una situación imposible, se hace más grande ante nosotros. Cuanto más difícil sea una situación, más grande es la honra que Él recibe. Por eso, a pesar de nuestras oraciones, Él espera a menudo hasta el último momento. Así, nos enseña a perseverar en la fe.

Ese día, las hermanas que estaban en la construcción y las que nos encontrábamos en la casa matriz provisional, tuvimos que perseverar en la fe una vez más, pues súbitamente nuestra alegría se vio empañada. El conductor del camión sacó de su bolsillo la cuenta del transporte: 136 marcos. Cuando las hermanas salieron por la mañana a trabajar, sabían que sólo había ocho marcos en la caja. Pero, confiando en el Señor, la hermana Eulalia envió al conductor hacia el sitio que nos servía de casa matriz. Nos estremecimos cuando llegó la factura. ¿Qué podíamos hacer? En ese instante, las hermanas de la construcción le suplicaban a Dios, confiando en que Él no haría milagros a medias. En ese momento llegó el cartero. Dentro de las cartas había algunas donaciones en dinero.

Sumamos todas las donaciones ¡precisamente 136 marcos para pagarle al chofer y un poco más de un marco para nuestra caja! ¡Qué Señor tan grande! Su socorro fue perfecto. No nos faltó nada de lo que había prometido. Los albañiles incrédulos fueron adquiriendo gradualmente la fe en Dios y en sus poderosas obras.



Comprendieron que las oraciones que se hacían en la tienda, movían el brazo de Dios. Dios oye las súplicas de los necesitados y les presta su ayuda maravillosa en el tiempo oportuno. Sí,

Dios nos ayuda en las situaciones imposibles como ningún otro hombre puede hacerlo.

*Dios ayuda a quien se arriesga
en la incertidumbre*

*“Ustedes han recibido gratuitamente,
den también gratuitamente”*



¡Qué aventura de fe ha sido el desarrollo de nuestro ministerio en el aspecto económico!

Esto sólo se ve claramente al considerar la posición económica en que Dios nos había colocado.

En 1949, un año después de la reforma monetaria, los primeros productos de la casa editora y nuestras primeras obras de arte estaban listos para la venta. Pero, ¿realmente debemos vender nuestros productos?

El cofundador de la Hermandad de María, Paul Riedinger, superintendente de la Iglesia Metodista, había muerto a fines de 1949. Él tenía gran experiencia en cuanto a negocios, pues había servido como consejero en las casas matrices de su propia iglesia, durante décadas. En sus últimos meses, nos ayudó a buscar la dirección del Señor sobre este particular: ¿cómo debían las Hermanas de María manejar este asunto? ¿Debíamos obtener pólizas de seguros por enfermedad e invalidez, como otros grupos?. ¿Debíamos poner un precio a nuestro servicio, como se suele hacer?

A los padres de nuestras hermanas teníamos que darles alguna respuesta, en vista de su sostén material, así como en cuanto a su protección y seguridad. Sobre todo, nosotras las madres, como las responsables de nuestras hijas espirituales, debíamos hallar una respuesta que nos diera tranquilidad.

En mi mente, se había formado una imagen muy clara, al estilo del Sermón del Monte, según la cual, los que buscan el reino de Dios “... *recibirán también todas estas cosas*” (Mt 6:33).

Un nombre comenzó a resonar en mi corazón: “Padre”. Él proveería y probaría que es un Padre para sus hijos, que les manifiesta su amor y su poder. Pero eso significaba que, como hijas suyas, teníamos que darle la oportunidad para que lo hiciera, dejar el camino libre para que manifestara su poder y bondad.

Esto le daría a Él la gloria. Dios puso esta convicción en mi corazón como un fuego ardiente: Él tenía que ser glorificado.

Pero, ¿cómo tenía que realizarse todo esto? Entonces vi con claridad: si renunciamos a nuestras seguridades, a nuestros deseos, y nos entregamos a la dependencia total del Padre celestial, le otorgamos a Él la posibilidad de que se preocupe por nosotras.

Y de que manifieste sus maravillas. Pero esto suponía “prescindir” de la seguridad de unos ingresos fijos, para poder recibir todo de Él por el camino de la fe y de la oración, según su Palabra:

*“Den a otros, y Dios les dará a ustedes.
Les dará en su bolsa una medida buena,
apretada, sacudida y repleta”* (Lc 6:38a).

El superintendente Riedinger tenía, sin embargo, una idea un poco diferente, de acuerdo a su experiencia. Debíamos reunirnos para orar y buscar claridad y unidad de propósito, en este asunto decisivo. El Espíritu de Dios se movió poderosamente y nos condujo a una completa unidad de convicción. Después de haberle rogado que nos indicara el buen camino, nos dio la misma respuesta bíblica dos veces sucesivamente:

*“El que trate de salvar su vida, la perderá,
pero el que pierda su vida
por causa mía, la salvará...”* (Mt 10:39).

Así, Dios nos indicaba que debíamos abandonar toda seguridad terrena, como ganancias y ahorros. No tendríamos ningún seguro por enfermedad, invalidez o vejez. No le pusimos precio a nuestros servicios. No pedíamos ninguna remuneración por nuestras obras literarias, de arte y manualidades; lo cual significaba que ahora dependíamos del Padre celestial. Así, andaríamos mucho mejor por el camino de fe y oración, esperando que todo el socorro llegara de Él.

En este punto comenzamos a seguir ese camino que ha hecho de nosotras una comunidad de oración. Al iniciar cada día, no contábamos con nada de carácter material y, por esto, desde el punto de vista humano nos encontrábamos ante verdaderas montañas de preocupaciones que era necesario remover por medio de la oración. Así teníamos incontables oportunidades de recordarle a Dios las muchas promesas de la Escritura, presentárselas como un pagaré y pedirle que las cumpliera. Y con la misma frecuencia se nos daba la ocasión para darle gracias por su ayuda paternal.

Pronto cumpliremos dos décadas de estar recorriendo este camino de fe, en el cual no ha habido ingresos fijos, ni seguros; un camino de fe y oración, especialmente de milagros y de ayuda divina, un camino que nos permite afirmar que nunca dejaremos de alabar a Dios. ¡Cuán maravillosa y generosamente nos ha sostenido el Señor diariamente, en lo mucho y en lo

poco! En este camino de “perder la vida”, Él no ha dejado de proveer todo lo que la hermandad ha necesitado. Cuando, por ejemplo, en caso de enfermedad Él no interviene directamente para sanar mediante la imposición de las manos, entonces estimula a muchos corazones para que nos donen medicamentos; también nos han sido dados gratuitamente cuidados médicos, hospitalizaciones, e intervenciones quirúrgicas. Después de muchos años de experiencia, nos hemos convencido de algo: nunca se confiará demasiado en el Señor; su amor y poder sobrepasan nuestras más fervorosas oraciones y esperanzas.

Por medio de esta experiencia hemos aprendido lo que significa “perder la vida” y vivir según el principio: “Ustedes han recibido gratuitamente, den también gratuitamente”. Eso significaba que cada día teníamos que dejar de lado la dependencia humana y contar sólo con Dios; que Él llenaría a su modo nuestra caja y mantendría su obra. Pronto experimentamos dichas palabras, al hacer una pequeña exposición de nuestra literatura. Hicimos un contrato con un tipógrafo para que imprimiera algunas conferencias que yo había dictado. En eso, habíamos gastado todo el dinero de que disponíamos. No les pusimos precio a los folletos, ni a las manualidades que las hermanas habían realizado con mucho esfuerzo, tales como textos bíblicos, cuadros y pequeñas carpetas.

La madre Martyria cuenta lo que ocurrió:

“Pasó un joven que era vendedor de folletos cristianos. Él había oído decir que podría llevar todo lo que quisiera. Todo era gratuito. Nunca olvidaré su gran maleta negra con esquinas de cuero, en la cual desapareció nuestra literatura. El hombre se fue con su maleta y yo me quedé consternada. ¿No llegaríamos de ese modo a la bancarrota?.

Me aferré a nuestro lema: “perder la vida”, para evitar decir algo, y le pedí al Señor que obrara según su promesa de que el que pierde su vida la hallará. Si seguíamos por esa dirección, no nos dejaría perecer”.

Y en realidad, Dios ha cumplido su promesa. ¿A dónde nos ha llevado esta forma de vivir? Hoy, cuando les mostramos a nuestros visitantes nuestra “tierra de Canaán”, ¿qué es lo que ven? La casa matriz con su capilla, el Taller de Jesús, la gran capilla del Llamado de Jesús, la casa de retiro para huéspedes, llamada El Gozo de Jesús, el pequeño hogar de ancianos de San Francisco y, además, nueve hectáreas que conforman los terrenos que rodean nuestros edificios. También descubren que tenemos una casa propia en Israel. ¿Cómo pudo ocurrir todo esto? No se debe a nuestros méritos, no lo logramos con grandes contribuciones, ni capital, ni hipotecas; sino con la más profunda pobreza, por medio de la fe y de la oración.

Dios ha demostrado que cumple su Palabra:

*“Den a otros, y Dios les dará a ustedes...;
...pongan toda su atención en el reino de Dios;
...todo lo que ustedes pidan en oración,
crean que ya lo han conseguido, y lo recibirán”*
(ver Lucas 6:38; Mateo 6:33; Marcos 11:24).

Durante todos estos años pudimos pagar las cuentas de los edificios a tiempo, de modo que todos están libres de deudas. ¿Por qué? Porque, sin que nosotras hiciéramos solicitudes ni colectas, Dios mismo movió los corazones para que ofrecieran donaciones e hicieran sacrificios a favor de su obra.

Todo el que ve los milagros de este camino de fe tiene que admirarse de la pura realidad de la Palabra de Dios e inclinarse para adorarlo. Él ha demostrado que puede derramar abundantemente sus dones sobre sus hijos y en efecto, lo hace. Pero primero, tiene que quitar de nosotros el deseo de asegurarnos y asegurar a nuestra gente, según los cálculos humanos. Sobre todo, Él nos persuade a que esperemos todo de Él por la fe, y nos dediquemos sin reservas a su reino.

Dios ayuda de un modo admirable

1. ¿De dónde venía realmente el dinero?



“¿Pero ustedes no recibieron créditos, ni hipotecaron nada, ni tenían dinero?”. Esta pregunta se nos ha hecho muchas veces. Tal vez algunos ejemplos sobresalientes ayudarán a explicar cómo ocurrió.

En la primavera de 1951, estábamos construyendo la casa matriz y la capilla. Las cuentas aumentaban y nos vimos en severas necesidades económicas.

Los ingresos que recibíamos, representados en donaciones, oscilaban entre los 60 y los 100 marcos por día, y las cuentas se elevaban a varios miles.

En este proyecto, no sólo habíamos arriesgado nuestro nombre, sino también sentíamos muy profundamente que estaba en juego el honor de Dios. Los establecimientos comerciales, las autoridades locales, la prensa y el público en general sabían en nombre de quien se estaban levantando estos edificios. Por lo tanto, se interesaban por saber cómo íbamos a salir adelante con el proyecto. Nos contaban que por la mañana, cuando los tranvías pasaban atestados de trabajadores que veían nuestra construcción, se levantaba un murmullo en el vagón.

Los que iban medio dormidos se despertaban por los codos de los demás, y todos se fijaban para ver si la obra seguía adelante. Para no manchar la gloria de Dios, uno no podía pensar que el aumento de las deudas detendría la construcción. En esa época de gran estrechez económica, clamábamos realmente al Padre celestial para que nos diera el dinero necesario. Y Él respondía en forma admirable.

Precisamente en esas semanas tuve que ofrecer una conferencia en una ciudad grande. Durante el período de angustia habíamos clamado al Padre celestial para que Él resolviera la crisis económica.

Después de la conferencia, se acercó una señora que deseaba hablar conmigo. Yo pensé que ella quería algún consejo espiritual. La señora, sin embargo, me relató una experiencia extraña.

La semana anterior, ella sintió que Jesús le decía repetidamente: “Da tus ahorros a las Hermanas de María”. Ella había respondido: “Eso no lo haré. En primer lugar, porque ni siquiera conozco a esas hermanas y, en segundo término, porque los necesito para cualquier emergencia”. Al día siguiente, sintió fuertes dolores en las piernas y casi no podía caminar. Se preguntó, entonces, si tales dolores podrían estar relacionados con la negativa que ella le había dado a Dios. Le pidió al Señor que le quitara los dolores, si esa era la causa, y que de esta manera ella se desprendiera del dinero.

Los dolores desaparecieron al instante. Después de esta experiencia, ella fue a escuchar mi charla. Cuando la señora me contó lo sucedido, sacó el dinero de su cartera y me lo entregó para nuestra construcción. Eran 800 marcos, una gran suma, si se tiene en cuenta la situación en que nos encontrábamos.

Me emocioné mucho por esta respuesta de Dios a nuestras oraciones. La manera como Dios nos ayudó, en este caso, me permitió vislumbrar su gran corazón lleno de amor y su modo de obrar.

Nos mostró su cuidado paternal para la terminación de la capilla.

Pero también nos mostró que lo que Él provee llega a ser una bendición, tanto para el que da como para el que recibe.

En este caso, personal y amorosamente había motivado a una de sus hijas, para que hiciera un sacrificio en honor a Él, lo cual le dio bendición a ella y, por otra parte, fue utilizado para el avance de su reino.

En los meses que siguieron tuvimos que volver a andar por caminos oscuros. Según los cálculos humanos no había salida. Pero esta pequeña experiencia llegó a ser un canto de fortaleza para nosotras.

*Tú eres más que Padre
para mí que soy tu hijo.
Siempre hallas caminos y medios
de obrar tus maravillas.*

2. *Señales cumplidas: arrepentimiento de los pecados*

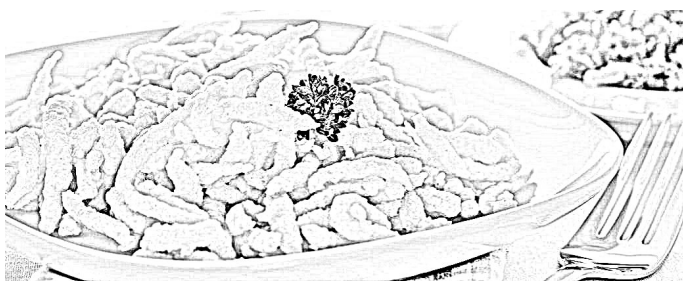
Tuvimos que enfrentarnos al siguiente problema: ¿podemos atrevernos a encargar un órgano para la capilla de la casa matriz o debemos esperar? Ciertamente, ese era el deseo de nuestro corazón, pues la capilla sería usada para la adoración diaria. Así que le pedimos fervientemente a nuestro Padre celestial que nos lo diera. Humanamente, sin embargo, era imposible. No sólo no teníamos el dinero para eso, sino que nuestras grandes deudas estaban todavía sin pagar.

Entonces le pedí al Señor una señal: si en la semana siguiente lo inesperado pasaba y recibíamos una donación excepcionalmente grande, digamos 1.000 marcos.

Entonces esa sería una señal de la cuota inicial por parte de Dios. Así, Él nos estaría permitiendo encargar el órgano y también se encargaría de proveer los otros miles. Esto ocurrió en enero, un domingo por la tarde. Acababa de pasar la Navidad, y con ella la esperanza de regalos especiales.

Al día siguiente llegó a nuestra casa de retiro, -que para entonces era un apartamento por el cual pagábamos alquiler en Darmstadt- una señora de Wurtem-

berg. La hermana que tenía a su cargo la casa de retiro pensó: “Quizá a nuestra visita le gustaría que le preparara un plato típico de la parte del país a la que ella pertenece: un *spaetzle* de Suabia”. Se requiere, sin embargo, mucha destreza para prepararlo, la cual sólo suelen tener las personas de esa región. De modo que a la hermana no le salió bien. A la hora del almuerzo, la señora movió repetidamente la comida en el plato, hasta que al fin preguntó: “¿Es esto *spaetzle*?” La hermana se sintió ofendida y le contestó ásperamente.



Mientras la señora estaba sentada a la mesa, y especialmente después, la hermana se sintió avergonzada por la respuesta que le había dado, y con profundo arrepentimiento se dirigió a la puerta de la huésped para pedirle perdón. Entre tanto, la señora también estaba preocupada por su actitud. Ambas se reconciliaron y consolidaron una amistad que ha durado años. ¡Esta señora al despedirse, sacó de su cartera 1.000 marcos y los puso en la mano de la asombrada hermana!

Estábamos sentándonos para comer en la casa matriz, cuando entró nuestra hermana con un rostro radiante y moviendo en su mano un fajo de billetes. ¡Era la cuota inicial para el órgano! Dios había contestado nuestra oración. Unos pocos meses antes, al estar viviendo días oscuros, marcados por la necesidad urgente de dinero, Él había movido a una señora por medio de un dolor en las piernas para que nos ofreciera una donación.

Ahora, había actuado en forma diferente.

Dios no tiene un modelo establecido. Él tiene muchas y variadas respuestas a la oración, aun a la misma necesidad. Nos quedamos admiradas de sus maravillosos y milagrosos métodos de actuar; pues están fuera de nuestra humana comprensión. Verdaderamente, su nombre es “¡Admirable!” Hasta nuestros pecados los puede utilizar como medios para contestar nuestras oraciones cuando nos arrepentimos de ellos. Desde entonces, cantamos con aun más confianza:

*No sé cómo ayudarás
¡alehuya, alehuya!,
pero gloriosa tu ayuda será,
¡alehuya, alehuya!*

A Dios le agrada la oración sencilla

1. El devocional del 20 de junio



Nuestros problemas económicos seguían aumentando, a medida que se incrementaban las cuentas. Parecía que Dios guardaba silencio. ¡No nos llegaba ninguna ayuda! Nuestra hermana Angélica, que ahora ya está con el Señor, tuvo que descansar mucho en ese tiempo, por causa de su enfermedad. En ese tiempo de gran angustia, ella hojeaba el libro de devociones de la Comunidad Herrnhut, cuando se encontró con la lectura devocional para el 20 de junio de 1951:

“¿quién quiere contribuir voluntariamente haciendo un donativo para el Señor?” (1 Cr 29:5)

“...pero ella, en su pobreza, ha dado todo lo que tenía para vivir” (Mr 12:44).

De repente, le llegó este pensamiento: “Oraré para que alguno que lea lo que corresponde al 20 de junio, en este devocionario, ofrezca una gran contribución para la construcción de la capilla”. Luego, tomó esto como motivo de oración para cada día. Muchas otras hermanas se unieron a ella para pedir lo mismo.

Otras, sin embargo, dudaron en tomar aquella lectura devocional, correspondiente a ese día, como una promesa para nuestra capilla.

Y según cuenta la hermana Estéfana, que entonces estaba encargada de la caja: “Llegó el 20 de junio de 1951. Por supuesto, nada sucedió. Pero inmediatamente me dije que se necesitaba algo de tiempo, para que nos llegara el dinero. Esperé ansiosa el correo del 21, creyendo que en alguna carta pudiera venir un cheque. No llegó nada. Unos pocos días después llegó algo, y apenas pude creer lo que veían mis ojos: un cheque por 500 marcos, cantidad extraordinaria para nosotras en ese momento. Con el cheque había una nota: ‘Ver la lectura devocional correspondiente al 20 de junio. ¡con mucho afecto!’”

“¡Qué regocijo el que nos inundó! Tocamos la campana y llamamos a las hermanas que estaban trabajando en la casa matriz. La bondad de nuestro Padre celestial nos llenó de emoción. Entonamos cánticos de alegría, alabanza y acción de gracias. Este donativo nos llegó en un tiempo oscuro de tentaciones y lágrimas. Nos parecía que nuestro Padre estaba más en contra de nosotras que a favor. Por tanto, la donación procedente del devocionario fue recibida como un saludo del cielo, enviado por Dios.

“La hermana Angélica se deleitó, especialmente, por el hecho de que el Señor había escuchado su plegaria. Verdaderamente parecía que a Él le había agrado la oración, por el hecho de que ella no le pidió el dinero en forma general, sino como una verdadera hija le pide a su Padre celestial algo específico. ¿No le gusta al padre terrenal, cuando su hijo acude a él continuamente con alguna necesidad? Entonces, mucho mayor debe ser el gozo del Padre celestial, pues la paternidad terrenal sigue el modelo del Padre celestial. `Cuando lleguen a ser como niños en vuestras oraciones, entonces el reino de los cielos será de ustedes, con todos sus dones y tesoros’”.

Más tarde recibimos una carta de la maestra de escuela que nos había enviado esa donación. Cuando ella leyó las devociones correspondientes al 20 de junio, se sintió impulsada a actuar de conformidad con la

Palabra de Dios; es decir, donar todos los ahorros que tenía para la construcción de nuestra capilla. Al principio vaciló y trató de dedicarse a sus quehaceres. Pero le parecía que nada le salía bien, hasta que fue al escritorio y firmó el cheque a nuestro favor. Entonces, se sintió feliz.

2. ¡Abba, Padre querido!

Durante unos pocos años nos encargamos de un pequeño hogar para niños, ubicado en la calle Bergstrasse. La hermana Jocabed nos habla acerca de este período:



“En la primavera de 1951, nuestro grupo de niños había aumentado considerablemente. Muchos de ellos no podían pagar nada. Tuvimos que alimentarlos y vestirlos, mediante los métodos de fe y oración que

Dios estaba enseñando a nuestra hermandad. Eso significaba que había que alimentar muchas boquitas cada día, y eso no era fácil en ese tiempo. Las verduras estaban muy caras y nuestro huerto no había producido nada todavía. Innumerables peticiones de socorro se elevaban a nuestro Padre celestial. Muchas veces, durante el día, deteníamos la labor para suplicar a favor de estos pequeños.

“Un día fui al pueblo a comprar lo más necesario. En el camino se me ocurrió visitar a una señora que vivía completamente sola y era muy pobre. ¿Qué ocurrió? En el momento de despedirme, me preguntó si nosotras podíamos usar algunas frutas enlatadas y algo de verduras. Allí estaban y eran demasiadas para ella sola. ¡Había tanto que tuvimos que ir a recogerlas, con un carrito de mano!

“Al siguiente día al abrir las ventanas, vi que había una bolsa en la puerta. Estaba llena de espinacas frescas. Luego supimos que las había dejado allí un granjero.

“Y eso no fue todo. Por la tarde, un horticultor de la vecindad preguntó si nosotras podíamos ir a recoger algunos puerros. Él quería renovar sus sembrados y nosotras podíamos aprovechar toda la provisión que había en ese momento.

“¡Los adultos nos sentíamos asombrados y llenos de gratitud! También los niños, que habían presentado sinceramente sus pequeñas oraciones a Dios, pidiéndole todo lo que necesitábamos, ahora tenían sus caritas radiantes al ver estas pilas de provisiones. Ninguno de ellos olvidará jamás la pequeña celebración de acción de gracias que tuvimos. Cada niño supo que él era un hijo amado y cuidado, especialmente por el Padre celestial. Batían las manos y cantaban con nosotras: `¡Padre mío, qué bueno eres!’ Después de esto, era conmovedor ver la confianza tan grande con que estos pequeñitos presentaban sus peticiones al Padre celestial.

“En otra ocasión se nos acabó el hilo para zurcir calcetines y chaquetas. Escasamente teníamos suficiente dinero para comprar alimentos. Siempre vacilaba en adquirir cualquier otra cosa. Una tarde, sin embargo, pensé que no podía esperar más. Después de haber ido a la panadería, me detuve en una pequeña tienda para comprar el hilo. `Una caja pequeña no me costará tanto’, me decía para persuadirme a mí misma. Había bastante gente delante de mí. Mientras esperaba, otra voz hablaba conmigo: `Has debido orar más. Tal vez el Padre todavía te va a ayudar. Debes esperar’. Antes de que me tocara el turno para que me atendieran, me fui.

“El domingo siguiente, me encargué de cuidar a los niños de una familia muy pobre, mientras la madre iba a la iglesia.

Cuando ella regresó, sacó de la habitación contigua un paquetito. Hacía poco ella había hecho unos calcetines, y le había sobrado un poco de lana. Ella pensó que podíamos utilizarla.



“ *Abba, mi amado Padre*, era una exclamación que resonaba constantemente en mi corazón. Me avergonzaba de mi propia falta de fe. El amor de Dios me asombraba. Él era, en realidad, un Padre que se preocupaba por las más pequeñas necesidades y dificultades de sus hijos. Me di cuenta que mi propia relación de amor y confianza, como la de un niño hacia su Padre celestial, se había robustecido grandemente.”

3. Caramelos en la noche del sábado



Realizábamos una escuela bíblica de vacaciones en nuestra casa. De todos los alrededores llegaron niñas para asistir a las clases. En las clases bíblicas habían oído hablar acerca del “Dios que oye la oración y hace milagros hoy”. Querían ver pequeños milagros.

Una mañana, durante la oración, una de las niñas pidió golosinas. En ese tiempo, los caramelos eran caros; muchas niñas no los habían probado durante varios años. De modo que las demás se unieron a ella para pedirle al Padre celestial que les enviara caramelos, en alguna forma maravillosa.

Los días pasaban, sin que hubiera ni un caramelo y ya era sábado por la tarde. Las niñas iban a volver a sus casas el lunes en la mañana. Ya no se esperaban más paquetes. La hermana que estaba encargada de la escuela bíblica de vacaciones se sentía abatida. Para algunas de estas niñas, la petición de los caramelos era el primer intento en la vida de oración.

A las nueve de la noche sonó el timbre de la puerta. El gerente de un negocio de venta al por mayor vino per-

sonalmente para traernos una entrega. Llevaba un balde y una gran bolsa de papel.

“Por favor, discúlpeme”, nos dijo. “Siento mucho por haber olvidado completamente su pedido de mermelada para la casa de huéspedes. Espero no haberles causado inconvenientes. Y para compensarnos...”, extendió la bolsa de papel que estaba llena de caramelos.

Este pequeño “olvido”, que trajo una donación de caramelos exactamente el sábado por la noche, dejó asombradas a las niñas. Experimentaron realmente el hecho de que Dios es un Dios vivo, que oye hasta nuestras más pequeñas oraciones.

Ciertamente, el Señor se hizo más grande y más maravilloso para todas nosotras por medio de este pequeño milagro, que si hubiera manifestado su poder en alguna forma espectacular. El “milagro de los



caramelos” habla del grande y tierno amor de Dios Padre, que se preocupa por sus hijos. Nos mostró la grandeza de su amor. Él reina sobre cielos y tierra;

pero, al mismo tiempo, cuenta los cabellos que tenemos en nuestras cabezas. Oye las peticiones más pequeñas de sus hijos y escucha las más breves.

*Dios se glorifica en nuestras
necesidades más urgentes*

*¡Él está a nuestro favor!
Una celebración para examinar
la construcción*



Las vigas para el techo de la casa matriz estaban colocadas en su sitio el 2 de diciembre de 1950. Todo estaba listo para poner los cimientos de la capilla. Le debíamos gratitud a muchas personas. Decidimos, pues, invitarlas a una celebración para que inspeccionaran la construcción. Así tendrían la

oportunidad de ver lo que se había logrado hasta ese momento.

Teníamos que invitar a muchos buenos amigos nuestros, al arquitecto, al ingeniero municipal y a sus colaboradores, a los dos albañiles, a los conductores de los camiones, a los representantes del gobierno y de varias compañías distribuidoras de materiales.

No teníamos espacio suficiente para acomodar a tantos invitados, excepto en el gran sótano de la casa nueva. En este lugar los podríamos atender en forma bastante adecuada.

Queríamos preparar la celebración con mesas y bancos improvisados con tablas y tablones de construcción. Cubriríamos las mesas con lienzo y las decoraríamos, para servirles allí. Destinaríamos suficiente tiempo para alabar conjuntamente a Dios.

Tradicionalmente se celebra la fiesta de inspección de las obras, cuando se colocan las vigas para el techo, pero antes de que éste se haya puesto. Nuestro sótano no estaba todavía protegido contra la lluvia. Una parte de él ya estaba cubierto con cemento, pero la otra tenía esa clase de ladrillos que permiten que el agua se filtre libremente. Si llovía, no podríamos realizar nuestra celebración en el sótano.

La noche anterior a la celebración se produjo una horrible tormenta. ¡Fue tan intensa que pensamos más en el fin del mundo que en nuestra celebración!

Al día siguiente por la mañana, las apesadumbradas hermanas se dirigieron al lugar de la construcción. Todavía estaba lloviendo. ¿Qué podíamos hacer? Los ladrillos que cubrían el sótano estaban empapados de agua. Aunque se detuviera la lluvia, continuarían goteando durante días. Las hermanas trataron de hallar alguna solución, pero todo fue en vano. ¿Debíamos cancelar las invitaciones? Ya era tarde para hacerlo. Secaron los ladrillos con paños, pero siguieron destilando. Nada servía.

Nos sentimos absolutamente desconcertadas. Lo único que podíamos hacer era orar. Ésta iba a ser nuestra primera celebración en el lugar de la construcción.

Habíamos experimentado tantos milagros de Dios en este lugar y ahora esperábamos que Él estuviera a nuestro lado, dirigiendo las nubes. Pero parecía que se había escondido. Mientras arreglábamos las mesas, le pedíamos fervientemente, pero nos sentíamos desesperadas. Seguía goteando. Pronto llegarían los invitados.

Cubrimos las mesas con lienzo y pusimos los vasos hacia abajo para que los invitados no los hallaran llenos de agua llovida. Adornamos cada mesa. En el

cuarto adjunto colocamos paraguas sobre las tortas. Esperamos, pues, a nuestros invitados, todavía con la esperanza de que Dios interviniera, pero sin saber qué clase de ayuda nos daría.

En ese momento no comprendíamos una verdad espiritual básica: Entre más grande sea nuestra necesidad e impotencia, Dios está más cerca con su ayuda.

Ciertamente el que oye el clamor de los polluelos de los cuervos, también oirá los clamores de sus hijos. Habíamos sentido que Dios estaba distante, pero en realidad permanecía cercano. Él permitió que nuestra necesidad llegara hasta el punto máximo, de tal modo que reconociéramos la imposibilidad humana desde todo punto de vista, para salir de esta situación. Así clamaríamos a Dios como nunca antes, y a la vez experimentaríamos que contamos con un Dios que hace milagros, que contesta la oración y envía socorro.

Fue entonces cuando ocurrió el milagro. Al llegar los invitados, la lluvia se detuvo, y no volvió a llover hasta que ellos regresaron a sus casas. Pero el verdadero milagro consistió en que, en el lugar donde estaban arregladas las mesas en el sótano, no cayó ni una gota del cielo raso durante la celebración.

En los otros cuartos del sótano continuó destilando, tanto del techo como de las paredes. ¡Fue un milagro físico para nosotras y nuestros amigos! Y a todas nos

pareció que la presencia del Señor fue más poderosa en este pobre sótano, que lo que hubiéramos sentido en cualquier otra parte. ¡Qué contraste con la terrible tormenta de la noche anterior! En el sótano, que todavía no tenía piso, nos sentimos como una congregación que estaba de fiesta. Era como si el cielo se hubiera abierto para nosotras. Uno de los honorables invitados que estuvo presente en esa ocasión, después nos dijo que esa había sido una de las horas más inolvidables de su vida.

Cuando recordamos aquella celebración, sentimos asombro en nuestros corazones: “¡Cuán grande eres, oh nuestro Dios! Sé que puedes hacer cualquier cosa, y que nada de lo que te has propuesto hacer es demasiado para Ti. ¡Aun en medio de aguas profundas, Tú abres camino!”.

En cosas pequeñas, hemos experimentado muchas veces que cuando parece que Dios está en contra nuestra, realmente está obrando en nosotras y planeando hacer grandes cosas que nos favorecen. Cuando pensamos en aquella celebración, con todas las pruebas y disciplinas que la precedieron, sentimos que ese “a favor nuestro” es el milagro de los milagros.

Dios responde a la fe obediente

“¡Yo soy el Señor, tu sanador!”
“¡No se dormirá el que te guarda!”



Nunca faltaron escépticos, burlones y adversarios hacia nuestra obra de fe. Sentíamos la preocupación especial de no escandalizar a esos ojos que estaban fijos en nosotras, durante todo el tiempo de la construcción. Los escépticos decían que nuestro modo de edificar era una negligencia imperdonable y que estábamos tentando a Dios. Además, se comentaba

que usar a las jóvenes para hacer tal trabajo era una absoluta irresponsabilidad.

Pero, decían ellos, probablemente no recobraríamos la cabeza hasta que no ocurriera algún accidente. Y eso sucedería muy pronto...

Terribles accidentes podían ocurrir en otras construcciones y no despertaban comentarios. Pero en nuestra construcción estaba en juego el honor de Dios, y la simple herida de una mano sería catastrófica. ¡Cuántas oraciones, especialmente de parte de nosotras las madres, se elevaron al cielo para que Dios nos diera nueva fortaleza y protección!

Nosotras no participamos directamente en la construcción, aunque la madre Martyria se dedicó a la obra dos veces por semana, durante una larga enfermedad mía en 1951. Sin embargo, la responsabilidad última de este duro trabajo físico, pesaba fuertemente sobre nosotras, la madre Martyria y yo. Habíamos empezado esta construcción en obediencia a Dios y para su gloria, confiando sólo en Él. De acuerdo con lo que el Señor nos dicho, no contratamos ningún seguro contra accidentes, ni de otra clase. ¿Permitiría Dios que sucediera algún accidente?

Una vez, una hermana se resbaló en el cemento aún fresco del segundo piso. El suelo cedió y, para empeorar las cosas, cayó sobre el cantón de una viga. La lle-

vamos al hospital. La radiografía indicó doble fractura de la pelvis.

Esto nos humilló delante de Dios. ¿Qué había en nuestra hermandad para que Él nos castigara y juzgara de ese modo, hasta el punto de poner en peligro su propio Nombre? La madre Martyria y yo ordenamos que se hiciera un día de ayuno, arrepentimiento y oración. Luego de una noche de oración, llena de las peores tentaciones, luché hasta llegar a una clara convicción: el accidente no había ocurrido para someternos a un largo período de sufrimiento, sino para que Dios fuera glorificado por medio de la sanidad.

Era, pues, un asunto de obediencia al orden Divino; por lo que llevamos a casa a la hermana. Sin embargo, lo hicimos temblando, pues era una gran responsabilidad. En nuestras mentes había una horrible pregunta: ¿Qué pasaría si queda paralítica el resto de su vida? Según indicación médica, ella tendría que permanecer enyesada durante varias semanas. Sin embargo, nosotras la estábamos llevando a casa, sólo dos días después del accidente. Tuve que firmar para que la dejaran salir del hospital y aceptar toda la responsabilidad, por lo que pudiera ocurrirle. El médico que estaba de guardia me habló seriamente: La enfermedad mental tal vez pueda curarse con oración, pero ésta nunca podrá reparar un hueso fracturado. Eso me lo dijo insistentemente.

En la casa, la madre Martyria y yo pusimos las manos sobre la hermana y oramos. Algunas de las hermanas nos rodearon, alabando el nombre victorioso de Jesús:

*Traes sanación, Jesús,
cuando invocamos tu Nombre:
alma, cuerpo, espíritu
de dolencias son curados.
Nombre cuyo gran poder
obra sanación total.*

La hermana, que antes no podía ni siquiera moverse en la cama sin agudos dolores, se puso de pie. Por un rato no pudimos apartar nuestra mirada de ella.

Luego, nos inclinamos con asombro y adoración ante Dios, ¡el Dios que en verdad hace milagros! A las dos semanas, la hermana ya estaba completamente restablecida.

Ella misma se presentó ante los médicos. Este suceso se difundió por todas partes, como un incendio en la selva; magnificando la gloria de Dios, mucho más que si nos hubiera protegido de accidentes todo el tiempo. Nuestros corazones rebosaban de acción de gracias con este cántico:

¿Dónde hay un Dios como Tú que hace milagros?

Habíamos aprendido que cuando Dios da una orden exige una respuesta de obediencia. Ésta es la “oración de fe”, y muchas cosas dependen de la obediencia.

Dios pudo glorificarse ante el pueblo por medio de este milagro, porque nosotras actuamos obedientemente de conformidad con su orden y llevamos a casa a la hermana. Este acto de obediencia nos costó mucho, debido a la gran responsabilidad que suponía. No experimentamos los milagros que magnifican el Nombre de Dios, por senderos baratos de fe; sino por caminos de obediencia que le pueden costar a uno la vida. Así nos habló Dios por medio de esta experiencia. ¿Por qué tenía que ser por caminos tan difíciles? Porque así tenemos que humillarnos hasta el polvo, y sólo entonces será grande la gloria de Dios.

Hemos experimentado otras sanidades durante estos años y Dios nos ha protegido en muchas circunstancias. Varias veces cayeron pesados ladrillos sobre los pies de las hermanas, pero no les pasó nada. Una vez, comenzó a deslizarse un montón de bloques de concreto, los cuales pesaban 12 kilogramos y le cayeron en la cabeza a una hermana. Ella le dio las gracias a Dios Padre y a sus ángeles, y continuó trabajando. No fue afectada en lo más mínimo.

En otra ocasión, una hermana que estaba colocando el piso de cemento en la segunda planta del edificio, perdió el equilibrio y se fue de cabeza por una abertura. Cayó a pocos milímetros de donde estaba un trozo de tabla con clavos oxidados; pero no sufrió ninguna lesión ni conmoción cerebral.

En cierta oportunidad, otra hermana estaba nivelando un piso de cemento cuando se encontró con una piedra que tenía una apariencia rara. La piedra estaba muy incrustada en el piso, de tal forma que la hermana tuvo que golpearla con el martillo y, finalmente, la levantó con la palanqueta. Cuando la sacó, descubrió que era una granada que todavía estaba cargada. Aparentemente había estado en la pila de arena que fue utilizada para mezclar el cemento. A pesar de los martillazos, la bomba no explotó.

Otra vez, a una hermana se le quedó la mano atrapada debajo de una vagoneta.

La vagoneta pesaba centenares de kilogramos. El médico movió la cabeza para expresar su sorpresa, al comprobar que no se habían roto todos los tendones, ni la mano había quedado horriblemente destrozada como era de esperarse.

Sólo sufrió una leve herida que pronto sanó. Quizás lo que sucedió fue que los ángeles pusieron sus manos entre la mano de la hermana y la vagoneta. Estos son sólo unos pocos ejemplos sobresalientes de lo que ocurrió durante ese tiempo.

Nuestros amigos y nosotras habíamos orado mucho, pidiéndole a Dios para que nos diera ejemplos de la manera como sus ángeles nos ayudan, “para que no tropieces con tu pie en piedra”.

Él cumplió su palabra:

*“Por todos lados me has rodeado;
tienes puesta tu mano sobre mí” (Sal 139:5).*

No debemos mirar los peligros, sino al Dios vivo. En nuestras oraciones debemos contar firmemente con su ayuda. Debemos permanecer firmes en la promesa según la cual Él envía a sus ángeles para servir a los creyentes en Cristo (ver Hebreos 1:14). Esto fue lo que claramente nos enseñó el Señor durante la construcción.



*Dios busca arrepentimiento y
una entrega constante*

El tapón de la botella



La Biblia habla acerca de la fe que puede mover montañas. Esto va mucho más allá del hecho de creer que algo es cierto o posible. Es como un huracán divino que llena totalmente al hombre, impidiéndole pensar o desear otra cosa distinta a lo que Dios quiere que él logre. Para obtenerlo, el que está poseído por el espíritu de la fe da todo y está dispuesto a cualquier sacrificio. Su voluntad está unida a la del poderoso Dios. No puede dar un paso atrás, mientras esté actuando de conformidad con la Palabra de Dios. Sin embargo, si Dios le diera a comprender que Él ha cambiado su plan, el hombre cedería inmediatamente.

Dios quería ver esta clase de fe en nosotras y por eso nos puso en el camino de la fe. Pero cada vez Él nos hacía comprender, dolorosamente, que estábamos muy atadas a nuestra manera humana de pensar y reaccionar. Las primeras reacciones inmediatas entre nosotras, estaban definidas por el “sentido común” y por el raciocinio de los hechos conocidos o de las imposibilidades.

La pereza y la indiferencia de nuestra naturaleza humana no quieren estar constantemente perturbadas por la inquietud de la fe.

Habíamos terminado la primera fase de nuestra construcción. Después de dos años y medio, ya estaban terminadas la capilla y la casa matriz. Alrededor de mil personas habían llegado para presenciar la ceremonia de inauguración. En nuestros corazones había un himno de alabanza. Ahí estaban los edificios, sin hipotecas y libres de deudas, para que todos los vieran. Según cálculos humanos, nunca debería haberse autorizado esa construcción, puesto que el aspecto económico estaba en tela de juicio. Sin embargo, estos edificios se erguían entre las construcciones nuevas de nuestra ciudad bombardeada. Los gastos se habían pagado con mayor rapidez que en la mayoría de las otras construcciones. La campana de nuestra torre resonó por todo el campo circundante. Parecía “que estábamos soñando” (ver Salmo 126) y pudimos dar

testimonio de que, a pesar de nosotras, el Señor había hecho grandes cosas. Las firmas comerciales de construcción anhelaban trabajar con nosotras en nuestro siguiente proyecto. En la comunidad comercial de Darmstadt se corrió este dicho: “¡al fin y al cabo, el Señor tiene buen crédito!”.

Algo se había conseguido: la capilla de la casa matriz se erguía allí, con su campana que llamaba al pueblo para la adoración y oración. Se había terminado la casa matriz con sus dormitorios, el comedor y una sala para reuniones. Pero la campana debía servir, tanto para nuestros huéspedes como para nosotras, y nuestros huéspedes todavía vivían en la ciudad, en una casa alquilada, a 45 minutos de la casa matriz. El número de huéspedes iba aumentando, de modo que dicha casa alquilada ya casi no tenía espacio para acomodarlos. Nuestra casa matriz había sido construida en un espacio muy pequeño; por lo que pronto nos sentimos apiñadas, debido a la expansión de nuestro ministerio. En los pequeños cuartos del ático ya no cabían el papel y las máquinas de nuestra creciente imprenta. Eso, sin mencionar los cuartos que necesitábamos para la editorial. Las hermanas escultoras tenían que hacer sus grandes crucifijos de arcilla al aire libre y cada vez que llovía se arruinaba su trabajo.

Debido a que el creciente número de nuestras responsabilidades no se podía restringir, había que hacer am-

pliaciones. Nos pareció muy claro que Dios necesitaba más espacio para continuar su obra entre nosotras. Muchas hermanas, sin embargo, pensaron que era completamente imposible levantar un edificio adyacente a nuestra casa matriz.

¿Imposible? Sí, doblemente imposible. El Gobierno nacional había planificado una autopista importante que iba a pasar por esos terrenos, la cual era estratégica para descongestionar el tránsito en nuestra ciudad. Además, teniendo en cuenta la extraordinaria localización de estos terrenos y la futura red vial que pasaría por allí una compañía gasolinera los había alquilado y el contrato no se podía anular. La ubicación perfecta para poner una gasolinera en el futuro. Descubrimos que allí también se había planeado construir un restaurante y otras estaciones de servicios.

Las dificultades parecían insuperables. La mayoría de las hermanas no quería ni siquiera comenzar a luchar contra los obstáculos. Luego de investigar bien la situación, querían ceder. Después de todas las batallas relacionadas con la construcción de la capilla y nuestra casa matriz, francamente estábamos cansadas de creer, de orar, de construir. No comprendíamos que nos encontráramos en gran peligro, el mayor de los peligros de la vida cristiana: el de la complacencia y la frialdad. Estábamos dispuestas a echarnos sobre los laureles de nuestra fe.

Lo que deseábamos era paz y quietud para el cuerpo, el alma y el espíritu, y no luchar más. Olvidamos que sin lucha no puede haber victoria, y sólo cuando se sufre inicialmente por algo, se experimenta su gozo después. En aquella época yo viajaba bastante. En una carta les pregunté acerca de cómo marchaba lo del terreno adyacente.

Me contestaron que la compra de los terrenos era imposible por causa de las razones ya mencionadas, y que por el momento no había esperanzas de que cambiara la situación. Luego, el Espíritu de Dios me iluminó como un relámpago, haciéndome entender que esto no era sino pura incredulidad y que detrás de ella estaba nuestra indiferencia. Éramos culpables de traicionar la misma comisión que Dios nos había dado. Entonces les escribí una carta muy seria a mis hijas, la cual llegó profundamente a sus corazones.

Después la madre Martyria me informó: “Cada una de nosotras sintió de inmediato que el Señor era quien nos estaba sacudiendo y levantándonos del letargo, con un gran sonido de trompeta. ¿Cómo podía Dios hacer un milagro en esta situación imposible, si nosotras nos negábamos a creer y a entrar en una batalla de oración? Era como si nos hubieran caído escamas en los ojos. Nuestra indiferencia y nuestro cansancio constituían el ‘tapón de la botella’.

Eso era lo único que impedía que adquiriéramos el terreno adyacente. Si no quitábamos el corcho, ni siquiera podíamos aventurarnos a ir a la Ingeniería Municipal para iniciar los trámites.

“Esta vez no fue suficiente una reunión con las hermanas. La hermandad oró hasta altas horas de la noche, buscando el espíritu de verdad y arrepentimiento.

Las hermanas pedían que Dios revelara cualquier cosa que se interpusiera en el camino de la intervención Divina.

El Espíritu de Dios llegó, y nos hizo comprender y confesar nuestros pecados. Oímos que se pronunció contra nosotras el juicio que el Señor profirió contra el ‘mayordomo infiel’ en la Biblia. Ahora, estábamos alegremente dispuestas a hacer cualquier cosa para construir una casa para Él, si una vez más tendría misericordia de nosotras.

A la mañana siguiente me aventuré a llamar a la Ingeniería Municipal “luego de esta noche de oración y lágrimas, procedentes de corazones arrepentidos.

El ingeniero municipal siempre estaba ocupado. Normalmente había que esperar algunas semanas para lograr una entrevista con él. Pero al llamarlo esa mañana, dijo que estaba dispuesto a recibirnos de inmediato.

“Al principio de la conversación, ordenó que se le llevaran todos los documentos relacionados con esta propiedad. Nos explicó la condición en que se hallaba este terreno y dijo que para nosotras no había esperanza, pues el Gobierno nacional ya había entregado los fondos para la construcción de la autopista. Luego, sin embargo, completamente aparte de la explicación, llamó a su secretaria y le dictó una carta dirigida a la compañía gasolinera que tenía contrato para tomar aquellos terrenos en arrendamiento. Descartando los planes anteriores, les anunció que la autopista se desviaría unos 100 metros hacia el sur. De esta manera se eliminaban los planes que ellos tenían para establecer gasolineras. El ingeniero continuó diciendo que no se concederían permisos de construcción en este terreno, excepto a la Hermandad de María. La compañía gasolinera aceptó dicha decisión, sin discutir. De un solo golpe se habían desvanecido los obstáculos.”

¿Qué había ocurrido? Algo que era inconcebible; por lo que la Ingeniería Municipal y el Consejo Municipal estuvieron discutiendo este asunto varios años después. Cuando el ingeniero municipal revisó lo que había hecho, se asombró de su propia audacia. En aquel momento y sin saberlo, él fue un instrumento de Dios. Más tarde se sintió muy feliz por haber tomado tal determinación.

Nuestro Señor Jesús dijo: "...si tuvieran fe, aunque sólo fuera del tamaño de una semilla de mostaza, le dirían a este cerro:

'Quítate de aquí y vete a otro lugar, y el cerro se quitaría'. Nada les sería imposible" (Mt 17:20).

Luego de esta experiencia pudimos decir: si no tienes fe, ni meta para tu fe, debido a tu complacencia e indiferencia, los montes permanecerá ahí.

Las cosas que obstaculizan la victoria y la edificación del reino de Dios, sólo pueden removerse mediante una fe que lucha. Dios quería que le construyéramos una casa. Cuando ese deseo de Dios se encontró con nuestra fe, la casa fue construida. Nosotras le pusimos a la casa el nombre de Taller de Jesús. Allí están ubicados nuestra imprenta, nuestro estudio de arte y otros departamentos de trabajo. De este lugar sale el mensaje de que "Dios puede". Sí, Él puede mover montañas o autopistas, si nosotros sentimos celo por su reino y creemos. Éste es el sermón que el Taller de Jesús nos predica, cuando entramos y salimos de él cada día.

*Dios espera que la oración
sea sincera y continua*

El huerto de las ciruelas



Teníamos el plan de construir el Taller de Jesús en el terreno adjunto a la casa matriz. Parte de la tierra pertenecía a una gasolinera que estaba al lado de la casa matriz, y el resto consistía en tres campos. La adquisición de estos campos suponía muchas dificultades.

Santiago nos da un sano consejo en su epístola: “*La oración fervorosa del hombre bueno tiene mucho poder*” (St 5:16). ¿Qué implica la palabra “fervorosa”? .

Significa que uno persevera en esperar algo, lo apoya, lo destaca, invierte en ello. Por ejemplo, si voy a enviar una carta especial, no trato de economizar en el franqueo postal. La envío por correo aéreo, certificada, urgente, entrega especial; y probablemente coloco adentro del sobre las estampillas, para que me contesten la carta.

En la vida cristiana hay también ciertos modos de destacar, de apoyar nuestra oración. Se constituyen en expresiones externas definidas que le demuestran a Dios lo mucho que significa para nosotros su respuesta. Cuando esto procede de un corazón humilde no tiene ninguna relación con el deseo de imponer nuestra voluntad, ni tampoco con el esfuerzo propio o con la intención de querer obligar a Dios. Sólo ayuda a demostrarle al Señor que uno sólo tiene puesta la esperanza en Él. Entre las maneras de insistir y de apoyar nuestra oración se pueden incluir ofrendas especiales, ayunos, vigiliias y el renunciar a algo que nos cueste, dentro de nuestra vida cotidiana.

Uno de los tres campos mencionados al principio de este capítulo pertenecía a una anciana. Era un pequeño terreno situado donde íbamos a construir nuestro Taller de Jesús. Durante semanas y meses habíamos

orado para que Dios moviera la voluntad de la anciana para que cambiara su terreno por otro, o nos lo vendiera.

La hermana Eulalia escribió: “Visité a la señora muchas veces, y también a su hermano y a su cuñada. Pero era inútil. Ella insistía en que, por ninguna circunstancia, una persona debía desprenderse de lo que había heredado de sus padres.

“En una de mis visitas, la anciana no estaba en casa. Un sobrinito de ella estaba allí y me permitió entrar. Él me llevó a la habitación de su tía abuela. Yo no había visitado este lugar antes. Una mirada a dicho entorno me hizo comprender que, mientras ella viviera, no cambiaría ni vendería su tierra. La habitación estaba llena de muebles suficientes para llenar una casa entera; la mayoría de ellos estaban deteriorados.

En el rincón había una cama. El muchacho me llevó allí, y me explicó que la tía tenía que subir a la cama con la ayuda de una escalera pequeña, pues había amontonado todos los colchones heredados de sus antepasados, y dormía sobre todos ellos. El muchacho confirmó mi percepción, diciéndome: B Mi tía no se ha desprendido jamás de algo que haya heredado.

“Regresé a la casa con el informe. Las madres dijeron que una persona tan atada a las cosas de este mundo, solamente podía liberarse de ellas mediante la oración

‘fervorosa’. Sentimos que no sólo nuestro campo estaba involucrado en esto, sino también un alma que vivía atada a las cosas de este mundo. Jesús dijo: *“Esta clase con nada puede ser arrojada sino con la oración y el ayuno”* (Mc 9:29).

Ayuno no sólo significa dejar el alimento del cuerpo; también puede ser la entrega de algo que tiene especial significado para el alma y el espíritu. En algunos casos, esto puede ser más difícil que el ayuno físico. De modo que todas las oraciones de las dos semanas siguientes estuvieron respaldadas con ayuno. Eso nos dio la oportunidad de considerar a qué cosas o situaciones podían estar atadas nuestras almas. En nuestro caso, no tenemos propiedades; sin embargo, nuestra posesión puede ser un pequeño crucifijo, una tarjeta bonita, cierta necesidad personal a la cual nos aferramos.

O tal vez sentimos miedo de una entrega espiritual y pensamos: ¡Espero que nunca llegue el día en que Dios me pida esto a mí! En resumen, fuimos llamadas a una semana de entrega, en la cual cada una renunció en secreto a aquello a lo cual estaba atada.

“Transcurrida esta semana, volví a visitar a la anciana dueña del campo. No podía creer lo que le oí decir: La tierra no me produce nostalgia, lo que me preocupa son los ciruelos. No quiero desprenderme de ellos.

Dicho de otro modo, ella quería dejarnos la tierra, pero mantener los ciruelos como suyos. De modo que tuvimos que hacer un contrato en el que se estipulara que todas las ciruelas serían para ella; todos los años le enviábamos las ciruelas que se producían en esa parte de tierra”.



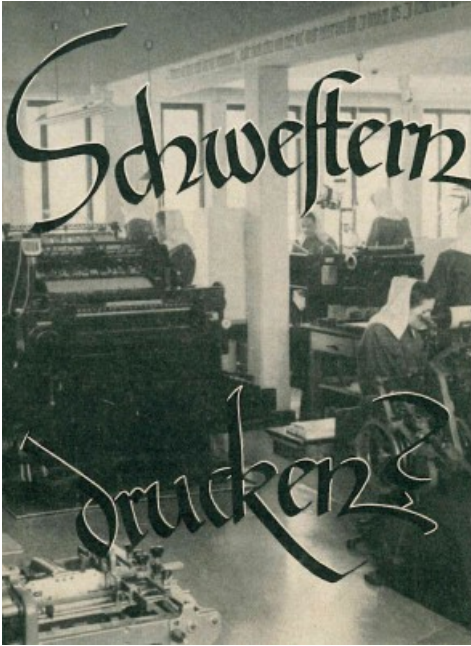
Verdaderamente, Dios había hecho un milagro. Había cumplido con su Palabra, pues se probó que: “La oración fervorosa del justo tiene mucho poder” cuando se hace con

sinceridad y constancia. Experimentamos que la oración del justo, tal como el Señor lo promete, hace que un tremendo poder esté a su disposición, cuando la oración es sincera y continua. Él, realmente, libró el alma de la anciana de la esclavitud, de tal modo que ella pudo desprenderse de su campo. Además, Dios se había propuesto producir una renovación en nuestros corazones.

Eso era más importante para Él que la rápida respuesta a nuestra oración. Por eso permitió que al principio encontráramos muchos inconvenientes.

Dios quiere que dependamos de Él

Una imprenta... por la fe



En la Hermandad de María tenemos una alegre canción que expresa la felicidad y bienaventuranza de los “pobres”. Una de sus estrofas es la siguiente:

*A los que tienen pocos dones
y necesitan más la ayuda de Dios,
reciben de su gran abundancia
dones y sabiduría sin cesar.*

Algunas veces entonamos esta canción a los visitantes cuando los llevamos a ver nuestra imprenta. Las máquinas que hay allí forman un verdadero concierto: la prensa *Heidelberg Offset*, la prensa de tipografía *Heidelberg*, la máquina *Rotaprint Offset*, la cortadora, la plegadora y la encuadernadora. Nuestros visitantes se sorprenden por los logros de las hermanas y, a menudo, dicen que ciertamente están bien entrenadas en su oficio. Sin embargo, no es así realmente. Todo lo relacionado con la imprenta se basa en el principio secreto que expresa esta canción. La hermana Beate, encargada de la imprenta, y sus doce colaboradoras no tuvieron formación profesional para este trabajo.

Al principio, la hermana Beate visitaba una imprenta de Darmstadt por las tardes. Esto le ayudó a adquirir algo de información básica y aprender los procedimientos más importantes para este trabajo. Luego comenzó la escuela de la gran dependencia a Dios y a la oración. Cualquier falta de conocimiento, preparación

y experiencia debía ser superada por medio de la fe y la oración. Dicha dependencia nos hacía humildes y pequeñas, llevándonos por el camino de la oración. Así nos hemos sentido muy felices de ser las “no especializadas” casi en cualquier aspecto; por ejemplo, en las artes gráficas, en publicaciones o en dramas bíblicos. Esta renuncia a la formación especializada no es para nosotras un “principio”, sino la dirección de Dios para el camino de nuestra hermandad.

Cuando hice un trabajo de la Misión para los Musulmanes, preparé algunas lecciones bíblicas. En los primeros años de la hermandad, nos pedían estas lecciones con bastante frecuencia. Decidimos dar un paso de fe y encomendar las primeras impresiones tipográficas de estas lecciones a una imprenta. Esto significaba que teníamos que tener fe en que el Padre nos proveería varios miles de marcos. La primera edición se agotó pronto, pero fue claro que no pudimos pagar una nueva impresión profesional. Entonces, mi corazón recibió una inspiración: *Tenemos que pedir al Señor nuestra propia imprenta y creer que nos la dará.* Esto ampliaría las posibilidades para nuestra misión. Así que, en medio de la mayor escasez económica en que nos hallábamos por la construcción, oramos insistentemente para que el Señor moviera el corazón de alguien y así nos regalara una prensa. Y el Padre nos contestó. Llegó el día en que tuvimos una máquina

Rotaprint delante de nosotras. Nos la regaló un matrimonio que sabía acerca de nuestra labor.

Consideramos que teníamos que ponerla a funcionar de inmediato. Siempre hemos sido conscientes de que vivimos en “los tiempos del fin”, de que la venida del Señor está cerca. No podíamos esperar a que llegara una hermana que entendiera el proceso de impresión, ni tampoco estábamos en capacidad de enviar a una de nuestras hermanas a adquirir la técnica en un curso de varios años. Indudablemente, esto hubiera sido necesario para manejar algunas máquinas que adquirimos posteriormente. Pero el Señor nos permitió comenzar con una máquina pequeña, para que aprovecháramos el tiempo al máximo.

¿Qué podía hacer esta hermana, que no tenía ningún entrenamiento, al hallarse en frente de la nueva máquina? No había sino una salida: clamar al Señor.

La necesidad nos enseña a orar. Ella tuvo esta experiencia, por ejemplo, la primera vez que trató de imprimir algo en color dorado. Se metió en toda clase de dificultades. En respuesta a sus suspiros y peticiones, el Señor envió ese mismo día a un huésped no esperado. Era un profesional de la imprenta y había operado una máquina similar. Con gusto trabajó con ella hasta bien entrada la noche y le enseñó el manejo exacto de la máquina.

Dios, que es celoso, quería que dependiéramos totalmente de Él, que hiciéramos todo con Él y estuviéramos unidos a Él en amor. El Señor nos mostró, una vez más, lo bien que marchan las cosas, cuando ponemos en Él toda nuestra confianza, buscando y esperando su ayuda.

Dios no sólo no desilusionó a las hermanas de la imprenta, sino que se manifestó como el mejor maestro posible. Los productos impresos salían tan bien que el vendedor que promocionaba estas máquinas, tomó algunas muestras y las puso en su maletín de pruebas con propósitos de propaganda.

Sin embargo, esta pequeña máquina no fue suficiente para atender la creciente demanda de folletos y, en fe, encargamos una prensa de tipografía *Heidelberg*. Hicimos un convenio con el vendedor de que haríamos puntualmente los pagos en cada cuota. Por supuesto, nadie sabía de dónde vendría el dinero.

Y así sucedió también con las demás máquinas que adquirimos después. La prensa *Heidelberg* había sido objeto de oración durante muchos meses; cuando llegó, nos reunimos para cantar alabanzas y acción de gracias, y también himnos de fe, pues ahora teníamos que creer que tendríamos a tiempo el dinero para las cuotas. También debíamos orar para que las hermanas pudieran operar estas máquinas, las cuales requerían de una mayor habilidad técnica que la máquina *Ro-*

taprint. Pero Dios había pronunciado su amén para este camino de fe y hasta el día de hoy nos ha permitido experimentar milagro tras milagro.

De vez en cuando alguna máquina se dañaba o dejaba de funcionar. La hermana Débora, que usualmente maneja la *Heidelberg Offset*, nos informó que un día se produjo un sonido horrible que retumbó por todo el taller y la máquina se detuvo.

“Nos pusimos tan blancas como un papel. Dos puentes metálicos saltaron del armazón de la máquina y se deslizaron hacia la rueda. Este incidente indicaba un daño grave que costaría miles de marcos. Generalmente, todas las máquinas de una imprenta están aseguradas; si pasa algo, la compañía de seguros paga la cuenta. Nosotras, sin embargo, no teníamos ninguna póliza de seguros.

Descubrimos que el puente se había hecho pedazos y si un fragmento de metal hubiera caído sobre la rueda dentada, mientras la máquina estaba en movimiento, todo el cilindro se hubiera arruinado. Estuvimos cerca de esta catástrofe, pero no ocurrió nada como esto.

“Recogimos todos los fragmentos de metal que estaban en diversas partes de la máquina durante algunas horas. Estos fragmentos habían sido lanzados con tal fuerza que saltaron la pintura de la máquina en varias partes. Con temblor y oración a nuestro Padre nos

reunimos en torno al cilindro. Finalmente, nos arriesgamos a poner en movimiento la máquina para ver si los ángeles... Efectivamente, la máquina comenzó a funcionar con sus sonidos normales y rítmicos; no hubo más estruendos y quedó totalmente arreglada. Cuando contamos esto a otros impresores, les pareció difícil creer que escapamos a este daño, sin gastar por lo menos mil marcos en la reparación”.

Simplemente, el Señor obró. Él oye las oraciones de los que no tienen ninguna ayuda, sino la suya. Nuevamente nos alegramos por nuestra pobreza y nuestra dependencia del Padre. Estas aflicciones nos llevaban a Él en oración. Luego, Dios nos permitía experimentar su poder, su ayuda y su amor paternal.

En realidad, en caso de haber tenido la preparación técnica, el conocimiento, el talento y el dinero, hubiéramos sido verdaderamente pobres, porque de esta manera no estaríamos en condición de experimentar la bendición del amor del Padre. Precisamente, llegamos junto a su corazón al comprobar su provisión en las muchas dificultades de la obra.

*¡Bienaventurados los pobres,
bienaventurados serán los pobres,
que como hijos de un Padre bondadoso
todo lo reciben de Él!*

Todo lo que hay en nuestra imprenta nos cuenta la misma historia. Los hijos desamparados reciben del Padre todo lo que necesitan en respuesta a sus peticiones, y aun en lo más pequeño experimentan milagros. Sobre una de las prensas cuelga una vieja pieza de la máquina Rotaprint, la cual tiene un significado especial para nosotras, pues nos muestra esa relación directa que tenemos con el Dios viviente, en los más íntimos detalles de nuestro trabajo diario. El gran Dios omnipotente se interesa en nuestras pequeñas angustias, así como un padre terrenal se preocupa por los juguetes estropeados de sus hijos. Tal vez esto puede ser un consuelo para los que pasan día tras día frente a una máquina, como ocurre con nuestras hermanas.

Pues es fácil perder de vista la relación entre el cielo y una ocupación de carácter mecánico.

La hermana Beate nos contó lo siguiente: “Una vez, la prensa *Rotaprint* nos hizo perder todos los cálculos de tiempo. Estábamos en los días anteriores a la Navidad de 1961, y todo iba de prisa. Llegaba el día en que teníamos que despachar un pedido por barco a Tierra Santa. El daño ocurrió un viernes. Todos saben que el sábado no se puede conseguir un mecánico, incluso desde el viernes por la mañana ya están comprometidos. Eso significaba que tendríamos que perder por lo menos dos días completos de trabajo.

Llamamos al superintendente de servicios en Francfort, pero fue inútil: todos los técnicos habían salido a cumplir sus asignaciones. No podíamos hacer nada. Ya estaba a punto de colgar el teléfono, cuando escuché algo. ¿Estaba oyendo bien? Era la voz del superintendente:

‘Dígame, ¿Ustedes han orado de nuevo?’

“Me quedé sorprendida por su pregunta, y sólo pude confirmar: Sí, hemos estado orando, ¡y mucho!

‘Imagínese, uno de nuestros mecánicos que ya habíamos despachado acaba de regresar a buscar unos repuestos. Dice que va a terminar más pronto de lo esperado y entonces irá a su imprenta’.

“Hasta esta empresa comercial secular tuvo que reconocer el papel de la oración. Así, pudieron compartir con nosotras la bendición que se recibe al ser hijo de Dios, por medio de Jesucristo. Él oye las peticiones de sus hijos y les ayuda, hasta en situaciones en las que una máquina se daña. Fue entonces cuando colgamos la pieza de la máquina Rotaprint del cielo raso, como una señal de acción de gracias”.

2. *El arrepentimiento trae la respuesta de Dios*

Esta es la experiencia de una hermana que trabaja en la imprenta:



“Un día, la prensa *Heidelberg Offset* comenzó a fallar y no podíamos descubrir por qué. Ésta fue otra oportunidad en la que Dios nos enseñó a confiar en Él. Pero, esta vez, Él quiso enseñarnos algo más también.

“Les dije a mis colaboradoras: ‘Esta dificultad debe significar que algo no anda bien dentro de nosotras’. No podíamos hallar otra explicación. Todas recibieron la sugerencia en silencio.

“Luego, llegó la hora del almuerzo. A la 1:30 p.m., la máquina comenzó a trabajar perfectamente. Después,

una de las hermanas se detuvo cerca de la máquina, y vio que estaba funcionando muy bien.

‘¿Desde cuándo?’, preguntó con alegría en sus ojos.

“Se lo dijimos, y todo se puso al descubierto. Desde el día anterior había ciertas fricciones entre ella y otra hermana. Ninguna quería ceder. Pero no las dejaba tranquilas el hecho de que la máquina se había detenido. Después del almuerzo, hablaron con la madre Martyria. Confesaron todo, hubo perdón y reconciliación: precisamente en ese instante la máquina comenzó a funcionar otra vez.”

Dios había dado a toda la hermandad una lección por medio de este suceso. Su palabra sigue firme: “...*si al llevar tu ofrenda al altar... ve primero a ponerte en paz con tu hermano*” (Mt 5:23,24). Si violamos los mandamientos de Dios, nuestras oraciones no pueden ser contestadas. Cuando sufre una avería una máquina en la imprenta, lo primero que tienen en cuenta las hermanas es esto. Antes de llamar al técnico, oran juntas: “¿Hay algo entre nosotras o dentro de nosotras que entristece al Señor?”.

*Dios busca la oración de fe*1. *Matemáticas celestiales*

$$1000+1000=5000$$

Junto a la imprenta están las salas de nuestra casa editorial. Un día alguien nos dijo: “¡Estoy contento de que ustedes ya tengan una editorial! Así, ustedes tendrán los mismos problemas nuestros: impuestos, propaganda, ganancia. ¿No es verdad? ¿No tienen que pensar en estos puntos comerciales?”.

Por supuesto, es cierto que no podemos evitar todas las dificultades relacionadas con nuestro trabajo, la falta de personal, las exigencias en las entregas, las muchas horas extras, la necesidad de mantener una contabilidad exacta y cosas como esas. Pero, nuestra editorial también funciona de conformidad con los caminos de la fe. Podemos publicar cualquier cantidad de cosas: folletos, libros, carteles, prospectos, tratados, hojas de canciones. El asunto no es si tenemos fondos disponibles para ello o si obtendremos ganancias.

Nuestra primera consideración es si hemos recibido un mandato expreso de Dios para publicar algo, y si ha de ser una bendición para las personas que lo lean. Dios nos ha permitido adoptar esta maravillosa forma de operar, que cuenta siempre con Él.

Eso nos crea una atmósfera de gran tranquilidad y confianza. Sólo tenemos que preocuparnos de que el mensaje de Dios llegue a muchos, de proclamar su Palabra, de hacer todo el esfuerzo posible por publicar tantos libros y folletos como se pueda, para que muchas personas estén preparadas y se salven.

El Señor mismo se encarga del dinero y de los trabajadores necesarios. Sólo tenemos que arriesgarnos por fe. De modo que todos los impresos, menos los encargos de parte de las librerías, se hacen y distribuyen gratuitamente. Cada cual puede dar lo que quiera, y cuanto quiera, con toda libertad. Parte de esta literatura va a países de donde no es posible recibir nada. Se distribuyen pequeños folletos por millares. Nuestro trabajo editorial y de imprenta sólo está comenzando. Un programa de expansión requiere grandes sumas de dinero para conseguir más espacio, más máquinas y más materiales.

No es, pues, de extrañarse que este negocio opere con pérdidas. Sin embargo, lo extraño es que siempre pagamos puntualmente todas las facturas.

Además, hemos visto cómo se han levantado las casas una tras otra, y hemos adquirido nuestra tierra de Canaán.

¿Cómo es posible todo esto? Un profesor de matemáticas de nuestra ciudad siguió este sistema de imposibilidades financieras con gran interés. Lo llamaba “matemáticas superiores” o simplemente “matemáticas celestiales”. El cálculo humano siempre se basa en las ganancias. Pero, en las “matemáticas celestiales” ocurre todo lo contrario: *“Den a otros, y Dios les dará a ustedes. Les dará en su bolsa una medida buena, apretada, sacudida y repleta”* (Lc 6:38).

Los principios que rigen las “matemáticas celestiales” son más confiables que la aritmética humana y son eternamente válidos. Esto significa que quien entra por el camino del dar, como dijo Jesús, recibirá todo en abundancia.

Así es como hemos podido llevar a cabo esta obra editorial, en una medida cada vez mayor. El dinero necesario no nos llega conforme a los cálculos humanos usuales: por ejemplo, mediante una buena promoción o cartas estimulantes para conseguir los fondos. Esto no sucede así, el dinero llega por medios sobrenaturales, contando con Dios, cuyo poder y autoridad se extienden también con el dinero. Él dice: *“Míos son la plata y el oro”* (Hag 2:8).

2. El autobús azul



La hermana Benedicta nos informó lo siguiente: “Los niños se apiñaban en torno a un pequeño establo de cabras vacío, donde dictábamos las clases bíblicas para ellos. Eran niños pobres, con diversos matices de limpieza, algunos bastante sucios. Se dibujaba en sus caras un doloroso complejo de inferioridad. Desde los primeros años de su infancia habían padecido necesidades y dificultades. Sus ojos tristes reflejaban la lucha que habían tenido que librar todos los días, pues no hallaban alivio ni victoria.

“En el establo teníamos, a lo sumo, espacio para diez niños. Los demás gritaban y molestaban afuera, mientras les llegaba su turno para entrar a recibir una hora

de clase. Comprendimos que, si no conseguíamos un lugar más amplio, no podríamos llevar a cabo nuestra obra con tantos niños. La zona tenía pocas casas y nunca se nos pasó por la cabeza que allí vivieran tantos niños. ¿Dónde hallaríamos un lugar adecuado? ¿Debíamos construir una cabaña?

“Un día dibujé un autobús antiguo en el pizarrón con tiza azul. Les dije a los niños: Ahora vamos a pedirle al Padre celestial que nos dé este autobús. No borraremos el dibujo hasta que lo recibamos. En ese momento nos pareció que un aula rodante era la única solución para nuestro problema. Así, podríamos ir de un lugar a otro, visitando a esta pobre gente y dando las clases. Muchas de las hermanas se pusieron de acuerdo para orar por el autobús.

“Entre los niños hubo una división inmediata. La mayoría apenas sabía lo que era orar. Muchos aprendieron la oracioncita por el ‘autobús azul’ y la recitaban en su sencilla fe. Las madres de los niños nos contaban que oraban por la noche y por la mañana al Padre celestial. Los otros niños, la mayoría de ellos de más edad, se burlaban. Ellos sabían que Dios no iba hacer descender un autobús del cielo.

“De modo que esto se convirtió en una verdadera prueba de fe para nosotras también. ¿Oíría el Señor nuestra oración y actuaría en esta situación?

En realidad, le preguntamos a algunas empresas alemanas y norteamericanas de venta de vehículos, para ver si había algún autobús desechado que estuviera disponible, pero no tuvimos éxito. El dibujo que estaba en el pizarrón ya tenía tres semanas, y no había sucedido nada. Entonces, ocurrió algo que no nos podíamos explicar y ante lo cual sólo pudimos exclamar: ¡Eso sólo puede ser obra del Padre celestial!

“Un hombre llegó a preguntar si era cierto que necesitábamos un autobús. Él vendía uno y estaba interesado en saber si queríamos ir a verlo. Hasta ese punto no había nada raro. Ciertamente hay muchos autobuses viejos que están para la venta. ¡Pero cuando fuimos a verlo nos dimos cuenta de que era de color azul, exactamente igual al que yo había pintado, un Opel-Blitz, modelo 1937.

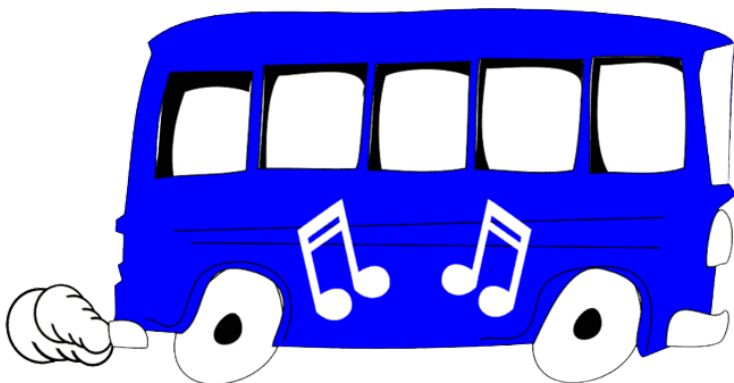
“El precio era realmente económico: 1.200 marcos, con la batería. Sin embargo, ésta era una gran suma de dinero para nosotras. La madre Basilea dijo: ‘Incluso si costara un peso, hay que considerar otros puntos. Será una gran responsabilidad que ustedes, las hermanas, manejen siempre este autobús, y eso aparte de los gastos que supone mantenerlo. Tenemos que pedir una señal. Si nos llega un número extraordinario de donaciones entre este momento y el miércoles, ese será el sí de Dios para que compremos el autobús; si

no, no lo compraremos. En tal caso, el Señor proveerá otro modo de resolver la situación’.

“En los siguientes días oramos muchísimo con todas nuestras fuerzas. Antes del miércoles se recibió gran cantidad de donaciones como nunca lo hubiéramos esperado. Después del miércoles se detuvo de repente la corriente de ayudas. La señal fue clara. A causa de la confianza infantil de nuestras oraciones, Dios escuchó y nos dio lo que necesitábamos. Contentas fuimos a buscar el autobús azul. Nos fuimos manejando hasta el barrio de la ciudad donde se realizaban las clases bíblicas de niños, con el fin de mostrárselo. Muchos se impresionaron tanto que no sabían qué era lo que estaban viendo. Uno de ellos preguntó: ‘Hermana, ¿incluirán ahora esta historia en la Biblia?’”.

Desde entonces comenzaron a formarse grupos de oración, aun entre los niños más pequeños. Porque habían experimentado personalmente quién es el Padre celestial y que Él quería ser su Padre. Desde entonces, cualquier pequeño detalle relacionado con el autobús se convirtió en motivo de sus oraciones. Pedían que alguien diera el dinero para reparar cualquier ruido, que recibiéramos lo necesario para comprar gasolina, que no ocurriera ningún accidente y cosas por el estilo.

Y Dios respondía a estas oraciones de una forma específica y literal para que los niños pudieran entender; ¡así como había considerado cuidadosamente la petición de ellos, en cuanto a que el color del autobús no fuera otro diferente del azul!



3. Las medidas: 11 metros y 80 centímetros

Ahí estaba el autobús azul que era un don del Cielo. Le pusimos por nombre *Mensajero de Jesús*. Lo estacionamos en medio de las cabañas. Los niños se apretujaban en frente del autobús, esperando entrar en él por grupos sucesivos. La disciplina era imposible. Los que estaban adentro miraban hacia afuera, y los de afuera, miraban hacia adentro. Algo era cierto: ¡Nuestro autobús azul necesitaba cortinas!

Una de las hermanas que trabajaba en el autobús cuenta cómo oraron:



“Pensamos que lo mejor sería colocar cortinas de color castaño oscuro, pues darían al interior del vehículo un ambiente abrigado y agradable. El Padre celestial había convenido en que el color del autobús fuera azul. ¿No podría volver a ponerse de acuerdo con nosotros? Oramos para que nos diera ese tipo de cortinas. Los niños oraron con nosotras. Las ventanas del vehículo medían 11 metros con 80 centímetros de largo. Por supuesto, no teníamos el dinero para comprar dicha cantidad.

“Llegó la Nochebuena... y con ella un paquete de un gran negocio que nunca nos había dado nada: ¡era tela para cortinas de color castaño oscuro! Con gran deleite apreté el paquete contra mi corazón. Pero algunas de las otras hermanas dijeron: ‘Este material es demasiado bueno para el autobús. Durante mucho tiempo le hemos pedido al Señor tela para cortinas.’

‘Pero nosotras le pedimos cortinas de color castaño oscuro’, dijeron a coro las hermanas que trabajaban en el autobús.

“Al fin, llegamos a este acuerdo: mediríamos la tela, si ésta medía 11 metros con 80 centímetros de largo, pertenecía al autobús, pues ésa era la medida de las ventanas. Si medía más o menos, pertenecía a las hermanas que trabajaban en la costura, ya que ellas no habían medido sus ventanas. Con gran ansiedad buscamos el metro y comenzamos a medir la tela. Al principio parecía que las hermanas del autobús estábamos perdiendo. Pero... no. ¡Ahí estaba la medida: precisamente 11 metros con 80 centímetros!”.

¿El Padre celestial había asignado las cortinas al autobús, porque no quería que los niños se sintieran desilusionados? Sabemos que Él tiene especial preocupación por los pobres y los pequeños. La Escritura dice que Jesús pronunció una vez un “¡ay!” contra el que haga tropezar a los pequeñitos.

Junto con los niños, nos quedamos admiradas de la obra del Señor. El Dios todopoderoso se había preocupado de cada centímetro de la cortina, puesto que era muy importante para el ministerio del Mensajero de Jesús.

Al contestar esta oración, el Padre nos convirtió a nosotras, las grandes, en niñas. Nos enseñó de nuevo a confiar en Él, inclusive para las cosas más pequeñas y a amarlo tiernamente.

4. Rodeado de ángeles



Este es el testimonio de la hermana Sara, quien posteriormente trabajó en el Mensajero de Jesús.

“Uno de los suburbios a los cuales llevábamos el autobús era el sitio favorito de adolescentes rufianes y

peleadores. La policía rondaba el área para arreglar pleitos, imponer castigos por los atracos y cosas por el estilo. Estos buscapleitos ni siquiera nos respetaban. En efecto, algunos malhechores adultos se unían a ellos en sus maldades. Trataban de asustarnos diciéndonos que iban a incendiar el autobús, otras veces le sacaban el aire a las ruedas, movían el bus haciendo amague de volcarlo o hacían cosas parecidas. De modo que nunca fuimos a este suburbio para dar nuestras lecciones, sin primero pedir la oración de todas las hermanas en la casa matriz.

“Un día habíamos pedido especial intercesión antes de salir. Y justo ese día los cabecillas de la banda habían planeado atacarnos, según lo supimos después. Un muchacho, a quien era imposible mantener callado, durante la clase en el autobús, fue a buscar a sus compañeros de aventura. Llegó una pandilla de diez hombres que se distinguían por sus riñas y revueltas. Sin embargo, se mantuvieron a cierta distancia del autobús y no ocurrió nada. Era como si algún poder los hubiera retenido. Cuando llegó la noche, todos se fueron.

“Al regresar a la Casa Matriz les dimos las gracias a nuestras hermanas por sus oraciones. Habíamos comprobado que realmente hay poder en la oración. La oración mueve los corazones humanos y cambia las situaciones.

Cuando volvimos en el Mensajero de Jesús a ese lugar, sentimos nuevo valor. ¡Estábamos firmemente convencidas de que no estamos indefensas contra estos ataques planeados!.

¡El poder de la oración es más fuerte que el poder de las tinieblas! Los ataques de las tinieblas se reducen a la nada. ¡Jesús tiene la victoria!

“Y en realidad, cuando llegamos, el cabecilla de la pandilla se me acercó y me dijo tranquilamente: ‘Hermana, ¿por qué siguen viniendo ustedes aquí? Uno de estos días podríamos atacarlas’.

“Este hombre había estado varias veces en la cárcel por atraco y robo. Pero, antes de que alguna de nosotras pudiera contestarle, agregó, como empujado por un impulso: ‘Nadie puede hacerles nada. ¿Es verdad que Dios está con ustedes?’ ”



*Dios quiere que creamos en su Palabra**Jesús hoy, en el Mar de Galilea*

Nuestros libros de contabilidad muestran que durante un año entero sólo entraron gotitas de dinero. Estuvimos en grandes aprietos, pues se nos vencían los plazos de cuentas importantes. De repente se produjo un cambio, y pudimos hacer frente a todas nuestras obligaciones sin mayores dificultades. Este cambio sólo fue posible, mediante “una administración celestial”. Dicho resultado corresponde a una experiencia muy especial que ocurrió en el mar de Galilea, en marzo de 1958.

Al recordar aquellos tiempos, todavía sentimos en nuestros huesos el dolor por esas cuentas que teníamos pendientes. Cada mes el déficit era de 16.000 marcos. Nuestra casa de retiros en Canaán, El Gozo de Jesús, estaba a punto de terminarse. Durante la cena, cuando oíamos los bajos ingresos de cada día, nos sentíamos casi asfixiadas. Era como si una montaña nos hubiera caído encima, dejándonos paralizadas. Esa era una verdadera batalla de fe. Las palabras de nuestra oración todavía resuenan en nuestros oídos. Muchas noches acudimos al Señor y le presentamos el hecho de que, en diez años y diez meses, Él nunca nos había decepcionado. Siempre llevaba a cabo lo necesario para que el dinero nos llegara oportunamente. Con seguridad, Él no iba a cambiar en el undécimo mes del undécimo año de nuestra existencia como Hermandad de María. De repente no iba a ocasionar que fuera imposible para nosotras pagar nuestras cuentas, Él no podía permitir que su nombre sufriera menoscabo frente a su pueblo. Día tras día, y a veces durante la noche, orábamos a nuestro Padre; también le pedíamos que nos revelara cualquier cosa en nosotras que le molestara, con el fin de que se abrieran las ventanas de los cielos y se derramaran sus bendiciones en dinero.

En ese tiempo tuve que viajar a Israel para dictar una serie de conferencias.

Todo el tiempo llevé en mi corazón la aflicción por nuestras necesidades económicas. El 23 de marzo recibí una carta en la cual me informaban que no había ninguna solución para nuestro problema económico. Sin embargo, para entonces, yo sabía que el Señor tendría misericordia de nosotras. Él es nuestro Padre y nuestro Redentor. Cuanto más oscuro sea el camino de la fe, tanto más maravilloso será el logro y la cosecha. De modo que vale la pena seguir por el camino de la fe, aun cuando las tinieblas parezcan envolvernos. Esto fue, en general, lo que les contesté a las hermanas de la casa matriz.

Esa noche pasé un rato en el mar de Galilea. Me aparté un poco de la orilla en una barca, precisamente en el sitio desde donde, con bastante probabilidad, los discípulos que estaban pescando vieron al Señor resucitado (ver Juan 21). No pude hacer otra cosa que concentrar todo mi ser en lo que sucedió allí. Los discípulos habían estado pescando toda la noche y no habían hallado nada. ¡Estaban desanimados y hambrientos! Luego se les apareció el Señor y no sólo les habló con palabras de consuelo que ellos tuvieron que aceptar por fe, sino que también intervino milagrosamente para ayudarlos en su necesidad inmediata. Además de proveerles comida les regaló también una pesca espectacular.

Entonces le pedí al Señor que me hiciera la misma pregunta que en ese momento les hizo a sus discípulos: “Hijitos, ¿tienen algo de comer?”. Porque ahora nosotras éramos también sus discípulas y confiábamos en su cuidado y protección. Si nuestro Señor Jesús no intervenía en ese momento, estaríamos en gran necesidad. Además, si después alguien nos preguntara que, si alguna vez estuvimos en necesidad, no podríamos contestar: “¡No, nunca!”

¿Este mismo Jesús podía actuar ahora, de forma diferente? Para gloria de su Nombre, sería imposible, porque ¿cómo responderíamos cuando nos preguntaran: “¿Alguna vez les ha faltado el dinero necesario para su ministerio, en este camino de fe?” Tendríamos que contestar: ¡Sí, a menudo; o por lo menos, algunas veces nos ha hecho falta el dinero necesario”.

De modo que confronté a Jesús en el sitio donde Él satisfizo maravillosamente la necesidad de sus discípulos. Le pregunté si Él es el mismo hoy, el que nunca traiciona la fe de los suyos y cumple su palabra: “*Yo haré cualquier cosa que en mi nombre ustedes me pidan*” (Jn 14:14). En esa hora en que nuestra pobreza y nuestra aflicción habían llegado al extremo, ¿satisfaría Él también nuestra necesidad?

Las hermanas en casa no sabían nada acerca de la hora que pasé sobre el mar de Galilea.

Pero cuando regresé poco después, casi no podían contener la alegría al contarme lo que había ocurrido. Al día siguiente, comenzaron a entrar grandes sumas de dinero a nuestra caja y continuó sucediendo hasta el fin de mes, de modo que pudimos pagar a tiempo todas nuestras deudas. No sólo pudimos pagar la casa de retiros de Canaán, El Gozo de Jesús, sino que al final del año siguiente, empezamos la construcción de la gran capilla que lleva por nombre Capilla del Llamado de Jesús. De igual forma pagamos otros terrenos que habíamos adquirido.

Dios había escuchado en verdad la oración que le hice en el Mar de Galilea. No nos había decepcionado. Él no puede hacer eso.



Dios escucha la oración de los pobres

1. Pequeñas pruebas de fe: mediante un pepino y otras cosas...



La hermana Eulalia era la encargada de la primera casa de huéspedes que habíamos alquilado en la ciudad. En esta historia, ella se refiere a una joven que llegó allí, un sábado por la tarde:

“Me senté junto a la joven a tomar café y le conté las cosas maravillosas que habíamos experimentado en relación con nuestro trabajo de construcción: cómo Dios oye la oración y hace posible lo imposible. Más tarde, ella entró a la cocina para ayudar a preparar la cena.

‘¿Qué va a cocinar?’, preguntó.

“Sin esperar respuesta, abrió la puerta de la despensa y vio que sólo había un pepino. Yo lo había apartado para nuestro almuerzo del domingo. Ella era de carácter impulsivo. Lo sacó y de inmediato comenzó a cortarlo en rebanaditas.

“De veras tuve que contenerme para no decir nada. Se había acabado el pequeño fondo que teníamos para los gastos de la casa. En realidad, el dinero de la hermandad estaba agotado, por causa de los continuos gastos en la construcción. Era como un milagro cada vez que podíamos volver a servir comida en la mesa. Yo me había sentido feliz por este gran pepino que había guardado para la comida del domingo. Los pepinos eran algo especial para nosotras en ese tiempo; de ahí el horror que sentí cuando vi que ella lo hacía pedazos ante mis ojos. ¿Qué les serviría a mis huéspedes? Entonces, pensé en las palabras que le acababa de decir a esa joven: Dios es un Padre que cuida de nosotros y hace milagros hoy. Decidí no hacer nada para rescatar el pepino.

“Mis compañeras de la casa de huéspedes y yo oramos para que el Padre se encargara de esta pequeña dificultad. ¿No había aprovechado Él la falta de vino en las bodas de Caná para hacer su primer milagro?.

“El domingo, al prepararnos para ir a la iglesia, nos sentíamos un poco acongojadas pues no sabíamos qué

se les serviría a los huéspedes en el almuerzo. En ese momento llegó un muchacho en una bicicleta, agitando una canastilla en la mano, la cual estaba llena de frijoles frescos procedentes de la huerta de su madre. ¡Cuán gustosos eran!”.

En la casa matriz tuvimos una experiencia similar. Una vez estábamos preparando un gran festival al que habíamos invitado a 180 visitantes. Las hermanas que trabajaban en la cocina tenían que preparar sándwiches para este gran grupo. Sin embargo, la noche que precedió al festival no teníamos el queso para hacerlos, ni dinero para comprarlo. Se trataba del “Festival de Acción de Gracias”. Quisimos atender a nuestros invitados con dones recibidos de la mano del Padre, como prueba de su bondad paternal. Las hermanas de la cocina buscaron la colaboración de todas las demás y durante el día estuvieron enviando “flechas de oración” al cielo para que el Padre enviara el queso que faltaba. Ya era tarde aquella noche y la situación se tornaba desesperante. Entonces, llegó uno de los invitados de Dinamarca, el cual trajo consigo un ¡gran queso danés de la mejor calidad!

En otra ocasión, una hermana sufrió una grave enfermedad, que la dejó sin deseos de comer. La hermana de la cocina no tenía dinero para comprar alimentos especiales, pero le presentó esta necesidad al Padre

celestial. Esa misma noche, el Señor envió tomates frescos en una época en que no se conseguían en ninguna parte, y de otro lugar, mandó unos pequeños peces muy aptos para abrir el apetito.

“Nuestro Padre sabe lo que necesitamos”. “Nuestro Padre...”. Estas palabras resonaban alegremente en nuestro corazón. Tales experiencias nos llenaban, cada vez, de ánimo para continuar en el camino de la fe, confrontando cada día la necesidad de alimento y confiando sólo en la oración de fe. En realidad, después de estas experiencias, nos movíamos por este camino de fe llenas de gozo. En aquellas vivencias fuimos testigos del amor y el cuidado del Padre. Y cuando las avecillas cantaban afuera, la Palabra de Dios hacía eco en nuestros corazones: “...ustedes valen más que muchos pajarillos”. Sí. ¡Luego de dichas experiencias, hasta los pájaros podían predicarnos un sermón! Verdaderamente, Dios hizo mucho más por nosotras que por ellos, pues tenemos una gran ventaja: se nos permite orar y creer.

Y así, continuamos felizmente por este sendero, como hijas bendecidas por Él. Como los pajarillos del cielo, vivimos de su mano, confiando solamente en su amor y cuidado paternal.

2. No se preocupen

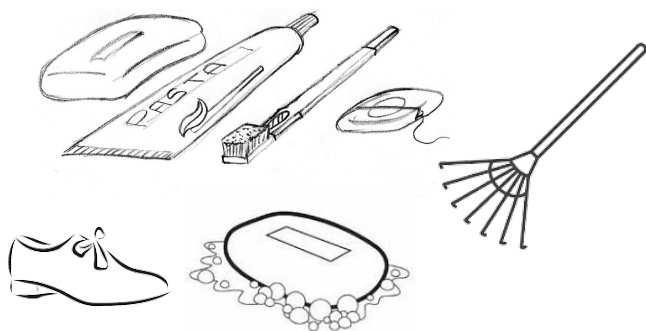


La hermana Anita es la encargada de administrar nuestra casa. Esa es una gran responsabilidad. Ella debe conseguir la crema dental, el jabón y otras cosas que necesitamos, pues ninguna tiene dinero propio en su bolsillo. A su vez, a ella tampoco se le permite comprar estas cosas. Al principio, cuando se hizo cargo de esta tarea, una vez se acercó y me dijo: “No tenemos crema dental. Tendremos que comprarla”.

Le pregunté: “¿Has orado al respecto? Esas cosas no las compramos, y si todas oramos, veremos lo que pasará... ‘todas estas cosas les serán añadidas’”. Poco después apareció en nuestro comedor una caja grande con tubos de crema dental en fila, como si fueran sol

dados, exactamente con el número que necesitábamos para nuestra hermandad. Los había enviado un barbero que recibió algunos folletos y quería expresarnos su gratitud. Llegaron en el momento preciso, cuando no teníamos ni un solo tubo de crema dental en nuestra casa.

Ésta es sólo una entre miles de experiencias. Durante 15 años, y hasta el día de hoy, nunca hemos comprado crema dental, jabones, betún para los zapatos, medias, zapatos, sábanas, toallas, pañuelos, ni cosas de esa naturaleza. Los huéspedes que comparten la cena con nosotras se asombran de ver la variedad de cosas que hay acumuladas en el centro del piso del comedor. Por supuesto, el aspecto de esta provisión cambia todos los días; por ejemplo, un día puede aparecer un rastrillo entre el jabón, los zapatos y la ropa de cama; otro día, una máquina de escribir junto con el hilo para coser y los cordones para los zapatos.



Como estos regalos se ponen allí todas las noches, siempre se oye un grito de alegría en algún rincón del comedor, pues alguna hermana encuentra lo que hacía tiempo estaba pidiendo en oración. Y esa hermana canta después con todas las demás: “¡Gracias te damos, oh Padre; Padre, bendíceles!”.

De este modo hemos recibido todo lo que necesitamos de la mano paternal del Señor, según su promesa: *“Por lo tanto, pongan toda su atención en el reino de Dios... y recibirán también todas estas cosas”* (Mt 6:33). Y, generalmente, llegan justo en el momento de esa oración sincera por algo en particular, ya que teníamos gran necesidad de aquellas cosas. Tenemos la experiencia de que el Padre cumple su palabra: *“¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a quienes se las pidan!”* (Mt 7:11). Él nos ha dado innumerables cosas buenas, pues la promesa de su Palabra, según la cual Él ayuda como Padre, no ha cambiado; todavía es válida hoy.



3. El cuidado del Padre en la cocina y en la casa

El gran Dios todopoderoso ¿no es demasiado grande como para que siempre lo estemos importunando con las necesidades de nuestra cocina? ¿Actuar de este modo no significa tentar a Dios, casi como si estuviéramos haciendo un experimento con el Santo? Con frecuencia nos hacen preguntas como éstas. Seguramente pedimos un gran milagro cuando vemos cerca el peligro y la dificultad, ¿pero, molestarlo por comino y sal?

Llamamos “pequeñas familias” a las diferentes unidades de trabajo de nuestra Hermandad. Cada “pequeña familia” comienza el trabajo del día con un momento breve de oración en comunidad. Cada hermana puede mencionar en la oración lo que necesita para su trabajo o las dificultades particulares que se deben superar. Una de las hermanas jóvenes de la cocina pedía especias todos los días, pues nunca las había. La hermana Adelaida, supervisora de la cocina, creía que esta peti

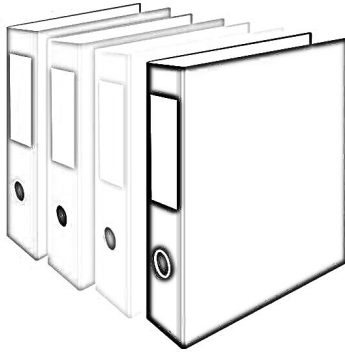
ción era un poco exagerada; ya que era suficiente con pedirle a Dios por las cosas necesarias sin mencionar otras, como los condimentos, sin los cuales podíamos sobrevivir. Por lo tanto, ella no le dio mayor importancia. El Padre celestial, por lo contrario, sí se la dio. Una tarde llegó una caja completa de especias, enviada por alguien que se había sentido impulsado a hacerlo. Desde entonces, nunca nos han faltado.

A la “pequeña familia” que manejaba nuestra lavandería se le había acabado el jabón en polvo y tenía que lavar gran cantidad de ropa de lana y chaquetas. La hermana Bárbara dejó de lado el lavado y oró insistentemente para que el Padre les diera lo que estaban necesitando. Por aquellos días, precisamente, estaba comenzando en nuestra casa El Gozo de Jesús, un retiro espiritual. Uno de los huéspedes, pasó por su fábrica antes de salir, pensando en lo que nos podría traer. Vio una caja de detergente y decidió ponerla dentro del carro y traerla. No estaba convencido de que Dios lo hubiera dirigido con respecto a este regalo ni de que tuviéramos una necesidad más apremiante. Mientras más lo pensaba, más se preguntaba si el detergente no sería un regalo extraño para nosotras.

Cuando nos lo entregó, nos asombramos al ver que Dios había oído nuestras oraciones en esta situación específica.

El Señor nos ha mostrado que su nombre, “Padre”, no es una simple palabra, sino que es verdaderamente una denominación que revela su naturaleza interna de un Padre que se preocupa y provee. Imaginemos a un ejecutivo sentado a su escritorio: ciertos aspectos como sus firmas, órdenes, dictados, llamadas telefónicas, visión global del negocio y manejo de personal nos convencen de su inteligencia y habilidad. Pero supongamos que la puerta se abre de repente, y entra corriendo su hijito, triste por algo que le ha ocurrido o porque tiene hambre. En medio de todas las actividades comerciales, el padre sacará tiempo para atender a su hijo. Entonces nos convencemos de su grandeza, por cuanto se basa en el amor. Tendríamos una falsa imagen de Dios si sólo lo viéramos como Creador y Gobernador del universo. “Dios es amor”. Es un Padre que quiere que sus hijos acudan a Él, aun en sus más pequeñas necesidades. Ciertamente, por encima y más allá de todas las cosas, Él es amor.





4. $5-3=300$

La pequeña familia que trabajaba en las cuestiones de oficina debía preocuparse por archivar y organizar correctamente los registros. Por este motivo necesitaba una gran provisión de carpetas. Pero, otros grupos de hermanas también las requerían. Esa demanda parecía no estar nunca satisfecha, pues recibíamos muy poca cantidad de archivadores. La oficina de la casa de retiros El Gozo de Jesús y la casa matriz habían presentado esta solicitud al Padre celestial, durante varias semanas, en sus oraciones de la mañana.

Un día, una compañía nos envió cinco de estos archivadores. La hermana recepcionista preguntó por teléfono si la oficina las había pedido.

Una de las hermanas de la oficina respondió alegremente: “Sí, hace mucho tiempo”. La hermana recep-

cionista se sorprendió un poco, ya que no teníamos el hábito de comprar esas cosas.

Pero la respuesta de la hermana de la oficina se refería a la petición que le habían hecho al Padre celestial. En efecto, posteriormente se descubrió que así fue, pues no nos llegó factura de ninguna parte. Quedó claro que se trataba de un donante desconocido y amable que las había enviado por orden del Padre celestial.

Hay que tener en cuenta que las cosas que se reciben mediante la oración, no siempre han de reservarse para uno mismo. La hermana Matilde, supervisora de la oficina de la casa matriz, se convenció de que debía compartir los cinco archivadores con las hermanas de la oficina de la casa de retiros; así que les dio tres a ellas y guardó sólo dos para su oficina. De igual forma, siguió pidiéndole a Dios que le mandara los archivadores que todavía le hacían falta, con la convicción de que el Padre se las enviaría. Pocos días después vimos que, en la mesa de regalos del comedor, había dos cajas de cartón, dirigidas a la oficina de la casa matriz. En las cajas había 300 archivadores para archivar, de distintas clases y tamaños. Era la respuesta de Dios para la hermana Matilde, por haberse desprendido de los tres archivadores que entregó a la casa El Gozo de Jesús, pues Dios nunca le debe nada a nadie.

Posteriormente, supimos que un cliente de una firma comercial había devuelto las cajas de archivadores a

tal firma y, como estorbaban en el almacén, se les ocurrió un día poner en ellas nuestra dirección, “porque ellas pueden usar casi cualquier cosa”. Los 300 archivadores llegaron precisamente en esa ocasión, con el fin de comprender que la oración respaldada con un sacrificio, aunque sea pequeño, tiene la promesa del Padre celestial de que será contestada.

5. Cómo el Padre celestial amuebla una casa



El gran nuevo edificio en la tierra de Canaán era la casa de retiros El Gozo de Jesús, cuya terminación se acercaba. Pero no parecía haber esperanza de muebles para ella. La madre Martyria y

yo teníamos claro que nos aferraríamos a nuestro principio básico: “No se comprará el mobiliario”.

El Padre celestial nos había comisionado para levantar este edificio de casi 60 habitaciones, salas espaciosas y una pequeña capilla. Pero ahora le correspondía a Él poner en estas habitaciones lo que quisiera.

Nos habíamos mudado a la casa matriz tan sólo con unos colchones, colchonetas, cajas de cartón, morrales y muebles, tal vez para una o dos habitaciones, aunque estaban pendientes entre 35 y 40 habitaciones más, además de las espaciosas salas. Luego, el Padre celestial comenzó a mover los corazones de las personas. Sin que ellas hubieran sabido, por ningún medio, que nos estábamos mudando, comenzaron a ofrecernos muebles usados o a enviarlos directamente. Nos fue difícil comprender la rapidez con que actuó el Padre celestial, pues en muy poco tiempo habíamos acomodado nuestros colchones o colchonetas en una cama de verdad.

Lo mismo ocurrió con el acondicionamiento de la segunda casa. De nuestras propias habitaciones, llevamos todos los muebles que eran adecuados para los huéspedes, y así arreglamos 15 habitaciones. Nosotras volvimos a dormir en el suelo; pero, a los 14 días, el cielo ya había enviado todos los muebles que faltaban, sin que hubiéramos hecho anuncio alguno en cuanto a la fecha de mudanza.

A veces nos parece un arte el poder permanecer “pobres”, al tener un Padre que siempre nos hace el bien.

Pero el saludable crecimiento que nos hace continuar construyendo, nos mantiene así mismo en este estado de dependencia.

Tan pronto como amoblamos las 15 habitaciones, no fue difícil imaginarnos de dónde vendrían los otros muebles. Muy alegremente les dije a mis hijas: “Estoy deseosa de ver si el Padre permitirá que celebremos la bendición del edificio, en junio, sin que estén completamente amobladas todas las habitaciones. No creo que esté dispuesto a tolerar eso. Pero tenemos que orar por cada uno de los muebles que hace falta”.

Así que, mientras todas emocionadas esperábamos ver la manera como el Padre celestial nos ayudaría en esta situación, continuamos pidiendo con gran fervor e insistencia. Gradualmente, las habitaciones fueron adquiriendo su mobiliario. Los envíos llegaban de todas partes, de nuevo sin que hubiéramos anunciado la fecha en que nos mudaríamos. La última cama llegó el día anterior a la consagración. ¿Quién puede describir el gozo y la gratitud con que recibimos cada cama, cada mesita, cada silla? Cada una de ellas fue la respuesta a una oración. Lo que se recibe como respuesta a la oración trae un gozo muy especial.

Es un saludo del Padre celestial; nos recuerda que Él piensa en nosotros, que se da cuenta de nuestras necesidades y oye nuestras oraciones.

De modo que nos colmó de gozo el hecho de que se nos evitó salir a comprar los mue

bles para la casa de retiros El Gozo de Jesús, únicamente tuvimos que esperar a que todo nos llegara por medio de la oración.

Ahora, toda la casa se ha convertido en un testimonio de su bondad paternal. La casa fue amoblada, habitación por habitación, con dádivas de amor. El mismo Padre obró en los corazones de quienes dieron el mobiliario.

Nos parece que ningún estilo, de ninguna época, puede llegar a igualarse, ni siquiera aproximadamente, con “el estilo del amor de Dios” en su calidez y belleza.



*El amor inventa nuevos caminos**Una herencia prematura*

¿Cómo debíamos equipar la cocina de la casa de retiros El Gozo de Jesús? ¿Con gas? ¿Con electricidad? ¿Disponíamos de algo que pudiéramos usar allí? Una tarde hablamos sobre eso; pues sólo teníamos una pequeña estufa de gas que no era adecuada para una casa de huéspedes tan grande. Los trabajadores insistían en que tomáramos una decisión definitiva para instalar los equipos, pero no le veíamos salida a este dilema.

Con el catálogo en la mano, llegamos a la conclusión de que todos los equipos de cocina estaban fuera de nuestro alcance. Luego de esta charla, pasamos el resto del tiempo de la reunión entonando canciones de fe, bombardeando al cielo con nuestras peticiones para que nos enviara un equipo de cocina.

Pocos días después, un pastor y su esposa nos preguntaron si ya teníamos lista la cocina. Dijeron que habían pensado en ello y que harían lo que pudieran. Nos sentimos llenas de gozo: “Dios es pura bondad. Ha tenido misericordia de nosotras en nuestra angustia, ha oído nuestra oración”. Pronto, el pastor llegó con la idea de un fabricante que estaba dispuesto a hacer la instalación por la mitad del precio. Pero, para el que no tiene dinero, esta rebaja no es solución alguna. De modo que, al recibir esta oferta, nuestro gozo disminuyó.

El pastor y su esposa nos hubieran donado toda la instalación de buena voluntad, pero estaba fuera de su alcance. Consideraron todas las posibilidades y al final sólo parecía haber una: era posible que recibieran una herencia de cierta persona. Si Dios movía a este hombre para que entregara su herencia antes de morir, entonces el pastor y su esposa podrían ayudarnos. Estuvieron de acuerdo, por tanto, en pedirle al Padre que les hiciera este milagro. El Padre tendría que poner esta idea, más bien rara, en la mente del hombre por-

que, por supuesto, era imposible pedirle que lo hiciera. Y eso fue exactamente lo que ocurrió. La pareja recibió el dinero y compró todo el equipo para nuestra cocina. Desde entonces, la cocina se ha convertido en un sermón viviente para nosotras. Nos recuerda que el Señor tiene muchas maneras de obrar a favor de sus hijos. Está siempre abriendo nuevos y diferentes caminos para enviar su ayuda, como respuesta a nuestras peticiones; y estos caminos son aquellos que nuestra razón no llega siquiera a imaginar.

Cuando el pastor y su esposa vinieron por primera vez, estábamos tristes por la noticia de la mitad de precio que ellos habían logrado asegurar, ya que esta idea todavía nos dejaba en aprietos con la otra mitad. ¿Quién hubiera pensado que Dios utilizaría una herencia, la herencia de un hombre que todavía no había muerto, para proveernos el dinero necesario?

Se ha dicho que “el amor es creativo”. El corazón paternal de Dios es como un pozo profundo e inagotable del cual brota siempre algo diferente, alguna nueva idea para orientar o ayudar a sus hijos que acuden a Él en tiempo de necesidad. En esa situación, lo habíamos experimentado una vez más. Y así, vivimos con entusiasmo y con un sentido de expectativa en nuestros corazones, preguntándonos, simplemente, en qué forma solucionará el Padre nuestras necesidades *esta vez...*

Dios espera confianza absoluta



*Las provisiones
vienen únicamente
de la mano del Padre*

Si hubiéramos tenido que publicar un aviso para buscar un(a) cocinero(a) para nuestra casa matriz, éste habría tenido que ser redactado en los siguientes términos:

“Se solicita un(a) cocinero(a). No hay dinero disponible para alimentos ni provisiones, sino un generoso apoyo en oración de todas las hermanas. Los menús generalmente se hacen con tan solo mediodía de anticipación, pues nunca sabemos qué donaciones de alimentos recibiremos en las horas siguientes, ni disponemos de existencias. Debe estar en capacidad de cocinar para una familia de 80 miembros, confiando en

el Padre celestial que, cuando uno le pide pan, no le da una piedra.”

Es fácil imaginar que ante un aviso de esta naturaleza no serían muchas las personas interesadas. Nuestras hermanas encargadas de la cocina, sin embargo, han vivido de esta forma durante años y conocen las alegrías y bendiciones de quien vive así. Ellas pueden comentar el gran número de veces en las que se ha satisfecho una necesidad o se ha abierto un camino, sólo por medio de la oración. En verdad, ésta es nuestra experiencia diaria. Todos tenemos una canción sublime de alabanza al Padre por su bondad.

Llegamos a esta forma de vida en un momento de gran crisis financiera. Se acercaba el fin del mes y las cuentas llegaban a 5.000 marcos. Dios no sólo proveyó milagrosamente el dinero para pagar dichas cuentas, también nos mandó lo necesario para comprar una máquina para el jardín, por la que habíamos orado durante largo tiempo.

Entonces se apoderó de mí un deseo de depender aún más del Padre celestial, de llegar a ser todavía más pobre para darle a Él mayores oportunidades de glorificarse. Hay muchas personas que no consideran a Dios como su Padre ni esperan nada de Él. En nuestro tiempo, mucho más que antes, existe una tendencia a la independencia, al materialismo y al ateísmo. Yo me

sentí obligada a vivir en total dependencia de Dios, como lo hace un niño.

Era como si Dios nos llevara por un estilo de vida totalmente opuesto al espíritu de nuestros tiempos. Debíamos ser como “las aves del cielo”, de las cuales la Escritura dice: “Y vuestro Padre celestial las alimenta”. A pesar de que ésta había sido siempre nuestra forma de vida, ahora debía serlo aún más. En este momento tenía claro que no debíamos gastar más dinero en alimentos; nuestras comidas diarias debían prepararse con los alimentos que nos dieran, además de la cosecha que produjera nuestra huerta.

Con el transcurso de los años y en muchas situaciones habíamos experimentado que Dios nos colma de sus bendiciones cuando confiamos en Él y esperamos todo de Él. Sin embargo, teníamos que experimentarlo de un modo más pleno; eso significaba que teníamos que confiar en Dios en otros aspectos de nuestra vida. Teníamos que llegar a depender aún más de Él. Comenzamos, pues, por este sendero, en el que “sólo Él cubriría nuestra mesa” con el fin de que su gloria fuese engrandecida.

Hemos caminado así durante más de siete años. Hemos experimentado sus bendiciones día tras día; verdaderamente, hemos sido alimentadas de la mano del Padre, como las aves del cielo.

Queremos dar testimonio de su bondad, fortaleciendo especialmente la fe de aquellos corazones llenos de angustia ante los tiempos de aflicción y hambre que se avecinan. Tenemos un Dios que actúa *“en favor de los que en Él confían”* (Is 64:4). Por lo tanto, ni siquiera la amenaza de una guerra atómica debe causarnos desesperación, siempre y cuando hagamos una cosa: confiar en Él.



*A Dios le gusta la oración de fe
hecha con confianza*

*1. Salchichas para las vacaciones
y un almuerzo*



Una vez al año, las hermanas de la casa matriz tenemos vacaciones, es decir, días de oración. Básicamente es un tiempo para tomar nuevas fuerzas, tanto espirituales como físicas. Por supuesto, las buenas dádivas de Dios forman parte de un tiempo adecuado de vacaciones.

Nadie en el país sabe cuándo tomamos las vacaciones anuales, puesto que Dios también puede concedernos el descanso. Además, le pedí con insistencia que se encargara de que la mesa estuviera bien provista para mis hijas que estaban de vacaciones.

Un carnicero creyente vivía en el distrito del Bosque Oden y por supuesto, no sabía nada de las vacaciones de la casa matriz. Había fabricado una nueva clase de salchicha que tenía en demostración en su vitrina, pero nadie se la compró. Es probable que el Señor le estuviera recordando que el pueblo de Israel siempre le presentaba las primicias a Dios como ofrenda. Lo cierto es que el hombre tomó seis salchichas grandes, las puso en su automóvil, se fue a la ciudad y las dejó ante nuestra puerta.

Desde entonces, este tipo de salchicha ha sido muy apreciada en su negocio y su venta ha sido extraordinaria. Debido a esta experiencia, el carnicero aprendió que uno recibe bendición cuando da, por lo que esas seis salchichas no fueron las últimas primicias dejadas en nuestra puerta. El hecho de que este regalo hubiera llegado justamente el primer día de vacaciones de la casa matriz ¿no es asombroso y maravilloso, pues revela el tierno y amoroso cuidado de nuestro Padre?

Un buen padre procura tener comida especial para los días de fiesta.

Debido a que Dios nos permite adorarlo como Creador y Padre, tengo la firme convicción de que Él desea manifestarse como Padre en nuestro pan de cada día. Él se deleita en hacer el bien a sus hijos, en darles bendiciones especiales y estimularlos a lo largo del camino de la cruz.

De esta manera, en la víspera de mi cumpleaños, les anuncié lo siguiente: “Mañana tendrán un desayuno festivo y un buen almuerzo. Le he rogado al Padre celestial que así sea, he orado para que mañana al mediodía haya ensalada de frutas como postre”. Esa misma noche llegó todo lo necesario para el almuerzo, incluso el jamón y nadie supo de dónde vino. Pero, ¿qué pasaría con la ensalada de frutas? Al día siguiente, al mediodía, no había llegado nada. Al sentarnos a la mesa alguien llamó a la puerta para entregarnos una bandeja grande con ensalada de frutas, de parte de una tienda local. Un cliente había hecho el pedido hacía varias semanas; y los propietarios del establecimiento sentían mucho no haberla podido preparar antes. El donante deseaba permanecer anónimo.

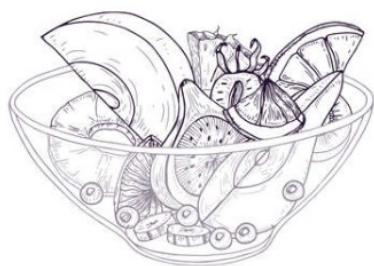
Al comenzar la noche, con frecuencia, tocaba el armonio y cantaba una de mis frases preferidas de la Biblia: “*Yo me alegraré de hacerles bien*” (Jr 32:41). Para mí y para todas nosotras, esas palabras describen claramente el corazón paternal de Dios.

¡Sin embargo, cuando recibimos literalmente su provisión para nuestras necesidades básicas, apenas logramos comprender ese derroche de amor! Dios, de verdad, se regocija en hacernos bien y en que seamos felices. Entonces, levantamos nuestros corazones y nuestras voces con un cántico de acción de gracias: “Padre mío, ¡cuán bueno eres!”.

En la Hermandad de María nos hemos consagrado a seguir el sendero de la cruz. Hemos tomado para nosotras las palabras de Jesús: “Renunciar a todo”, “perder nuestra vida”. Pero tal vez muchas de nosotras habíamos pensado muy poco en que, además del segundo artículo del Credo de los Apóstoles que habla de Jesús, está el primero, que habla de Dios Padre: “Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra”. Él es el Creador y el Padre. Y como Padre, cuida de los que dejan su *“casa, o hermanos, o hermanas, o madre, o padre, o hijos, o terrenos, por mi causa y por causa del mensaje de salvación”*. Ellos recibirán *“ahora en este mundo cien veces más”* (Mr 10:29-30). Puesto que Él es un Padre amante, nos permite probar anticipadamente las bendiciones del cielo, mientras estamos aquí en la tierra, aunque nos vengan “con persecuciones” por el sendero de la cruz.

Una vez más, el Padre nos había mostrado su bondad, su bendición y nos había hecho felices.

Esto encendió en nuestros corazones un gran gozo, un verdadero anhelo por estar en el cielo, en la casa del Padre. Comencé, pues, a hablarles a mis hijas sobre las glorias del cielo. Si, para nuestras pequeñas celebraciones aquí en la tierra, el Padre manifestaba tal amor y preocupación, derramando su bondad sobre nosotras, ¡cuánto más experimentaríamos en las en el cielo! ¡Qué bendiciones celestiales, como pruebas del amor del Padre, nos esperarían allí!. Porque allí, entonces, Él nunca detendrá su deseo de hacernos el bien. Los pecados que Él tuvo que juzgar y castigar aquí en la tierra, ya no serán obstáculo en el camino de sus bendiciones. Verdaderamente, nunca podremos escribir lo suficiente sobre el amor paternal de Dios, ni lograremos exaltarlo con la frecuencia que debiéramos en nuestras oraciones: “¡Dios es nuestro Padre y nos ama!



2. *La vaca de Canaán*



La madre Martyria y yo siempre nos interesamos por la buena salud y nutrición adecuada de nuestras hermanas. Así que por años quise tener una vaca y oré por ello. En febrero de 1960, finalmente, pudimos construir el establo que habíamos planeado hacía tiempo. Nosotras mismas hicimos el trabajo. Era un lugar grande y acogedor para nuestra “vaca de Canaán”. Por fe, ya veía la vaca caminando hacia el establo que estábamos por terminar. Creo que éste es un principio espiritual básico. Cuando Dios nos hace una promesa y uno la “ve” por fe; entonces, Él la cumplirá literalmente en el momento oportuno. Sin embargo, cuando ya iba a quedar listo el establo, no había perspectiva de una vaca por ningún lado; sólo nues-

tras cabras parecían querer mudarse de su establo provisional.



A la hermana Divina se le asignó la tarea de participar en una semana completa de clases bíblicas en una iglesia rural. Durante ese tiempo, ella habló de la Hermandad de María. Les mostró unas diapositivas y comentó acerca de los maravillosos caminos por los cuales el Señor nos había llevado. Al final del programa, cuando todos habían abandonado la sala donde se reunían, se presentó un hombre que preguntó: “Pastor, dígame, ¿es cierto que las hermanas necesitan una vaca?”.

“Sí, es muy cierto”, contestó el pastor.

“Entonces, ¿pueden llevarse la nuestra!”.

¡Increíble, pero cierto! Quería regalarnos su única vaca, que pronto iba a tener cría. La familia entera había estado pensando en eso durante toda la semana. Hasta la abuelita, que quería mucho a la bonita vaca blanca y negra, estuvo dispuesta a desprenderse de ella; dijo que se la regalaran a las hermanas, por amor a Dios. La hermana Divina no podía creerlo, ni nosotras cuando nos lo contó. No la queríamos aceptar, pues era la única vaca de aquel hombre y la quería mucho; pero él insistió en que Dios deseaba que fuera así.

Así, pues, nuestra “vaca de Canaán” se mudó a su nuevo y lindo establo. Todas las hermanas la recibieron con cánticos de alegría y acción de gracias. Poco después, la gente de aquella iglesia rural se reunió en torno al establo. Llegaron en autobús para ver una de nuestras “representaciones bíblicas”, y para compartir nuestra alegría y acción de gracias. Nos sentimos sobrecogidas porque Dios había contestado también esta oración. No recordamos ni una sola petición que el Señor no haya contestado, desde el pan cotidiano hasta la vaca. Nuestro Padre todo lo ha enviado desde el cielo. ¡Qué bendición más grande hemos recibido al poder orar!

*Dios fortalece mediante la experiencia
de sus milagros*

Él da alimento a los cuervos pequeños



Nuestra “vaca de Canaán” estaba muy bien, pero tenía un tremendo apetito. Muy pronto se agotaron nuestros prados, y súbitamente nos vimos en dificultades, ya que llegó una oleada de calor. Todo se secó y la grama que quedaba se tornó color castaño; además de que no teníamos dinero para comprar alimentos. Las hermanas que trabajaban en el huerto buscaban en vano alguna área de pasto cerca del bosque y a los lados de la carretera. Sus corazones clamaban: “¡Padre, nos diste la vaca; ciertamente no

puedes permitir que muera de hambre!”. Todas acudimos al Padre celestial para que Él, quien oye el clamor de los pequeños cuervos que le piden alimento, también se encargara de nuestra vaca. Pero nos mantuvo esperando. Le dábamos las gracias por cada día en que conseguíamos suficiente comida para que nuestra vaca siguiera viva.

Un día, la hermana Agata salió a cortar un poco de pasto seco de las praderas de Canaán. Se preguntaba si la vaca podría comérselo.

Entonces, pasó un granjero en su camioneta y se extrañó de lo que estaba haciendo la hermana. Poco después, según él nos contó más tarde, una señora lo detuvo para preguntarle si sabía de alguien que estuviera interesado en cortar la grama de su gran huerto de árboles frutales; pues tal vez a alguna persona le pudiera servir este trabajo. El granjero le contó lo que acababa de ver al pasar por nuestro lugar. Al día siguiente, nos visitó para informarnos sobre la oferta. La hermana Agata apenas se podía contener de la alegría y de todas nosotras salió un canto de acción de gracias al Padre, porque Él cuida de sus hijos. No sólo pudimos conseguir pasto gratuitamente, para satisfacer nuestra necesidad inmediata, sino también para todo el invierno. Este hecho estimuló grandemente nuestra fe, con relación a todas las necesidades de nuestro huerto y de nuestros animales.

Sin embargo, todavía requeríamos una cosa para el invierno: remolacha forrajera, pues el heno no era suficiente para la vaca. Nos dijeron que debíamos pensar en unas cinco toneladas de remolacha forrajera para el invierno. Las hermanas del huerto hacían esta petición al Padre celestial todas las mañanas; así mismo esta súplica se hizo más urgente al descubrir que el pequeño cultivo de las remolachas que ellas sembraron al llegar la vaca, se lo habían comido los conejos.

Fue entonces cuando llegó una carta de los padres de una de nuestras hermanas. En la carta decía que podíamos ir a su hacienda y recoger una tonelada de remolacha forrajera. Una semana después, dos granjeros de una aldea vecina nos llevaron dos camionetas llenas de remolacha (aproximadamente tres toneladas). Sabían que habíamos recibido la vaca, y dijeron: “Nosotros también queremos dar nuestro diezmo”.

En estos días, los periódicos presentan muchas noticias acerca de las armas atómicas, las explosiones de prueba y sus efectos devastadores en la naturaleza. Una guerra atómica costaría millones de vidas, lo cual se convierte en una terrible perspectiva. Sin embargo, los expertos indican que la hambruna de quienes sobrevivan será aun peor; pues saldrán de los refugios atómicos a un desierto donde no crecerá nada a causa del polvo atómico. Éste es un temor real; pero, contra

este temor, las experiencias que hoy disfrutamos con el Dios vivo y sus milagros son un gran consuelo.

Quizás lleguen tiempos de desastre, eso lo percibimos; pero también sabemos que la naturaleza de Dios es hacer milagros. Él puede ordenar que brote agua del desierto; Él es capaz de alimentarnos con maná si creemos y se lo pedimos. Cuando se agota toda posibilidad para la razón humana, los hijos pueden acudir a su Padre y recibirán lo que necesitan.

Estamos, pues, agradecidas por el hecho de que Él nos ha conducido por senderos de fe y oración, permitiéndonos experimentar sus milagros.

Ésta es una preparación para el tiempo de angustia que se avecina; porque sólo cuando se depende absolutamente de la oración y de la fe, sólo cuando se han agotado las posibilidades humanas, es posible creer que se puede contar con un Dios que intervendrá y hará sus milagros.

*Dios interviene en el último momento**¡Y no como esperamos!*

Algunas veces, los huéspedes que nos visitan dan un paseo por nuestros terrenos y después llaman a una de nuestras hermanas aparte y le preguntan: “Hermana, dígame con toda franqueza: ¿es realmente cierto que el dinero siempre llega en el momento preciso... o alguna vez ha sucedido de otro modo?” La hermana contesta: “Sí, siempre. Sin embargo, una vez... de esto le puede hablar mejor la hermana Anita...”.

“Todo ocurrió cuando tres granjeros se comprometieron simultáneamente a vendernos sus respectivos campos. Estábamos muy alegres pero un poco incómodas, especialmente porque las autoridades municipales aprobaron inmediatamente los documentos de la compra y nos los devolvieron, lo cual no suele pasar. Para nosotras significaba que tendríamos que pagar la cuota inicial de cada uno de los predios de un solo contado, lo cual sumaba unos cuatro mil dólares en total. No teníamos dinero en el banco y en caja sólo había el dinero para la cuota inicial de uno de los predios, la mitad de la cuota para el segundo y nada para el tercero.

Por supuesto, nos reunimos en la sala a orar. Le rogamos a Dios para que nos revelara cualquier obstáculo que impidiera que Él abriera las ventanas de los cielos para darnos el dinero. Pero no recibimos ninguna respuesta. Una gran tristeza se apoderó de nosotras; ya que durante diez años habíamos dicho que el Señor siempre intervenía, aunque fuera en el último momento.

“Ese día era sábado y por primera vez me encargaría de un asunto de dinero, sin saber lo que iba a decir; porque durante nuestras largas negociaciones de compra habíamos hecho hincapié en que les pagaríamos puntualmente, pues Dios siempre había sido fiel a nosotras en estos asuntos.

“El pago completo para el primer granjero estaba listo. Él no podía comprender cómo me sentía mientras contaba el dinero. ¿Pero el segundo...? Cuando llamé a su puerta, nadie contestó; su vecina me dijo que no estaba en casa. Le dejé una nota diciéndole que había estado allí, y preguntándole si él podría ir a la casa matriz cuando regresara, para recibir su dinero. A pesar del alivio de este inesperado período de gracia, mi corazón se sentía intranquilo mientras me acercaba a la casa del tercer granjero. No sabía cómo reaccionaría cuando le ofreciera sólo la mitad del pago. Y ¡qué milagro tan increíble! Casi no lo podía creer: él también había salido esa tarde. Su esposa me dijo que iría a la casa matriz el lunes. Sobrecogida por los caminos que Dios utiliza para ayudar y dirigir, me fui a casa. El lunes ya había ingresado la cantidad correspondiente al tercer granjero. Cuando el segundo regresó de su viaje pocos días después, pudimos pagarle también.”

¿Por qué escogió Dios esta extraña forma de que el dinero llegara a tiempo, aun después de que llegara el último momento? Quería mostrarnos que tiene muchos modos de obrar y ayudarnos. No debemos desanimarnos si la ayuda no nos llega en la forma como la esperamos. Sobre todo, Dios quería probar nuestra fe.

Esa fe de la cual el apóstol Pedro pudo dar testimonio por su propia experiencia, *“es como el oro: su calidad debe ser probada por medio del fuego”* (1 Pedro 1:7).

De modo que lo que estuvo detrás de esta prueba de fe fue el amor de Dios. Por su preocupación paternal, Él quiso dirigirnos de esta manera particular. Dios desea que nuestra fe llegue a ser “preciosa” por medio de la prueba. Entonces, nuestro gozo y nuestra corona en el cielo serán mayores. Dios siempre tiene en mente nuestro destino para la eternidad; sabe que cuanto más sea probada nuestra fe aquí, tanto más se nos permitirá ver allá. La fe que tengamos aquí corresponderá directamente a lo que allí contemplaremos.



*A Dios le gusta la oración osada**Una cuenta de ahorros intocable*

¿Cómo están nuestras finanzas?. Ésta es la primera pregunta que hace una hermana que haya estado fuera unos días o que llegue tarde a casa, después de haber anunciado cuáles fueron los regalos del día. Claro que nuestra economía afecta la continuidad de todas nuestras áreas de trabajo. Todos los días, a la hora del almuerzo, la comunidad entera hace una marcha en torno al patio interno de la casa matriz; en dicha marcha, una de las hermanas porta un

estandarte en el cual está escrita una de las promesas de Dios; Luego, le presentamos al Padre celestial nuestras necesidades más urgentes y entonamos el siguiente cántico:

*Todo dinero nos viene de la mano del Padre,
Padre, Tú das a tus hijos
aunque sean grandes pecadores,
para que cada factura sea pagada.*

Así cantamos también cuando se concluyó la casa de retiros El Gozo de Jesús. Había que pagar elevadas cuotas mensuales y parecía que nunca terminaríamos de hacerlo. Durante largo tiempo mantuve colgadas en las paredes de mi habitación las facturas más grandes, para verlas continuamente, pues tenía que presentarlas con fe al Padre celestial. Noche tras noche, hasta el fin del mes, tachaba lo que se podía pagar y al dorso de la factura le escribía un “gracias” al Padre.

Pero tan pronto como finalizaba el mes, las facturas del mes siguiente comenzaban a amontonarse sin misericordia. Desde este punto de vista, uno puede entender el rumor que circula con respecto a que la Hermandad de María se alegra más cuando las donaciones son en dinero.

En un momento de necesidad de dinero muy grande, Dios despertó de repente en mi corazón, el deseo ardiente de construir la Capilla del Llamado de Jesús, era urgente.

El Señor estaba esperando que nosotras fuéramos sus mensajeros y proclamáramos su mensaje. Esta capilla, con sus 1.200 asientos, se dedicaría a tal propósito. Me sentí un poco como el rey David cuando oró: *“No me pondré bajo techo ni me acostaré a descansar, no cerraré los ojos ni dormiré un solo instante, mientras no encuentre casa para el Señor, el Poderoso de Jacob”* (Sal 132:3-5).

Sin embargo, mientras estuviéramos pagando las cuentas de la casa de retiros El Gozo de Jesús, era imposible comenzar un proyecto como éste. Nos costaría cerca de un cuarto de millón de dólares. Sin embargo, este mandato de Dios era como el fuego que no puede extinguirse mediante la razón, ni los cálculos más exactos. Me forcé a mí misma a dar el siguiente paso de fe. Una noche dije: “Abriremos una nueva cuenta de ahorros para la Capilla del Llamado de Jesús. Será un fondo intocable, destinado a pagar la cuota inicial de la capilla, cuya construcción comenzará pronto”.

Las hermanas hicieron algunas preguntas, diciendo: Con seguridad muchas personas darán dinero para esta capilla, pero recibiremos a la vez menos ofrendas para el fondo general y los pagos de nuestra casa de huéspedes.

A pesar de todo, yo estaba convencida de que el mismo Dios era la fuerza que impulsaba la construcción

de la Capilla del Llamado de Jesús. Si Él quería que se construyera pronto, entonces se preocuparía de que los demás pagos se hicieran a tiempo, sin contar con el dinero que iba destinado a la nueva cuenta de ahorros. Esto tocó el corazón de todas las hermanas. El día de mi cumpleaños me obsequiaron la libreta en que se llevaría dicha cuenta.

Varios días antes, durante las oraciones en comunidad, yo le había presentado esta necesidad al Padre celestial en “versos de fe”. Si éste habría de ser un regalo de cumpleaños, entonces la cuenta de ahorros no podía estar vacía ni medio llena, debía estar llena completamente. No sabía, sin embargo, que esa libreta de ahorros tiene espacio para 78 depósitos. ¡Así que, si el Padre quería cumplir este deseo, en un sólo día tendrían que llegar 78 donaciones! Cuando se terminó la celebración de mi cumpleaños, y se habían recibido ya todas las donaciones, el último de los 78 espacios de la libreta se llenó. Ingresaron como tres mil dólares ese día, para dicho fin, a pesar de que ninguno de los amigos sabía de nuestro pequeño convenio con el cielo. ¡Ahí estaba la piedra angular de la casa del Señor! Dios mismo se había comprometido. En los meses siguientes, la cuenta de ahorros siguió aumentando, y pudimos hacer frente a todas nuestras obligaciones regulares.

Naturalmente, hubo momentos de aflicción para la hermana tesorera, pues ésta era una prueba especial para ella. Por primera vez sintió la tentación de tomar un “préstamo” de la cuenta de ahorros. En otras situaciones eso es posible, pero en este caso no se permitiría, puesto que esta cuenta había sido santificada para el Señor de un modo especial, y no podía tocarse.

Llegó el día de poner en marcha nuestros planes. Conseguimos el permiso para la construcción y discutimos un plan de financiación con el constructor. La cuota inicial que él exigía era exactamente la suma de dinero que para entonces teníamos en nuestro fondo intocable. Desde entonces, cantamos aún con mayor convicción: “Él nos hace osadas en la fe. Nos hace creer en algo que contribuya a su reino”. Vimos cómo Dios espera dicha fe en la oración. Él respondió a nuestra petición de que la cuenta de ahorros se llenara hasta el depósito 78. Nos permitió formar nuestro fondo especial sin tener que tocarlo para otros gastos. Nos proveyó con la cuota inicial cuando llegó el momento de comenzar la construcción. En realidad, tenemos un Dios grande a quien le encanta concedernos grandes dones y que, por lo tanto, se regocija cuando nos damos cuenta de que quiere darnos algo. Si lo honramos con nuestra fe y nuestra oración, confiando en su poder y en su amor, Él manifestará su grandeza.

*Dios responde a la oración que brota
de un corazón contrito*

El “Rey Baltasar” del año 1959



Dios puso su dedo en la llaga. Comenzó a pre-guntarnos acerca de nuestro amor a la luz de 1 Corintios 13. El Señor tuvo que hablarnos acerca de esto en varias ocasiones, desde que comenzamos los trabajos de construcción. Sin embargo, parecía que el Padre quería imprimirle nueva fuerza a este trabajo con el fin de crear algo nuevo. Después vi con claridad que debíamos construir un pequeño hogar para enfermos y ancianos, mientras edificábamos la Capilla del Llamado de Jesús. En esta casa, a la que llamamos Casa de San Francisco, cuidaríamos de ancianos y personas necesitadas, poniendo así en práctica lo que proclamábamos en la capilla. No hay nada que pueda sostenerse en un solo pie.

El contrapeso de la proclamación de la Palabra debía ser la expresión práctica del amor. Eso era lo que el Señor había puesto en mi corazón.

Por lo tanto, se produjo una larga y ferviente batalla de oración con respecto a este amor. ¡Para los cristianos, una casa debe construirse siempre de adentro hacia afuera!.

Eso significa que una casa de ladrillo debe colocarse como la “fachada” de la construcción espiritual que se ha hecho de antemano. Así que, antes de comenzar la construcción de la Casa de Francisco, se llevó a cabo una lucha espiritual sobre el tema de la verdadera compasión. No podíamos seguir viviendo, si no teníamos a otras personas a quienes pudiéramos ayudar. Ese era mi modo de pensar. Cuando este deseo llegara a su punto culminante, entonces sería cierto que el Señor edificaría su casa de la noche a la mañana. Él lo podía hacer rápidamente, tan pronto como se cumpliera la condición previa.

La mayoría de las hermanas entendieron la expresión “de la noche a la mañana” como algo metafórico. Pero todas comprendieron que mientras no ocurriera nada con respecto al hogar de ancianos; es decir que sintiéramos verdadero arrepentimiento y compasión genuina entre nosotras, y con los demás, el Señor no obraría.

Llegó entonces la época en que comenzamos a sentir el juicio y la ira de Dios de diversas maneras. Nos sobrevinieron golpes y castigos, enfermedad y muerte. Parecía que nuestra misión se estaba hundiendo como un barco. Nuestro huerto, que nos proporcionaba la mayor parte de los alimentos para el almuerzo, estaba siendo atacado por una plaga de insectos que lo tenía devastado.

Las promesas de Dios parecían estar enterradas. Todo lo que Él nos decía parecía resumirse en las palabras de Santiago 2:13:

“Pues los que no han tenido compasión de otros, sin compasión serán también juzgados, pero los que han tenido compasión, saldrán victoriosos en la hora del juicio”.

Ante estas pruebas se produjo un profundo arrepentimiento entre nosotras. Nos parecía que ningún pecado era tan grave como el pecado contra el amor. Le imploramos al Señor a darnos el amor, siendo Él el amor mismo y lo ganó para nosotros en la cruz, como el regalo más precioso. El objetivo de nuestra fe era alcanzar la clase de amor de la cual nos habla Sirac, capítulo 40:24: *“Un hermano ayuda a otro en su necesidad, pero la misericordia hace todavía más”*. Esa era la consigna que el Señor nos había dado para todo el año.

Luego, llegó la Navidad de 1959. Mi corazón albergaba el ardiente deseo que el Señor nos permitiera experimentar algo como lo que ocurrió en Belén, en esa Nochebuena. Éste debía ser un tiempo en el que acudiéramos a Él para adorarle, así lo hicieron los pastores y los reyes magos una vez, y de esta forma queríamos que fuera nuestra adoración. Sólo había una cosa que no le podríamos presentar: el oro que le ofreció uno de los sabios.

Solamente le ofreceríamos y presentaríamos incienso y mirra y tendría que ser otra persona la que llevara el oro. Le dije a mis hijas que el niño Jesús, con toda seguridad, encontraría un rey que le ofrendara oro en el pesebre, con el fin de que la Casa de Francisco pudiera ser construida. Sentía que el Padre celestial deseaba manifestar su amor en esta fiesta de amor, tal como lo hizo en la primera Navidad. Nada nos habría regocijado más que la respuesta a la petición de la Casa de Francisco, por la cual se había orado continuamente. Por lo tanto, estaba convencida de que el Señor nos había preparado un gozo especial.

Comenzamos a confiar plenamente en que esta oración de fe sería contestada. ¿Podíamos tener esa confianza, cuando nuestro amor no era perfecto? Sabemos que aquí en la tierra nunca llegamos al amor perfecto, ni a un estado de absoluta ausencia de pecado.

Lo que Dios quiere es un corazón arrepentido que llore por sus pecados, y Dios nos había quebrantado. Ahora había llegado la Navidad y con ella, la misericordia de Dios, indicándonos que el amor eterno desciende a la tierra para que de nuevo aprendamos a amar. El mismo Jesús es la garantía de ello, puesto que Él es “Fuente de amor”. Entonces, nos atrevimos a pedirle al Señor la Casa de Francisco en esas festividades navideñas.

Estábamos realmente convencidas de que aparecería un rey y de que Dios, por su misericordia, nos permitiría experimentar un milagro, un regalo de Navidad.

¿Y qué ocurrió? Cuando llegó la Nochebuena, nos arrodillamos alrededor del pesebre. Cantamos una canción que hablaba de los reyes magos y de los regalos que ellos le llevaron al niño Jesús. Luego, una de las hermanas agitó un incensario, pero de él no salió el humo del incienso, puesto que dentro de él había un sobre valioso. ¿Cuál era ese regalo para el niño Jesús? Realmente, el día anterior había venido uno de los “reyes”, a quien llamamos el “rey Baltasar”, y nos había dejado un cheque cuya suma era casi 10.000 dólares, para la construcción de la Casa de Francisco.

Las palabras no pueden describir lo maravilladas que nos sentíamos al ver que el Padre celestial había contestado exactamente nuestra petición de Navidad. Era demasiado para creerlo.

Durante esos días navideños, el “rey Baltasar” había llegado hasta el pesebre que teníamos en nuestra sala de reuniones y ésta fue la manifestación viviente de lo que dice la Palabra: *“Antes que ellos me llamen, yo les responderé; antes que terminen de hablar, yo los escucharé”* (Is 65:24). El “mayordomo”, de este hombre era amigo de nuestra comunidad; por lo tanto, lo trajo a nosotras. No lo conocíamos anteriormente; pero este amigo nuestro le

habló de la obra que llevábamos y de los planes que teníamos para la Casa de San Francisco. Durante la celebración que hicimos en torno al niño Jesús, el “rey Baltasar” sintió en su corazón la profunda convicción de que la Casa de Francisco debía construirse de inmediato. Así que él quiso darnos lo que faltaba para que erigiéramos una casa prefabricada sueca. Los pobres y los enfermos necesitaban un hogar agradable, ¡y debía construirse rápidamente!

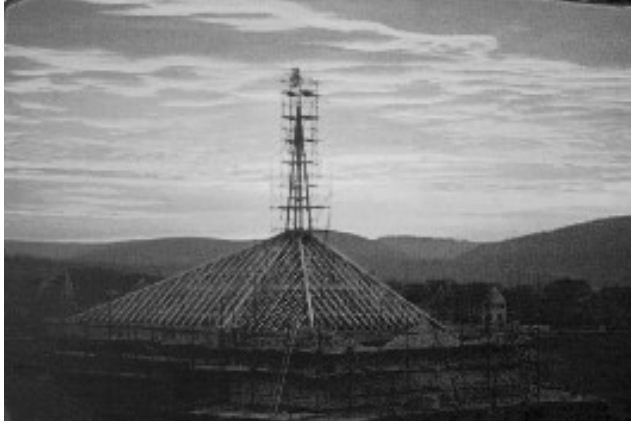
La bella casita prefabricada se armó en dos semanas. Para el siguiente otoño ya estaba lista, y una pequeña y feliz “familia” de ancianos y enfermos se mudó a ella. Así, Dios nos concedió que tuviéramos una Navidad como nunca antes, un verdadero festival de amor. Nos permitió a nosotras, grandes pecadoras, saborear y disfrutar de la compasión de Dios sin que lo mereciéramos.

Él escuchó nuestras oraciones, dándonos la Casa Franciscana. Con ese regalo nos mostró que Él tiene misericordia de los pecadores que se arrepienten y se someten a Él; que Él acepta la oración de un corazón contrito y humillado.



Con Dios nada es imposible

La ley que rige a las gasolineras



La Capilla del Llamado de Jesús había sido objeto de nuestras oraciones durante largo tiempo. El arquitecto terminó el modelo y todos los planos con éxito.

En el lugar de la construcción la grúa y algunos materiales ya estaban a nuestra disposición; sin embargo aún no podíamos comenzar la obra.



Exactamente al lado de nuestra propiedad había un campo de buen tamaño que daba a la carretera, propiedad de un comerciante. En ese tiempo, su dueño no quería venderlo ni cambiarlo por otro terreno, pues estaba negociando con una gran compañía que deseaba alquilarlo. La compañía tenía el interés de colocar allí una gran gasolinera con garajes, un restaurante, lavado de vehículos y otros servicios. Era fácil entender que la Oficina de Planeación Municipal no les hubiera expedido el permiso. Puesto que no quería que se construyera una gasolinera a menos de 200 metros de una iglesia. Mientras no se aclarara la situación, no podíamos comenzar la construcción. El hombre no tenía prisa, pero nosotras no podíamos perder tiempo.

El propietario del terreno inició, entonces, un litigio contra la ciudad, con el objetivo de conseguir el permiso para construir la gasolinera. Los funcionarios públicos inmediatamente se dieron cuenta de que el propietario podía ganar el pleito; puesto que las objeciones de ellos no eran suficientemente válidas.

Algunos amigos cercanos que tenían experiencia en cuestiones legales nos decían que la situación era imposible. No había esperanza de solución a favor de la Capilla.

En ese “callejón sin salida”, clamamos al Señor día y noche. El contratista estaba dispuesto a llevarse sus máquinas a otra parte para comenzar otro edificio. Tal

vez regresaría en el término de seis meses, si teníamos todo arreglado. Comprendimos que nuestra falta de arrepentimiento tenía que ser, otra vez, la razón por la cual Dios había puesto en peligro su capilla. Una gran gasolinera en medio de nuestra tierra de Canaán sería un monumento a nuestros pecados. No podíamos siquiera vislumbrar una solución, y Dios guardaba silencio.

Entre tanto, llegó el día del proceso judicial del propietario de las tierras. Ahora bien, el Estado de Hesse, en el cual vivimos, había aprobado una ley según la cual “en las zonas residenciales no se construirán más gasolineras”.

Después supimos que esta ley estaba lista hacia varios años, pero no había entrado en vigor. “Por casualidad” comenzó a tener vigencia el día anterior al proceso. El resultado fue que la demanda del propietario se declaró nula; por lo que ya no había nada que se opusiera a la construcción de la Capilla del Llamado de Jesús.

Tres años después le compramos esos terrenos al propietario. El milagro fue que entre él y nosotras no quedó ninguna enemistad, ningún resentimiento. Dios, con su intervención, nos había enseñado algo nuevo: para seguir el camino del Sermón de la Montaña, tenemos que renunciar a los derechos legales y al uso

del poder; nunca debemos iniciar un proceso legal. Ciertamente, todo aquel que conoció esta situación particular llegó a la conclusión de que esa propiedad jamás se hubiera podido obtener mediante el apoyo de alguien o un proceso legal. Sin embargo, la obtuvimos sólo porque nuestro auxiliador, abogado, gerente, padre y consejero es el mismo Dios Todopoderoso.



*Dios responde a la oración
del que se arriesga a tener fe*

*1. La ocupación de la “Tierra de
Canaán” cerca de Eberstadt*



Hacia el sur de la casa matriz se extendía un amplio terreno, que hasta el año de 1955 permaneció prácticamente baldío. Ocasionalmente se sembraba un amplio tramo con grano, o unas franjas más estrechas, con nabos y remolachas.

Pero, la mayor parte del terreno estaba constituida por campos sin plantíos.

Esta bella región campestre limita al este con una carretera nacional y al oeste, con un gran bosque; y se extiende hasta las casas que delimitan el suburbio de Eberstadt. Un poco más adelante se levantan las colinas del bosque de Oden; y sobre una de ellas se pueden ver las ruinas de un castillo.

Los incontables pajarillos y animales de bosque y de campo que nos rodeaban, hacían difícil imaginar que la ciudad estuviera tan cerca. Era un lugar apropiado para dar un paseo tranquilo. Todas las noches se oían claramente las campanas de las torres, tanto de la iglesia católica como de la luterana. Ciertamente, nadie pensaba que este escenario pastoril cambiaría pronto, ya que se tenía planeado construir allí un conjunto residencial y una autopista.

Durante años habíamos disfrutado la belleza de este ambiente, pues vivíamos a la vez en la ciudad y en el campo, entre el tránsito y la soledad, entre la carretera y el bosque. Hasta ese momento ninguna de nosotras se había interesado en saber quién era el dueño de esas tierras, ni de los planes que pudieran estar preparándose para su desarrollo. Nuestra única preocupación surgió cuando supimos que se estaba pensando construir una autopista por aquellos lugares, lo cual afectaría nuestra tierra.

2. *Una comisión de Dios... para su gloria*

El 4 de mayo de 1955 el Señor me regaló la convicción interior de que Él deseaba darnos esa tierra. Allí podría surgir una Tierra de Canaán, la tierra de sus promesas y milagros. En esta tierra se haría visible y evidente un anticipo del reino de Dios, como un reino de amor. Así, el Señor me encargó que me esforzara por la posesión de dicha tierra, pues Dios había puesto su mano sobre ella, con el fin de utilizarla para su reino.

Todo el trabajo que Dios nos había encomendado requería espacio y edificios. Necesitábamos de una gran capilla que sirviera para acomodar a las multitudes que acudieran para ver nuestras representaciones bíblicas. Requeríamos de una nueva casa de huéspedes para el número creciente de asistentes a nuestros retiros espirituales. Era urgente un espacio para ayudar a los que tocaban a nuestra puerta con necesidades físicas y también una casa para el servicio práctico de amor a los ancianos y enfermos.

Pero, sobre todo, ¿el Señor no esperaba una pequeña tierra de Canaán entre nosotras, que proclamara sus milagros, puesto que los terrenos y los edificios sólo nos serían dados con la ayuda de Dios? ¿No esperaba

Él una tierra que hablara, en términos visibles, de la realidad de Dios?.

¿No deseaba mostrarnos su amor paternal y su abundante provisión para sus hijos que dependen completamente de Él? ¿No era la intención demostrar su amor, demostrar que, bajo su amor paternal, y a pesar de que no teníamos protección de ninguna clase, ni póliza de seguro, ni ingresos constantes, podíamos vivir como en el paraíso, en su paz y con gran gozo?

De modo que el asunto era tomar posesión de la tierra prometida como una verdadera “Tierra de Canaán”. El camino para llegar a esta tierra sería el de la oración y la fe. Estábamos convencidas de que Dios nos daría la victoria y comenzamos a expresarlo con un alegre acto de fe. Una de las primeras tardes, después de haberle contado a mis hijas esta nueva comisión de Dios, marchamos alrededor de nuestra “Tierra Prometida”, tal como lo hicieron los hijos de Israel en torno a Jericó. Llevamos pequeñas banderas de fe, en donde estaban escritas las promesas de Dios, y cantamos himnos de fe y victoria. Un niño, que vivía al otro lado de los terrenos, se asomó por la ventana y dijo: “¡Papá, ven a ver! ¡Las hermanas de María están haciendo maniobras!”

En efecto, de dicha forma proclamamos la conquista de esta tierra y comenzamos una nueva campaña de fe

de grandes dimensiones; aunque no comprendíamos todavía cuán grande sería.

El terreno parecía uno solo y todos los prados y campos formaban parte de él. Y así lo creímos hasta ver los planos de la ciudad, los cuales mostraban que el terreno estaba dividido en varias parcelas pequeñas. Muchas personas, junto con sus parientes y herederos, eran dueñas de una pequeña franja de tierra. Sin embargo, al principio no lo sabíamos, lo único claro que tenía era que el Señor me había confirmado este nuevo deseo, con las siguientes palabras:

“... no se detengan ustedes aquí. Vayan tras el enemigo y atáquenlo por la retaguardia (...) porque el Señor y Dios de ustedes los ha entregado en sus manos” (Jos 10:19).

Esto se confirmó más tarde cuando Dios le dio a la madre Martyria la misma convicción. Debíamos aferrarnos a esta meta de fe y no permitirnos descansar hasta que se cumplieran las promesas de Dios y surgiera allí una tierra para el bien de su reino, una verdadera Canaán en la que Él fuera glorificado.

Con estas palabras recibimos la consigna para entrar en una batalla de fe y oración. Nunca antes habíamos encontrado tan fuertes barreras. Jamás había sido tan larga la batalla, tanto que parecía interminable. Los obstáculos parecían invencibles. Los años que siguieron resultaron incontables.

Cada vez que vencíamos un obstáculo, surgía otro, con frecuencia más grande que el primero. Hasta entonces, la perseverancia en la oración y la fe había dado resultado por unos días o semanas, quizá por algunos meses a lo sumo. Pero no fue así en la conquista de nuestra tierra de Canaán. Tuvimos que caminar durante largos años por este sendero de fe.

La Sagrada Escritura nos mostró, como ejemplo, la travesía de los hijos de Israel hacia Canaán: un camino largo por el desierto en el que Dios tenía el propósito de probar su fe y hacer que se humillaran (ver Deuteronomio 8:2). El objetivo de fe que teníamos ante esta comisión era tremendo: una tierra de Dios en la cual un “pueblo de Israel” debía presentarse como un pueblo santo, como una luz que iluminara a muchos pueblos. La meta no podía lograrse con una lucha menor que la suya. Y Dios aprovecharía este camino de fe por el desierto, para prepararnos y disciplinarnos, como Él mismo lo dijo: *“Dense cuenta de que el Señor su Dios los ha corregido del mismo modo que un padre corrige a su hijo”* (Dt 8:5). Porque Canaán es la tierra de Dios, Él mismo desea brillar en sus habitantes y por medio de ellos, con lo cual la convierte verdaderamente en una tierra santa.

Dios guió a su pueblo con estas leyes, que son válidas para todas las épocas. No podíamos esperar otra cosa.

Nuestra travesía por el desierto sería una sombra, en pequeña escala, de la travesía de Israel. Solamente mediante la prueba y la corrección nuestra tierra de Canaán manifestaría parte de su reino de amor.

¿Pero, cómo empezó la travesía del pueblo por el desierto hacia Canaán? ¡Con un milagro! Cruzaron el mar Rojo sobre un camino seco. El Señor también había permitido bondadosamente que comenzáramos con un milagro, el cual se produjo después de una noche de oración, y nos lanzó a caminar por el desierto. En los días oscuros que siguieron, este primer milagro nos estimuló una y otra vez a creer que Dios completaría lo que había comenzado maravillosamente. Después de haber viajado por ese duro camino de la fe a través del desierto, Él nos permitiría ver y poseer la tierra de promisión.

3. La intervención maravillosa de Dios al comenzar el camino por el desierto

El primer milagro que nos llevó a caminar por el desierto ocurrió el primero de junio de 1955, tres semanas después de haber recibido la comisión para esta batalla de fe. Dicho milagro ocurrió en la sala de conferencias del profesor Peter Grund, ingeniero jefe de la municipalidad, quien nos había concedido una cita para hablar acerca de la tierra que queríamos.

Precisamente, al comienzo de la entrevista, lo llamaron y tuvo que salir. Nos sentamos alrededor de la gran mesa de conferencias y nuestros ojos se abrieron y el corazón nos pesaba, al ver sobre la mesa una maqueta del proyecto para un conjunto residencial con edificios de apartamentos, viviendas unifamiliares, prados, estacionamientos y en el centro algo que parecía una autopista. Enseguida comprendimos que la maqueta pertenecía a la tierra que llamábamos “Canaán” y que estábamos allí para pedir permiso de obtener y desarrollar esta tierra. Sin embargo, con la maqueta veíamos que la suerte ya estaba echada.

Apenas pudimos recuperarnos del impacto. Cuando regresó el ingeniero municipal, le presentamos nuestra petición. En ese momento oímos de sus propios labios la realidad demoledora que ya sabíamos: la Ingeniería Municipal se disponía a utilizar esas tierras, como podíamos verlo en la maqueta. El ingeniero nos explicó el plan; al lado de la casa matriz tendríamos un conjunto residencial para oficiales norteamericanos. La Ingeniería Municipal se había comunicado con los norteamericanos, explicándoles en 16 páginas el por qué podían construir en ese lugar, y no en otra parte. El mismo ingeniero había hecho los planos y, por lo tanto, tenía especial interés en que se desarrollaran. Además de esta urbanización, la Ingeniería Municipal había parcelado “nuestra” tierra de Canaán para otro

proyecto de vivienda de clase media que se necesitaba urgentemente. En efecto, la inauguración de la construcción para la colonia norteamericana se iba a celebrar dos semanas después. Todos los arreglos para la construcción estaban definidos. Además de todo, se tenía planeada una gran autopista que pasaría por todo el centro de estas tierras; lo cual no estaba bajo la jurisdicción de la ciudad de Darmstadt, sino bajo la del gobierno federal de Bonn. El plan ya estaba determinado.

Estas circunstancias indicaban que tendríamos que salir sin nada. Sin embargo, no podíamos, ya que Dios nos había dado una misión y una promesa, y por ellas debíamos luchar con fe. A esa misma hora se libraba una batalla de oración en la casa matriz. Esas oraciones le dieron libertad a mi lengua y a mi elocuencia para presentar de nuevo nuestros planes al ingeniero: Dios deseaba tener esa Tierra de Canaán. En efecto, Él ya había puesto su mano sobre ella y, por lo tanto, tenía que ser nuestra a toda costa. A pesar de todos los obstáculos que se habían presentado, caminé alrededor de la gran maqueta e hice hincapié en que debíamos obtener toda la tierra sin ninguna restricción, atendiendo las numerosas y variadas misiones que Dios nos había dado.

¿Y qué ocurrió? Mientras hablaba, el ingeniero tomó un papel y un lápiz negro e hizo un bosquejo de las

primeras casas para nuestra tierra de Canaán. ¡Dios demostró la verdad de que para Él nada es imposible! ¡Había tocado el corazón de este hombre! El funcionario nos aseguró que no se arriesgaría a oponerse a un plan como el nuestro; y aunque era un plan revolucionario y casi imposible, él consideraba que las oraciones y la fe son poderes muy grandes.

¡Había sucedido un milagro! Dios cambió la manera de pensar de la persona más influyente en la Ingeniería Municipal, pues a pesar de los planes establecidos, se había convencido de que Dios quería que se levantara un “Canaán” sobre estos terrenos. En realidad, Dios había utilizado a este hombre para trastornar los planes que se tenían y para intervenir ante las autoridades en favor de Canaán, aun en contra de sus propios intereses.

Luego vino el inolvidable 6 de junio, un día radiante. Durante seis semanas, el ingeniero casi no estuvo disponible, ni siquiera para una breve llamada telefónica. Sin embargo, ese día nos visitó en nuestra casa. Nos reunimos en el patio y rodeado por todas las Hermanas de María, el profesor Grund sacó de su bolsillo un papel pergamino. Al desarrollarlo nos mostró un dibujo que él había hecho, después de la última vez que nos vimos: era un diseño más elaborado de las instalaciones de la “Tierra de Canaán”. Un bello camino de

árboles conducía hacia el lugar en donde presentaríamos nuestras obras de teatro.

Este espacio tenía un impresionante escenario al aire libre, en la parte frontal. Todas las casas que imaginamos para Canaán y de las cuales le habíamos hablado, estaban allí delante de nuestros ojos. Con sólo unos trazos, el ingeniero dio forma a nuestra fe. ¡El dibujo era verdaderamente tan real que muchas de las hermanas comprendieron las dudas que habían tenido antes! ¡Era como un sueño! ¡Casi no podíamos creerlo!

Sin embargo, a pesar de nuestro regocijo, un espectro de temor se levantó ante nosotras. Durante nuestra conversación con el ingeniero municipal, notamos que Dios había transformado favorablemente su corazón. ¿Pero, el Concejo Municipal daría su consentimiento? El ingeniero municipal señaló una y otra vez que el Concejo Municipal tendría que aprobar nuestra solicitud; pero ésta era inaudita, pues pedíamos que se nos concediera permiso para negociar y urbanizar terrenos que ya estaban destinados para otros fines. Desde el punto de vista humano, parecía no haber esperanza. Las decisiones con respecto al futuro de la Tierra de Canaán ya estaban tomadas, y el mismo ingeniero no podía planear nada para esos terrenos, sin el consentimiento del Concejo Municipal. Con esta prueba había comenzado la travesía por el desierto.

4. Inmensos obstáculos por la grandeza de los planes de Dios

Teníamos ahora que visitar a los concejales. La madre Martyria y yo comenzamos una serie de visitas a cada uno de ellos para darles un informe, por separado, antes de que se celebrara la reunión del Concejo. El Señor nos dio dos mensajes bíblicos:

“Los que el Señor bendice heredarán la tierra...”

(Sal 37:22).

“No tengan miedo ni se asusten ante ese gran ejército, porque esta guerra no es de ustedes sino de Dios”

(2 Cr 20:15).

Las visitas que hicimos a estos concejales, sin embargo, no salieron bien. La mayoría de ellos no se interesaron por nuestro plan, pues ciertamente era incomprendible desde su punto de vista. En realidad, se mostraron algo disgustados por atrevernos a presentar tal solicitud. Nos sentimos muy humilladas. Pero esto fue sólo el comienzo -que duró cuatro semanas- de una batalla de fe que persistió durante siete u ocho años. La poderosa mano de Dios estuvo sobre nosotras, actuando por intermedio de los hombres, para enseñarnos la paciencia y la humildad. Esa era una disciplina necesaria en nuestro viaje hacia Canaán, con el fin de que cuando ya todo se hubiera logrado, no presumiéramos de que por nuestro brazo o por nuestra

propia fe lo habíamos alcanzado, sino que, humilladas y quebrantadas, le diéramos la gloria sólo a Dios.

¡Cuántos “hijos de Anac” (ver Núm. 13:33; Deut. 9:2) tuvieron que intervenir para quebrantarnos, con el único propósito de que aprendiéramos a tener fe en las pruebas de Dios! La Ingeniería Municipal tenía una opción de compra sobre estos terrenos; por lo tanto, nadie más podía comprarlos ni construir algo en ellos, a menos que la ciudad cediera su opción. Por otro lado, también estaba el problema del Estado de Hesse, que poseía las dos terceras partes de la tierra y tenía sus propios planes de construcción. Además, unas 20 personas eran propietarias privadas de las parcelas; pero ninguno de ellos tenía el título de propiedad que les permitiera vender libremente, ya que en algunos casos se trataba de la posesión conjunta de algún pequeño terreno, dentro de sociedades hereditarias. En estos casos, normalmente, había que esperar toda una generación para que los herederos se reunieran y se pusieran de acuerdo en vender. El área total era de unas diez hectáreas. El último y más difícil obstáculo era el plan que tenía el gobierno federal de Bonn, de construir una congestionada autopista que pasaría justo por la mitad de nuestra “tierra prometida”.

Las personas que conocían esta situación se reían de nosotras y de nuestras “aventuras insignificantes”.
-Las Hermanas de María -dijo sonriente un oficial de

Darmstadt, piensan que por fe pueden remover hasta las autopistas federales. Cada vez le dábamos mayor reconocimiento a esta meta de fe: adquirir la tierra que nos rodeaba y convertirla en una “Tierra de Canaán”. Sentíamos que este proyecto requería de una fe audaz, tenaz, paciente y que no se debilitara ante la oposición. Era una verdadera escuela de fe cuyo aprendizaje era terriblemente difícil. Sin embargo, nos fortalecía la certeza de que entre más escarpado fuera el camino de fe, mayores serían los milagros de Dios. Así, el honor para su nombre sería mayor y Él sería glorificado. Éste era el auténtico propósito bajo el cual debíamos adquirir la tierra de Canaán.

El viaje del pueblo de Israel a través de las tentaciones fue un estímulo constante. Este ejemplo bíblico nos demostró que el sendero por el que estábamos caminando era el correcto. La historia del pueblo de Israel nos decía que sucederían grandes cosas en medio del desierto en nuestras jornadas de fe. Seríamos purificadas y preparadas para vivir en su tierra, de conformidad con su Espíritu. Después, el reino del amor derramaría generosamente su luz. Esto nos estimuló para no debilitarnos en la fe; puesto que a veces el camino se oscurecía. Recibíamos una negativa tras otra y en algunas ocasiones parecía que el mismo Dios peleaba contra nosotras, mientras recorríamos el sendero. Pero Él tenía en su corazón este plan para nuestra disciplina y crecimiento.

5. Su Palabra: *una promesa irrevocable*



Llegó un día inolvidable en el que recibimos una carta de la Ingeniería Municipal. Abrí la carta temblando, que contenía la decisión que había tomado el Concejo Municipal; es decir, el resultado final de todas las solicitudes que habíamos hecho ante el primer y segundo alcalde de la ciudad y ante los concejales. Al leerla, todo se desintegró en lo profundo de mi corazón.

Según el plan que venía en el sobre, la ciudad nos daba la opción de adquirir menos de la mitad de la tierra que deseábamos, asumiendo que los propietarios privados y el Estado de Hesse nos consideraran como la primera opción de compra. Pero eso no era todo; la autopista formaría el lindero de la tierra asignada. La respuesta implicaba lo mismo que haber rechazado nuestra solicitud. Con esta decisión todo había fracasado. Era completamente imposible que tuviéramos nuestra capilla y nuestras casas de oración precisamente junto a la ruidosa autopista. Este resultado parecía reducir a Canaán y su misión a la nada. En mi rincón destinado a la oración, le presenté con lágrimas esta carta fatal a Dios, mi Padre.

Le rogué que nos ayudara en esta necesidad. ¿Él no había cumplido siempre sus promesas? ¿Y aún más cuando tenían que ver con su reino, como era el caso nuestro? En respuesta a esta oración, el Señor me indicó la siguiente cita bíblica: “¿Acaso alguno de ustedes sería capaz de darle a su hijo una piedra cuando le pide pan? ¿O de darle una culebra cuando le pide un pescado?” (Mt 7:9-10). Estimulada por esta promesa, tomé un lápiz y taché el lindero, delimitado por la autopista, en el plano que nos habían enviado.

Me dirigí a mis hermanas en nuestra sala de reuniones y les dije que la ciudad no nos había concedido la solicitud. Al mismo tiempo les mostré los planos en los que yo había tachado el lindero y la autopista y les anuncié que el Padre celestial movería ese lindero, según el versículo bíblico que me había dado en la oración. Todo Canaán sería nuestro. La palabra y la voluntad de Dios no pueden dejar de cumplirse. Él había dicho: “¿Acaso alguno de ustedes sería capaz de darle a su hijo una piedra cuando le pide pan?”. Para llevar a cabo las comisiones señaladas por Él, le habíamos pedido que nos diera un lugar tranquilo. ¡Una autopista, con el ruido del tránsito, ciertamente sería una “piedra”! ¡El Padre celestial no nos daría piedras! Porque ¿dónde hallaríamos un padre terrenal que le diera piedras a su hijo que le pide pan? ¿Dónde? ¡En ninguna parte! ¡Mucho menos el Padre celestial!

Desde entonces le cantamos una y otra vez a nuestro Padre celestial:

*¿Dónde está el padre
que da piedras en vez de pan?
¿Dónde, dónde, dónde?
¡En ninguna parte!*

La Palabra de Dios implica un Sí y un Amén, y este fue mi consuelo durante esos días. Realmente la Palabra de Dios tiene mayor autoridad y es más cierta que cualquier otra palabra o decisión de las más altas autoridades humanas. Dicho convencimiento me dio valor para continuar por este oscuro sendero de fe a través del desierto. Esto solamente podía conducirnos a una nueva revelación de Dios, porque en relación con senderos oscuros de fe a través del desierto, su palabra siempre habla de un fin: “...*para bien de ustedes al fin de cuentas*” (Dt 8:16).

Un cántico particular nos había llegado por inspiración, cuando por primera vez recibimos la comisión de ocupar a Canaán. Así, continuamos cantando valientemente:

*La autopista no se hará,
la autopista no se hará,
¡El Señor la ha escogido
como Tierra de Canaán!*

Por todas partes escuchábamos que ya se había fijado la fecha para comenzar la construcción de la autopista. Durante largo tiempo nuestras oraciones y cánticos de fe no recibieron respuesta. Sin embargo, perseveramos.

Un día, el Señor trajo a mi mente a un profesor que había tenido en la universidad. El año anterior, lo vi por casualidad y él me dijo que si alguna vez me podía servir en algo, o que si de alguna manera podía ayudar a la Hermandad de María, lo haría con gusto. Con el pasar de los años, él había llegado a ser ministro de Educación de uno de los estados de la República Federal Alemana. Lo llamé y se dispuso a usar su influencia para ayudarnos.

No recibimos noticias durante largo tiempo. Varias solicitudes que hicimos a las autoridades de Bonn resultaron infructuosas. Todos movían la cabeza negativamente y decían: “¡Imposible!”. Pero un día de febrero de 1956, una hermana estaba esperando en el Departamento de Obras Públicas. Allí vio unos planos, y no podía dar crédito a sus ojos: ¡la autopista había sido reubicada para que pasara lejos, por el bosque! ¡Las campanas de nuestra capilla comenzaron a resonar y parecía que no se detendrían! Corrimos por todos los lados como hormigas en un hormiguero; nos felicitábamos. Todo era un desborde de alegría. Decíamos: “¡La autopista ha sido removida! ¡La

autopista ha sido removida!” Dios había hecho que se cumpliera su promesa: “¿Dónde está el padre que da piedras en vez de pan? ¿Dónde, dónde, dónde? ¡En ninguna parte!” Nuestro gozo y nuestra gratitud a Dios no conocieron límites en aquel gran día de su respuesta a nuestra oración.

6. Las tentaciones ponen a prueba la fe

Habíamos recibido un refuerzo para la fe, así como los hijos de Israel recibieron el maná en el desierto. Pero, al seguir hacia adelante no nos escapábamos del sufrimiento el cual fue también parte del viaje de Israel por el desierto. El camino del desierto, entonces y ahora, es un sendero lleno de tentaciones, en el que se conoce al tentador, quien se aprovecha de nuestro instinto de obtener todo de manera fácil y cómoda. Él mismo nos preguntó: “¿No hubieran podido marchar por otro camino más fácil? ¡Tal vez ustedes escogieron éste caprichosamente! ¿No hubiera sido mejor que se quedaran donde estaban?”: Tales eran las tentaciones que nos ponía. Era igual que en la historia antigua: “¡Han debido quedarse con las ollas de carne en Egipto!”.

El enemigo había preparado muy bien las tentaciones en nuestro camino. Uno de nuestros oponentes tenía

un amigo en el Concejo Municipal. Este hombre ejercía influencia entre los miembros del Concejo, con argumentos que parecían “espirituales”. Decía que realmente nos harían un bien al rechazar nuestras solicitudes, puesto que entre más pequeña permaneciera nuestra obra, mayor sería la bendición. Si esta obra se hacía grande, se tornaría ineficaz e infructífera; lo cual se podía ver en muchas obras similares. Y la lucha fue aún más fuerte, al ver que este argumento tuvo gran impacto. Las voces de la oposición comenzaron a aumentar. Aun nuestros amigos se preguntaron si no estábamos “tentando a Dios”.

Pero ellos no sabían la magnitud de la tentación que estaban atizando con este nuevo argumento. Nada hubiera complacido más a nuestra vieja naturaleza. ¡Qué maravilloso es permanecer pequeño!, y con esta decisión nuestra batalla por Canaán se hubiera terminado. Las donaciones de nuestros amigos serían más que suficientes para cubrir los gastos fijos de los servicios que ofrecíamos. ¿No habíamos, simplemente, establecido una meta demasiado elevada? ¿Debíamos perseverar en la lucha? Sin embargo, Dios habló de un modo distinto al de estas voces que nos rodeaban. Él había dado a nuestra hermandad este mensaje bíblico para el año de 1957: *“yo les he entregado el país; vayan y tomen posesión de la tierra que yo, el Señor, juré dar a los antepasados de ustedes...”* (Dt 1:8).

Estas palabras fueron una promesa que brilló como una estrella en la noche oscura de la tentación. Era una letra firmada por Dios que repetidas veces tenemos que presentársela a ÉL, con fe y oración.

Al comienzo del año, sin embargo, parecía poco probable que estas palabras se cumplieran. En febrero de 1957, todo lo relacionado con Canaán estaba más oscuro que nunca. De hecho, las palabras que habíamos recibido de la Escritura parecían una burla del enemigo. Durante tres días seguidos recibimos noticias desconcertantes. Cada informe que llegaba era peor que el anterior, y cada nervio espiritual estaba sensible y expuesto. Nos dijeron que la ciudad aprovecharía la opción que tenía sobre la tierra de Canaán y que no se nos permitiría comprar nada allí. Ni siquiera consentirían que nos vendieran las propiedades privadas. Además, los contratos de compra que ya habíamos negociado con gran dificultad debían cancelarse. Bajo ninguna circunstancia lograríamos la posesión de un área mayor de terreno, ni mediante la compra ni en alquiler ni en permuta. La mano de Dios pesaba fuertemente sobre nosotras también en otros aspectos. Hasta las hermanas más alegres y optimistas parecían semiparalizadas por el dolor.

¿Esto quería decir que la negativa de las autoridades significara también el no de Dios? ¿Vendría finalmente mucha gente a visitar o a vivir en Canaán? Fueron

días y semanas oscuros para nosotras, a medida que nos llegaban las desconcertantes noticias.

Durante ese tiempo de gran tribulación y tentación, le pedí al Señor: “Muéstranos tu camino. Éste es nuestro único deseo: ¡marchar por tu camino!”.

¿Quería Él realmente que ampliáramos nuestras instalaciones? Y el Señor nos dio una asombrosa respuesta por dos versículos bíblicos:

Haré que aumenten en ustedes los hombres y los animales, y que se hagan muy numerosos (Ez 36:11).

“En efecto, voy a estar atento a que mis palabras se cumplan” (Jr 1:12).

Así que continuamos nuestro viaje por el desierto. Ya había durado casi dos años. Únicamente la oración y la fe nos mantuvieron en esta dura y aparentemente inútil lucha. En realidad, mientras más imposible se hacía la conquista de Canaán, toda la hermandad oraba más. Grupos de hermanas, y a veces toda la hermandad, luchaban en oración todo el día, y muchas veces durante la noche. Siempre había nuevo arrepentimiento y purificación. Dios continuó disciplinando a nuestra hermandad.

7. *Décimo aniversario:*
“Padre mío, ¡qué bueno eres!”

El décimo aniversario de la Hermandad de María se acercaba: el 30 de marzo de 1957. Durante diez años habíamos disfrutado de la maravillosa bondad y del amor de Dios. Ese sería un día en que su nombre de Padre sería exaltado como nunca antes. Y aunque efectivamente teníamos lágrimas, la fe parecía envolvernos. La fe decía: ¡a pesar de todo! ¡A pesar de todo, debemos celebrar un festival de acción de gracias al Padre, como nunca antes!

¿Qué haría el Padre celestial en éste, su día? Cualquiera de nosotras que hubiera creído conocer un poco el corazón paternal de Dios, ese día confesaría que no había ni siquiera comenzado a comprender, verdaderamente, el insondable amor de Dios.

El servicio de adoración en el festival se terminó. Al mediodía nos reunimos con nuestros centenares de invitados para cantar himnos de acción de gracias. Los cánticos habían sido escritos especialmente para la ocasión; pues recordaban el amor paternal y la bondad que habíamos recibido de Dios durante los últimos diez años. La alabanza y la acción de gracias se levantaban como si no quisieran detenerse. A las cuatro de la tarde, la congregación se reunió otra vez en la capilla de la casa matriz.

Las hermanas habían preparado una corta presentación, en la cual se representaban los milagros que habíamos experimentado durante la construcción de la casa matriz y su capilla, con el fin de narrar y alegrar nuestros corazones con la gran misericordia del Padre.

Sin embargo, el drama no podía comenzar, pues súbitamente alguien externo llegó. Era el profesor Pedro Grund, el ingeniero municipal que había permanecido fielmente a nuestro lado durante todos esos años. Sus ojos parpadeaban de alegría. Nos trajo un regalo especial para el festival: un milagro del Padre. El Concejo Municipal nunca se había reunido los sábados. No obstante, ese día, cuando se celebraba el décimo aniversario de la Hermandad de María, tuvo una sesión. En ella se discutió acerca de nuestra solicitud con respecto a Canaán y... ¡ocurrió un milagro! Aunque siempre antes habían ganado la victoria los oponentes, de repente se pusieron todos de acuerdo, y se tomó la decisión de que fuéramos la primera opción para conseguir “la Tierra de Canaán”. Esto significaba que podíamos construir allí, si el Estado de Hesse y los propietarios privados convenían en vendernos sus terrenos. ¡La ciudad de Darmstadt había decidido concedernos la primera opción!

Mi corazón cantó de gozo: “Padre mío, ¡qué bueno eres!”. Regresé de inmediato a la capilla, con una bandera de triunfo por la noticia. Por supuesto, el progra-

ma del festival se trastornó, pues, profundamente emocionada por la bondad de Dios, quería compartir este regalo maravilloso procedente del Padre celestial, que Él había planeado con amor paternal para ese día y hora. En versos libres comencé a entonar un canto de alabanza por la intervención de Dios en esta situación que parecía no tener salida. Inmediatamente, toda la congregación se unió a mí en un coro de alabanza al Padre. Luego, le pedimos a Dios sus bendiciones para el ingeniero municipal, el profesor Grund, y para el señor Daechert, supervisor del Distrito de Eberstadt, quien también nos apoyó ante las autoridades. Terminamos con el himno “Gran Dios, te alabamos”.

La palabra del Señor brilló con resplandor aquel día. Era una promesa que Él nos había dado en la casa matriz, antes de mudarnos: *“Jamás se ha escuchado ni se ha visto que haya otro Dios fuera de ti que haga tales cosas en favor de los que en Él confían”* (Is 64:4).

En nuestro diario quedó escrito que el gozo experimentado era de tal magnitud que estábamos fuera de nosotras, profundamente emocionadas por el hecho de que el Padre celestial hubiera pensado preparar esta gran alegría, justamente para el décimo aniversario de la Hermandad de María. Los cantos de adoración al amor del Padre brotaban de corazones rebosantes, lo cual nos conmovía profundamente.

Con la reubicación de la autopista se había superado el primer obstáculo para la ocupación de Canaán. Ahora, el segundo obstáculo estaba derribado. Así, Dios nos había dado la cuota inicial de su promesa que está en la Escritura: “He aquí que yo pongo la tierra delante de ti...”. Y “cuota inicial” significaba también que el pago completo llegaría a su debido tiempo.

El viaje de Israel por el desierto duró 40 años. ¿Cuánto duraría el nuestro? No iba a terminar con estos dos años. Nuestra fe no había sido suficientemente probada. No estábamos completamente humilladas ni preparadas. No era adecuado que el gran objetivo de la Tierra de Canaán se lograra con una jornada de fe tan corta.

8. Nuevas humillaciones y correcciones

La negativa del Concejo Municipal se había cambiado en un sí. Nos habían concedido la primera opción de compra de la tierra. Pero todavía estábamos lejos de tener a Canaán en nuestras manos. Ya habíamos comprado unas pocas parcelas a los propietarios privados. ¡Sin embargo eran muy pequeñas en relación con las que todavía parecían imposibles de obtener! El siguiente obstáculo era el Estado

de Hesse, propietario de la mayor parte del terreno; con esta dificultad comenzaba una nueva jornada de fe por el desierto.

Literalmente, nos pasó lo mismo que a los hijos de Israel; quienes pudieron hacer su viaje a Canaán en unas pocas semanas, pero tuvieron que esperar muchos años a las puertas de la Tierra Prometida. Vagaron de acá para allá y, aunque virtualmente llegaron a tener un pie adentro, se veían obligados a retroceder repetidas veces.

Por otra parte, tuvimos una conversación decisiva con un alto funcionario del gobierno estatal. Nos dijo que los planes estaban hechos y que no venderían ninguna parte del terreno. La madre Martyria y yo regresamos completamente descorazonadas. ¿De qué nos servía el regalo de cumpleaños que habíamos recibido en el décimo aniversario? ¡Magnífico que la ciudad de Darmstadt nos hubiera concedido la primera opción! ¿Pero para qué servía si nadie nos iba a vender la tierra? De otra fuente supimos que, finalmente, la autopista iba a pasar por nuestra tierra. Nuevamente llegamos a un callejón sin salida.

¡Los años que transcurrieron entre 1957 y 1959 fueron indescriptibles! Nadie puede expresar con palabras lo que significó para nosotras ese período: las más profundas tentaciones que jamás habíamos expe-

rimentado... aflicciones... luchas por mantener una fe por siempre renovada.

En este tiempo visitamos personalmente al gobernador de Hesse para presentarle nuestra solicitud. Finalmente recibimos un no rotundo del gobierno estatal. Nunca nos venderían la tierra. Con ello, todos nuestros planes y esperanzas parecían estar condenados al fracaso.

En dichos años el Señor realizó otro tipo de milagro, que no es tan fácil de relatar como los obstáculos que se vencieron para la ocupación de Canaán. Me refiero a los milagros ocultos, pero verdaderos y esenciales, que se dieron en nuestros corazones. Éstos se llevaron a cabo mediante las correcciones, la larga espera y la difícil humillación, especialmente cuando aprendimos a humillarnos profundamente por nuestros pecados; los cuales le causaban al Señor una preocupación y un esfuerzo sin límites.

En cuanto a Dios, Él nos podía conceder las peticiones de inmediato; pero, a menudo tenía que dilatar los procesos para que no ocupáramos la tierra antes de estar preparadas; porque la tierra es santa, está destinada a sus propósitos, y no debemos contaminarla con nuestros pecados.

*9. Esperar, esperar, esperar: ¿Cómo
terminará nuestro caminar por el desierto?
¿Permanecerá constante nuestra fe?*

En ese tiempo de espera nos inclinamos ante las correcciones impuestas por Dios. Pero, así mismo continuábamos recordándole sus promesas, con la petición sincera de que no permitiera que su gloria se disminuyera ante la gente. Millares de personas, tanto en Alemania como en el exterior, recibían nuestras cartas circulares. En 1955 les habíamos escrito, diciéndoles que Dios había prometido darnos esta tierra de Canaán, tierra de sus promesas y reino de amor. Muchos ojos estaban puestos en Canaán. ¿Cumpliría Dios sus promesas? ¿Proseguirían tales proyectos de fe? ¿Premiaría Dios una fe tan audaz? ¿Magnifican su gloria y edifican su reino tales caminos de fe? Nuestra lucha no podía ser privada; era como un drama público presentado ante el cielo y la tierra.

¿Qué sucedería si Dios no cumplía sus promesas?, ¿qué pasaría si Él no daba el Sí y el Amén a nuestros caminos de fe? Pues, para muchos, la fe en las promesas de Dios colapsaría, si no se alcanzaba el propósito; y ellos no tendrían jamás la convicción de marchar por tales caminos de fe en su propia vida.

Para entonces toda esperanza había desaparecido. Pero, el Señor nos dio una nueva señal de aliento: tocó el corazón del señor Daechert, supervisor del distrito de Eberstadt, quien había estado de nuestro lado en ocasiones anteriores, contactando a los altos funcionarios públicos. En medio de esa etapa de profunda aflicción, el señor Daechert sintió un nuevo ardor en su corazón, a favor de la causa de Dios y nuestra solicitud llegó a ser la suya. Desde entonces, él se refería a “nuestra lucha” e hizo todo lo posible para que Canaán fuese nuestra.

Además, el Señor despertó el interés de uno de los pastores que desde hacía tiempo había celebrado entre nosotras los cultos del domingo, el pastor Rathgeben, supervisor de la obra educativa y de bienestar de la Iglesia Evangélica de Hesse. Un día, el pastor se interesó en nuestras dificultades y se dedicó, de modo generoso, a ayudarnos con Canaán en la medida de lo posible. De esta manera, habló con el presidente de nuestra organización eclesiástica, el doctor Martín Niemoeller, quien a su vez conversó personalmente con el gobernador de Hesse sobre nuestro proyecto.

A pesar de estas luces de esperanza, los meses pasaban y los obstáculos no se superaban. El Señor nos mostraba de esta forma que debíamos continuar en el camino de la fe, y que en el momento oportuno lograríamos nuestro objetivo; pues, “Lo que Dios ha em-

prendido y desea debe llegar inevitablemente a su propósito y su meta”.

Luchamos con renovados ánimos para permanecer firmes en las promesas de Dios. Él nos había concedido sus promesas a lo largo del camino de la fe.

A pesar de todas las desilusiones, nos empeñábamos en mantener dichas promesas delante de Él, con una fe perseverante.



10. El “fin último” de la misericordia de Dios

La hora de Dios se acercaba; El alto funcionario del gobierno, cuyo “no” rotundo constituía el principal obstáculo para nuestra entrada en Canaán, había sido cambiado a otro cargo.

A mediados del mes de febrero de 1959, nos encontrábamos próximas a celebrar un nuevo aniversario de la Hermandad de María, el décimo segundo. El último día laborable antes de la Pascua de Resurrección fue el 29 de marzo. Dicho día llamó un funcionario del gobierno, preguntando por la hermana encargada de manejar las negociaciones de la propiedad. La herma-

na portera relató más tarde: “Mi corazón palpitaba de emoción cuando fui a buscarla,

me paré junto a ella y la hermana Anita hizo una señal, cubrió el micrófono del teléfono por un momento y exclamó: ‘¡Que toquen las campanas! ¡El gobernador ha firmado el permiso para que procedamos con el contrato de compra!’”

Con esta acción, toda Canaán era nuestra. ¡Qué regalo de cumpleaños nos había enviado el Padre celestial, y otra vez en el aniversario de la Hermandad de María!

La decisión se había tomado en el último momento, antes del día siguiente, que era festivo. Aquella propiedad estatal de Canaán, por la cual oramos, sufrimos y luchamos durante tanto tiempo, ya era nuestra. Dios había cumplido su palabra. En las horas más oscuras, ésta fue mi ancla de fe: Dios guía en el desierto, “...*para humillarlos y ponerlos a prueba, y para bien de ustedes al fin de cuentas*” (Dt 8:16).

Apenas podíamos mantenernos en pie, pues temblábamos al escuchar la noticia. Era la mayor sorpresa, el milagro más grande que habíamos experimentado desde el 30 de marzo de 1957. Pasó un tiempo antes de que pudiéramos recobrar nuestros sentidos y gritar con júbilo: “Ahora, demos todas gracias a Dios”. Hasta el día de hoy, a todos los que siguieron, aunque sea un pequeño tramo de este viaje a Canaán, se les difi-

culta comprender lo que sucedió, ¡lo que Dios había hecho!

Luego se produjeron otros milagros. Casi todos los propietarios privados, que al principio no podían decidir la venta, la aceptaron. Durante meses y años parecía que nuestras peticiones no eran escuchadas, pero ahora Dios estaba interviniendo. Un gran número de propietarios privados acudieron a nosotras, por su propia iniciativa, para ofrecernos sus parcelas. Así, toda la “Tierra de Canaán” es hoy verdaderamente nuestra.

11. *“Canaán”, una tierra donde Dios se glorifica*

¿Qué vemos ahora, pasada una década de la “historia de Canaán”? Canaán es una tierra donde los milagros de Dios se han hecho visibles. Si caminamos desde nuestra casa matriz, a través del bosque, hacia el norte, llegamos a un conjunto residencial de oficiales norteamericanos que está cerca de la carretera. Como se dijo antes, según los planos, esas residencias se iban a construir en medio de nuestro terreno. La gran autopista que atravesaría nuestras tierras, pasa ahora por el bosque, al oeste de nuestra propiedad. Hacia el sur se extienden grandes proyectos de vivienda que, según los planes, serían construidos en nuestra tierra; pero, en medio de todo

esto y apartada de un modo maravilloso por la mano de Dios, está Canaán. Hasta este momento ya todas las instalaciones necesarias se han construido y han tomado su forma tanto espiritual como física.

Al pasar por la entrada principal, lo primero que nos llama la atención es la gran Capilla del Llamado de Jesús, con una capacidad de más de mil personas sentadas. Desde su inauguración, el 14 de mayo de 1961, millares de personas han escuchado allí la proclamación del mensaje de Dios durante el verano y han participado de las representaciones teatrales; así como de diversos festivales que invitan a glorificar a Dios. Frente a la Capilla del Llamado de Jesús y cerca del bosque está nuestra casa de retiros, El Gozo de Jesús, construida en 1958, la cual tiene 50 habitaciones individuales que evidentemente no son suficientes. Por lo tanto, se han ampliado sus instalaciones con la adquisición de un antiguo hotel que ahora se llama Casa de la Bondad de Dios, el cual se encuentra al otro lado de nuestra casa matriz. Este nuevo edificio también se obtuvo como una respuesta maravillosa a nuestra oración.

En Canaán también está la Casa de Francisco, destinada al hogar para ancianos y enfermos. Cuando las personas ya no cabían en ella, la Casa Margarita asumió este ministerio. La Casa de Francisco se convirtió, entonces, en la sede de la Hermandad Franciscana de Canaán para los Hermanos, que fue fundada en 1967.

Enseguida se halla una segunda casita de huéspedes, Beth Sión, que a menudo sirve de alojamiento a nuestros hermanos judíos. No lejos de allí está la casa pastoral, llamada Casa de la Fidelidad de Dios, donde viven nuestro pastor y su esposa, quienes siguen el sendero de la fe con nosotras, confiando en la bondad paternal de Dios. La Casa del Consuelo de Jesús, situada en el costado sur de Canaán y junto al bosque, es el hogar de nuestras Hermanas de las Espinas y las Hermanas de la Corona de Espinas*, al igual que es el lugar destinado a los Amigos de Canaán, quienes vienen aquí como residentes permanentes.

Nuestros Colaboradores de Canaán viven en el edificio adyacente, llamado la Casa de la Victoria de Jesús. Ellos visitan Canaán por un determinado número de semanas o meses, para participar en la vida de la comunidad y en su misión y para fortalecer su caminar cristiano en el mundo de hoy. La Casa Betábara, a la entrada de Canaán se construyó debido al constante flujo de visitantes de todo el mundo.

*Las Hermanas de las Espinas y las Hermanas de la Corona de Espinas están afiliadas a la Hermandad de María. Son mujeres que no pudieron unirse a la Hermandad de María a causa de su edad, por estar casadas o por sus responsabilidades laborales. Las primeras viven “en el mundo” y desde allí cumplen la misión de Canaán de diversas maneras. Las segundas llegaron a Canaán para vivir en comunidad. Los Amigos de Canaán tienen una relación más independiente con nosotras, pero también cumplen nuestra misión; se reúnen regularmente en diversos lugares del país y fuera de él.

Verdaderamente, en cada uno de estos edificios se puede vivir la siguiente invitación: “¡Cantad al Señor un cántico nuevo, porque Él ha hecho maravillas!”. Todos los que llegan y viven aquí se encuentran en una tierra de promesas cumplidas, de milagros de Dios. La realidad de Dios nuestro Padre, quien todavía hace milagros hoy, se apodera de ellos.

Al observar este amplio terreno, quedamos admirados nuevamente, pues en gran parte toda esta área urbana de 90.000m² se tuvo que pagar al mismo tiempo que la construcción de los edificios. Se necesitaron grandes sumas de dinero. Nuestra tesorera contaba con el dinero del día; es decir, con la caja casi vacía, experimentando uno de los momentos más oscuros para nuestra hermandad. ¿Cómo, entonces, se hicieron estos pagos? ¡Sólo mediante los milagros de Dios!

¡Canaán! ¿Qué más encontramos allí? El Jardín de los Sufrimientos y Resurrección de Jesús es un lugar donde se puede adorar, meditar y glorificar el más grande de todos los milagros de Dios: el Sacrificio de Jesús y la Redención que Él obró mediante su Sufrimiento, Muerte y Resurrección. Las diversas estaciones de su Pasión, como también de su Resurrección, son retratadas en este jardín para estimularnos a glorificarle en gratitud por lo que hizo por nosotros.

Si continuamos a lo largo de Canaán, llegamos al Monte de las Bienaventuranzas.

Junto a él está un Mar de Galilea en miniatura. El agua que hay en este lago es un testimonio de que Dios puede garantizar abundancia de agua en el desierto. También hay un pequeño río Jordán que corre hacia el lago y la saltarina Fuente de la Bondad del Padre, que son posteriores señales de los milagros de Dios. En fin, para hablar de todos los prodigios necesitaríamos un segundo volumen de “Realidades”.

¡Canaán, tierra de milagros! Hoy en día no cuestionamos las razones por las cuales Dios permitió que nos costara tanto adquirirla, al atravesar oscuros senderos de fe y de pruebas; ya que ahora vemos que en ella Dios nos da un anticipo del cielo. Así como la tierra se llenó de nuestras lágrimas durante las duras batallas de fe, las pruebas de paciencia y las muchas experiencias de juicio divino, hoy es una tierra de alegría, de cantos festivos, de adoración, donde el Padre es alabado, pues a la postre Él bendice abundantemente. Dios permite que el camino de la fe termine en una manifestación visible de su bondad; que el camino del desierto termine en la Tierra Prometida. Él corona el camino de las pruebas y tentaciones con un fruto incomparable. El camino de la fe por el desierto hacia Canaán demuestra que, cuánto más oración, fe y sufrimiento se requieran, mayor será la bendición concedida por el Padre celestial. Ciertamente, mientras más tengamos que luchar con fe, veremos con mayor fuer

za su poder de hacer milagros para que demos un real testimonio de ellos. Mientras la lucha sea más grande, veremos maravillados su gloria y sus actos de bondad; así como lograremos más frutos para su Reino.

¡Canaán, reino de amor! Sí, que esta tierra sea realmente un reino de amor y llegue a serlo, aún más en estos días angustiosos de nuestra era, para la gloria del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.



Dios manifiesta su poder en las cosas imposibles, cuando se le pide con fe.



*1. “Estoy dispuesto a hacer milagros”:
Historia de la construcción de una capilla de alabanza*

En Suiza, cerca a Spiez, en el lago Thuner, hay un lugar precioso. Allí, algo apartada de la carretera que va hacia Aeschiried, hay una pequeña capilla rodeada de campos de labranza y casas dispersas en una pradera. Es nuestra primera capilla de alabanza, que a todos saluda con su torrecita: abajo, al lago Thuner; arriba, a las montañas que la rodean. La emocionante belleza de la naturaleza invita a todos a entonar al Padre celestial un cántico de alabanza.

En el interior de la capilla hay un colorido mosaico, que exhorta a glorificar a Dios con sus palabras: “Canten, alaben, salten de gozo ante el Señor todos los pueblos”. Sobre la puerta se lee esta inscripción: “Estoy dispuesto a hacer milagros: todo el pueblo verá las obras del Señor”. La historia de esta capillita es verdaderamente maravillosa, pues nos dice que Dios sigue haciendo milagros hoy.

El día de la Ascensión en 1962, se llevó a cabo la fiesta de la consagración de esta capilla de alabanza, que Dios concedió en respuesta a muchas oraciones. Dicho día llegaron centenares de personas de todas partes, que se apiñaron en la plaza y se sentaron allí. ¿Qué fue lo que atrajo a tantas personas para que asistieran a la consagración de una capilla tan pequeña?

Todos querían ver con sus propios ojos el milagro que había corrido de boca en boca: una capilla que fue construida en tres semanas y media. Un granjero, al hablar con una de las hermanas, dijo que, si Dios había hecho este milagro, también le ayudaría a él, ya que iba a ingresar a un hospital. Así que nos pidió que oráramos por él tal como lo habíamos hecho por la capilla.

La construcción de la capilla tiene su historia. El camino de fe comenzó en 1956.

Durante mi estadía en Aeschi, le escribí a mis hijas para comunicarles el dolor que me causaba la poca alabanza a nuestro Padre y Creador. Este comentario conmovió los corazones de las hermanas hacia la necesidad de que se le diera alabanza y gloria al Creador en este lugar donde su acción y magnificencia creadoras se habían derramado tan grandemente. De esta manera, se entusiasmaron con la idea de construir una capilla de alabanza. ¡Qué difícil era esto para nosotras! Pero se hizo realidad. En 1961, se invitó a las hermanas de nuestras representaciones bíblicas para presentarlas en varias ciudades de la Suiza, y al terminar su gira, fueron a Aeschi como coro de alabanza. En el otoño del mismo año, se dieron los primeros pasos para la compra de un terreno destinado a la capilla, con ardientes deseos de que Dios fuera glorificado.

Y Dios respondió. Después de algunos intentos, encontramos el terreno, al igual que conocimos a un arquitecto competente y amable, quien también entusiasmado con la idea de alabar a Dios, nos hizo los planos desinteresadamente y estuvo siempre de nuestro lado. Según él, la consagración de la capilla podía tener lugar el día de la Ascensión, del año de 1962. Una persona influyente ante las autoridades competentes nos había asegurado, verbalmente, que no había obstáculo alguno para la construcción de la capilla en dicho terreno.

A finales de 1961, y llenas de alegría le comunicamos a nuestros amigos, en una carta circular la fecha de la consagración para que planearan sus vacaciones.

2. Prueba tras prueba. Las dificultades ponen los cimientos.

Pero, desde enero de 1962 siguió una prueba tras otra. En primer lugar, como un relámpago en el cielo sereno, vino la negativa a nuestro intento de construir, basada en el hecho de que no había necesidad urgente de edificar una capilla, sobre todo porque éramos extranjeras. Así como en tiempos de Jesús, los discípulos consideraron un despilfarro el ungüento de María de Betania; en este caso tampoco se podía entender la idea de construir un lugar especialmente destinado a la adoración y exaltación del amor hacia Él. Además, en Aeschi corrió el rumor de que éramos una secta. Esa fue la primera “imposibilidad” de edificar la capilla. Dios empezó a escuchar nuestras oraciones, si bien de un modo distinto al que nosotras habíamos pensado. ¿Cómo habría de brillar la grandeza y la gloria de Dios, como Señor y Creador, ante las personas alejadas de Él, quienes llegaban allí como visitantes en tiempo de vacaciones? ¿Cómo mover su corazón para poder

rendirle alabanza al Señor, si Él no se manifestaba como el Señor vivo que hace maravillas? Sin embargo, Dios sólo puede hacer milagros después de enfrentarnos a lo imposible, desde el punto de vista humano.

Estas dificultades nos invitaban a creer en su poder y a esperar que Él se manifestara, para que los visitantes de esta capilla lo alabaran y glorificaran. Dios escuchaba nuestras oraciones sobre la esperanza de que esta capillita se llenara de su gloria; sin embargo, antes de que existiera, Él la cubrió de humillaciones, de acuerdo con su palabra; *“Dichosos ustedes, si alguien los insulta por causa de Cristo, porque el glorioso Espíritu de Dios está continuamente sobre ustedes”* (1 Pe 4:14). Nos consolaba esta certeza: para que la alabanza y la glorificación ofrecidas a Dios en este lugar fueran perpetuas, era necesario que los cimientos de la capilla se hicieran con humillaciones y ultrajes, para que después la alabanza pudiera brotar del corazón contrito. Estas humillaciones comenzaron cuando, aconsejado por las autoridades, un hombre suizo quiso comprar el terreno. Se nos acusó de especular en la compra, en un país extranjero y este rumor, junto con el de que éramos una secta, se fue extendiendo por todo el país.

Según parece, la decisión era firme: en Aeschi nunca se le concedería a la Hermandad de María el permiso

para construir. Sin embargo, ante esta perspectiva de “imposibilidad” recibimos esta consigna del Señor:

*“Purifíquense, porque mañana verán
al Señor hacer milagros”* (Jos 3:5).

“Vete a tu casa, y que se haga tal como has creído”
(Mt 8:13).

Estas afirmaciones del Señor alegraron nuestro corazón. Cada una de las hermanas se entregó nuevamente a ese “purifíquense”, en la disposición de tomar sobre sí su cruz en la vida diaria y alabar a Dios en las pequeñas adversidades, para que después nuestra alabanza en la capilla fuera auténtica. La tarde siguiente, nuestra sala de reuniones parecía un campo de batalla espiritual. Toda la comunidad oraba por la capilla, confiada en su Palabra, pues el Señor haría un milagro y cambiaría el “no” por un “sí”.

3. Triunfo final de la fe. ¿Seguir con firmeza en la fecha de Ascensión?

Como respuesta a nuestras oraciones y nuestra fe, recibimos del arquitecto la noticia de cancelar la fecha de la consagración, porque solamente con examen minucioso de los propósitos de tal proyecto o con la financiación por parte de un grupo de amigos suizos de las Hermanas de María, se podría lograr el permiso para construir la capilla en Aeschi. Tendrían

que pasar, entonces, varios meses hasta que se decidiera, y en esas condiciones era totalmente imposible contar con la fecha de la Ascensión. ¿Debíamos seguir, apoyadas en la fe, con esta fecha o renunciar a ella? Renunciar significaría perder un año de alabanza a Dios en esta capilla, y un año, ante la inminencia de una guerra atómica que destruiría la naturaleza, era demasiado tiempo. Por esto, seguíamos orando intensamente y Dios nos daba la certeza de que deseaba que la capilla estuviese terminada para el día de la Ascensión. Él nos lo confirmó con estas palabras:

“Señor, Señor, poderoso de Jacob, acuérdate de David y de sus aflicciones; acuérdate del firme juramento que te hizo: ‘No me pondré bajo techo ni me acostaré a descansar, no cerraré los ojos ni dormiré un solo instante, mientras no encuentre casa para el Señor, el Poderoso de Jacob’” (Sal 132:1-5).

Así nos animaba Dios a poner empeño en la terminación de su pequeño santuario, antes de la Ascensión; todas las hermanas entablaron una lucha con duplicados esfuerzos, ateniéndose con firmeza a la promesa de Dios.

Y efectivamente en marzo llegó la fundación “Asociación de Amigos Suizos de las Hermanas de María”. *“Has cambiado en danzas mis lamentos”* (Sal 30:11).

Ésta fue la consigna que dio el Señor para esta fundación. Con ella brilló una luz de esperanza. Pero, desde el punto de vista humano, un “demasiado tarde” se reía irónicamente de nosotras; demasiado tarde para que la capilla estuviera terminada el 31 de mayo. Esto por supuesto no era lo que Dios quería decirnos con las noticias que recibimos durante las últimas semanas: se retrasaba la aprobación del contrato de compra del terreno, porque la persona encargada de efectuarla estaba de viaje; la única empresa constructora que se había comprometido, se había arrepentido; una persona influyente de nuestra asociación tenía que retirarse de nuestro grupo, por una orden superior, con lo cual quedaban estancadas otras decisiones.

Con todo esto, estábamos ya a mediados de abril, seis semanas antes de la fecha fijada para la consagración de la capilla. Cada semana que pasaba y que nos acercaba a la fecha determinada la terminación de la misma se hacía más “imposible” y nuestra fe tambaleaba. Por esos días teníamos que enviar la carta circular de Pascua a todos nuestros amigos. ¿Debíamos, entonces, renunciar a la fecha anunciada en el otoño anterior y comunicar esta decisión a todos? Eso nos parecía lo más razonable. Sin embargo, una certeza mayor se apoderaba de nuestros corazones, era Dios quien nos la daba: el Señor haría que, gracias a su milagrosa intervención, la capilla estuviese terminada para en-

tonces. En medio de estas dudas y pruebas, nos dirigimos a Dios y recibimos su respuesta:

“Pero ustedes sean valientes y no se desanimen, porque sus trabajos tendrán una recompensa” (2 Cr 15:7).

“...plenamente convencido de que Dios tiene poder para cumplir lo que promete” (Ro 4:21).

Dios deseaba inculcarnos algo: creer se define como esperar de Dios lo que es humanamente imposible; la fe significa no contar con los datos e imposibilidades humanas, sino con la acción de un Dios vivo. Creer es perseverar teniendo la seguridad de su Palabra, por más que nuestra razón nos diga que no, a la luz de las realidades que nos rodean. Por último, creer implica confiar, a pesar de todo, en sus promesas para la gloria de Dios. Porque de lo que se trata es de dar efectivamente gloria a Dios ¿A cuántos no habíamos asegurado de palabra y por escrito que Dios es fiel a sus promesas, que escucha oraciones y que, por tanto, la capilla estaría terminada para la Ascensión? Todas esas personas llegarían a dudar si no perseverábamos en su palabra.

Así, apoyadas en la fe, conscientes de la gran responsabilidad que recaía sobre nosotras, enviamos la carta circular invitando a la consagración de la capilla, a nuestros 6.000 amigos e intercesores en Alemania y en el extranjero, seis semanas antes de la Ascensión, aunque aún no habíamos obtenido la aprobación para

comprar el terreno y mucho menos para construir la capilla.

Poco después recibimos la noticia de que el gobierno de Berna había aprobado el contrato de compra por parte de la asociación suiza, y que había decidido que no era justo concederle al amigo suizo la compra del terreno, pues nos había inculcado injustamente. De esta forma cualquier día nos llegaría la aprobación.

4. *¿Promesas sepultadas?*

Casi de manera impaciente, hora tras hora, esperábamos el anhelado telegrama: “La construcción puede comenzar”. Lo esperábamos firmemente, contando con la palabra y garantía de Dios: “Haré lo que he prometido”. Él haría que, como un milagro de su gracia, se terminara la capilla en las seis semanas que quedaban. Pero no llegaba el telegrama. En medio de esta grandísima necesidad, Dios nos respondió con estas palabras: *“El Señor dijo: ‘Pongan atención: yo hago ahora un pacto ante todo tu pueblo. Voy a hacer cosas maravillosas que no han sido hechas en ninguna otra nación de la tierra, y toda la gente entre la que ustedes se encuentran verá lo que el Señor puede hacer, pues*

será maravilloso lo que yo haré con ustedes” (Ex 34:10).

Pero, a pesar de esta promesa, no llegó noticia alguna de Suiza en los días siguientes; la tentación amenazaba con tragarnos. ¿Nos habríamos equivocado? ¿Era impropio seguir aferradas a las promesas? Por otra parte, ya habíamos comunicado la fecha de consagración a muchas personas, con la carta circular de Pascua, y en la iglesia lo habíamos dicho públicamente. Además, el autobús estaba reservado para un grupo de Alemania, así como el alojamiento para 70 personas, con motivo de la consagración. Faltaban tan sólo cinco semanas para dicha fecha y no habíamos recibido aún la aprobación para la construcción de la capilla, ni mucho menos excavado absolutamente nada.

El 30 de abril, sólo cuatro semanas antes llegó una noticia. Éste fue un día de inolvidable tristeza para nosotras. Recibimos de Suiza la comunicación de que todo había concluido desfavorablemente para nosotras. Sentimos como si hubiéramos enterrado a un ser querido, pues efectivamente sepultamos una promesa de Dios. Nuestro arquitecto nos comunicó, por escrito, que no se podía contar por ahora con la aprobación para la construcción, y le dirigió una carta a una empresa constructora, diciéndole que las obras no comenzarían hasta finales de mayo, fecha para la que estaba prevista la consagración.

Dios estaba dispuesto a hacer de esa capilla un pequeño recinto de milagros, como hizo con Gedeón, al que, contra toda previsión humana, fue quitando trozo a trozo. Quería lograr su objetivo: magnificar su gloria. Del mismo modo nos privó de todas las posibilidades humanas, con la finalidad de que, en la oración y en la fe, esperáramos todo únicamente de Él. Así mismo, mediante estas dificultades el Señor permitió que manifestáramos ante todos los hombres que Él fue el único que hizo posible la terminación de la capilla, para que sólo a Él se le diera gloria y alabanza. Éste era el objetivo de la misma y por lo que nosotras pedíamos ardientemente.

5. El gran cambio. Su acción maravillosa ante todo el pueblo

Era 3 de mayo. Dos hermanas hablaron de nuevo con el gobierno de Berna para considerar la anulación de la negativa de construcción, y así poder conseguir el permiso para edificar la capilla en el lugar deseado. Mientras tanto, en nuestra casa tuvimos una tarde de fe como casi no habíamos tenido ninguna hasta entonces. En ella, el Espíritu Santo, a la luz de todas las imposibilidades humanas, encendió en nosotras una nueva y alegre fe en su victoria: la capilla estaría terminada el día de la Ascensión.

Las dos hermanas no recibieron el documento que necesitábamos; pero cuando Dios había permitido que la “imposibilidad” llegara a su punto culminante, tres semanas y media antes de la fecha prefijada para la consagración, se llevó a cabo un cambio radical. Sucedió lo incomprensible: el funcionario público, que a pesar de todas las posibilidades jurídicas no había encontrado solución viable para la consecución del permiso, de repente, sin tener en sus manos los documentos necesarios por parte de las autoridades correspondientes, dio el permiso de palabra. El camino estaba libre. Pero ¿no era tal vez demasiado tarde? Según los cálculos humanos -desde luego- porque la consagración tendría lugar tres semanas y media después; pero para Dios no hay nada imposible. Él estaba decidido a cumplir sus promesas: “Yo estoy dispuesto a hacer milagros: todo el pueblo verá las obras del Señor”.

Repentinamente, una empresa constructora estaba dispuesta a comenzar la obra, e incluso a trabajar horas extras; nos dijeron que en lo poco que quedaba hasta la Ascensión era posible terminar la capilla. Una fábrica, que normalmente tardaba dos o tres meses en enviar las tejas, se comprometió a hacerlo en las próximas semanas; y un carpintero estuvo plenamente dispuesto a hacer rápidamente el techo. Parecía como si todos estuvieran esperando el encargo de hacer algo

para la capilla de alabanza; en comparación con lo que sucedió unas pocas semanas antes de la Ascensión, cuando otra empresa constructora se negó debido al tiempo que quedaba escaso para reunir lo necesario.

El entusiasmo nuestro era indescriptible, porque Dios Padre había cumplido todas sus promesas, a pesar de la situación tan desesperada en que habíamos estado. Se cumplió su palabra: “...*Dios tiene poder para cumplir lo que promete*” (Ro 4:21); “... *que se haga tal como has creído*” (Mt 8:13). Y “*Purifíquense, porque mañana verán al Señor hacer milagros*” (Jos 3:5). Los muros de la capilla -con la ayuda de dos hermanas- se terminaron en pocos días y para el día de la Ascensión estuvo preparada y adornada.

Desde ese día acuden personas de todas partes. Comenzó a cumplirse el propósito de la capilla: levantar a Dios una alabanza perpetua. Oh, qué atraiga mucha gente. Porque ella hablará, como Jesús dijo, que las piedras lo harían, si nosotros callamos y no damos gloria y alabanza a Él, o si no lo hacemos de modo suficiente o, si en lugar de darle la gloria a Dios, se la damos a los hombres. Ella dirá cuán grande y poderoso es el Señor, que escucha las oraciones y cumple su palabra. De igual forma dirá que es Creador, pues la capilla se levantó por la palabra poderosa de Dios, el cual “*habló, y todo fue hecho; Él ordenó, y todo*

quedó firme” (Sal 33:9). Esta es una palabra que hemos tenido como consigna, incluso en las horas más oscuras. Ahora, la capilla puede ser testimonio de la omnipotencia de Dios y pregonera de Dios Padre y de nuestro Señor Jesucristo para todos los que la visiten.

Sí; la capilla de Aeschi está ahí como testimonio de los prodigios de Dios. Él ha hecho brotar la alabanza y el júbilo hasta las lágrimas y brillar su gloria en el camino de la calumnia. A pesar de todas las imposibilidades, ha hecho que se construya la capilla para demostrar quién es Él. Así, el simple hecho de su existencia es un testimonio de la manera milagrosa en que Dios dirige y obra poderosamente. También, en el interior de esta capilla que, por sí misma, habla a todos los que vienen a visitarla, podemos ver a este Dios que obra maravillas.



EPÍLOGO

Todo lo que se ha contado aquí proclama una sola verdad: “La oración es poder”. Los hombres y las mujeres que oran son invencibles. No pueden ser dominados por ningún ataque del enemigo, ninguna resistencia, ningún sufrimiento, ninguna dificultad de la vida, porque en sus manos tienen el arma más segura para el triunfo. Con la oración han recibido la llave del corazón de Dios.

Confiamos en que estos relatos sirvan como material ilustrativo para una pequeña escuela de oración. Ellos muestran, mediante experiencias prácticas de la vida diaria, de qué manera Dios concede a sus hijos el don de la oración. Por su gran amor, Él los sostiene para que cuando estén en necesidad o desesperación, no queden a merced de las adversidades, sino que siempre reciban ayuda, pues la oración puede cambiar las situaciones, el corazón humano, en fin todas las cosas.

Ahora, lo importante es saber cómo usar este don que a la vez es un arma. De otro modo, estaremos a merced de las aflicciones. Estos relatos muestran que las más diversas luchas y dificultades permanecen estáticas cuando no se usa el arma de la oración. Jesús dijo: *“...pidan y recibirán, para que su alegría sea comple-*

ta” (Jn 16:24). El Señor da esta promesa de ayuda a quien se la pide.

Sin embargo, no basta con usar el arma de la oración; es indispensable ponerla en práctica de forma correcta. Esto es evidente en varias de las historias en las que nuestros hábitos de vida probaron ser un obstáculo para obtener respuesta a nuestras oraciones.

La oración en sí misma no ayuda; puesto que sólo la oración que se hace correctamente, lleva a cabo su promesa. Ésta es una verdad bíblica básica que nosotras experimentamos en varias necesidades y dificultades. Cuando no orábamos adecuadamente, no recibíamos respuesta alguna.

Dios se compromete a cumplir su Palabra. Él responde sólo a las oraciones que ha prometido contestar, ya que están en armonía con su voluntad.

Es muy importante, pues, que aprendamos la forma de orar y reconozcamos las situaciones en que debemos usar las diversas clases de oración. Ninguna escuela, sin embargo, es tan efectiva como la de la experiencia.

¿Qué oraciones son importantes para Dios? ¿Cuáles oraciones prometió responder? Dicho en otros términos, ¿cuáles no tienen la promesa de recibir respuesta y, por lo tanto, son como un arma débil que no tiene ningún poder? ¿Cuál oración no tiene autoridad?

Obstáculos para la oración

En la escuela de la oración, lo primero que tenemos que hacer es analizar los obstáculos que se mencionan en la Escritura. La Biblia nos señala una verdad positiva: cuando Dios no responde, hay un pecado del cual no nos hemos arrepentido, que se interpone y crea una barrera entre Él y nosotros.

“El poder del Señor no ha disminuido como para no poder salvar, ni él se ha vuelto tan sordo como para no poder oír. Pero las maldades cometidas por ustedes han levantado una barrera entre ustedes y Dios; sus pecados han hecho que Él se cubra la cara y que no los quiera oír” (Is 59:1-2).

El Nuevo Testamento menciona varios pecados que son obstáculos para la oración. Esto significa que la oración tiene prerequisites absolutos que, si no se cumplen, bloquean su efectividad. Por encima de todos está la transgresión a los Diez Mandamientos, tal como los expuso Jesús en el Sermón del Monte. En general, estas transgresiones son: no querer perdonar (ver Mateo 6:15); la ira y la duda (1 Timoteo 2:8); toda conducta sensual y apasionada (1 Pedro 3:7; 4:7-8a); no querer confesar nuestros pecados unos a otros (Santiago 5:16); la mezquindad y la avaricia, por cuanto está escrito: *“Den a otros, y Dios les dará a ustedes. Les dará en su bolsa una medida buena, apretada,*

sacudida y repleta” (Lc 6:38); la preocupación por las cosas mundanas, pues dice la Palabra de Dios: “*Por lo tanto, pongan toda su atención en el reino de Dios y en hacer lo que exige, y recibirán también todas estas cosas*” (Mt 6:33).

Pero también surge una pregunta: ¿quién puede orar y ser escuchado? ¿Quién puede decir: “...y él nos dará todo lo que le pidamos, porque obedecemos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada”? (1 Jn 3:22). ¿Quién puede decir que es uno de los justos de quienes la Sagrada Escritura dice: “*Los ojos del Señor están atentos a los justos, sus oídos, a sus gritos de auxilio*” (Sal 34:15)? La palabra “justos” no se refiere a personas sin pecado, pues no existen. Por el contrario, se refiere a pecadores que, doloridos por sus pecados, se arrepienten, para recibir el perdón de Jesús y su ayuda para un nuevo rumbo. Tales individuos no continuarán viviendo en amargura, ni su espíritu se negará a perdonar, sino que se reconciliarán; no seguirán en el pecado ni en la concupiscencia, por el contrario, se apartarán de ellos; no retendrán todo lo que tienen, sino que estarán dispuestos a dar, “y les será dado”.

Un obstáculo decisivo para la oración lo constituye el pecado no confesado y sin arrepentimiento, porque la persona no quiere dejarlo. Sin embargo, cuando se perdona un pecado y oramos con corazón humilde y arrepentido, podemos hacer nuestra la promesa que se

le hizo al publicano (ver Lucas 18:13,14). Esta verdad se hace evidente en muchas de las historias de este libro. Aparentemente los oídos de Dios se habían cerrado a nuestras oraciones; pero luego, de repente, lo que pedimos fue concedido. ¿Qué produjo dicho cambio? Lo provocó el hecho de que las hermanas que no habían sido bondadosas ni habían perdonado a otras, cambiaron su actitud. Dios nos concede exactamente lo que prometió en su Palabra.

Sin embargo, Dios cumple su Palabra no sólo con respecto a los obstáculos de la oración, sino también en relación con las promesas especiales que ha hecho ante ciertas clases de oración. Entonces, es importante conocer los diferentes tipos de oración que Dios promete contestar. Si aprendemos a aprovechar esas oportunidades de oración, tendremos una posición privilegiada en su trono.

La oración de fe

La primera clase de oración que Dios ha prometido contestar es la oración de fe. Jesús nos muestra que la concesión de una petición depende en realidad de si ésta se hace con una fe firme. La Palabra dice: “*Que se haga conforme a la fe que ustedes tienen*” (Mt 9:29). Dios espera una fe audaz que mueva montañas. Sin embargo, las aventuras de una fe osada sólo pueden

emprenderse en obediencia a Dios. Abraham se atrevió a salir y emigrar a Canaán sin saber a dónde iba, y esto lo hizo porque Dios se lo había ordenado. Él creyó en la orientación de Dios y fue obediente, aun en la incertidumbre. Varias de las historias que se narran en este libro dan testimonio de esta misma verdad. Nosotras nos lanzamos a una aventura de fe en obediencia al mandato de Dios; entonces, Él respondió y su nombre fue glorificado.

Estos relatos nos muestran, mediante la experiencia práctica, de qué forma debe hacerse la oración de fe. Dios no quiere que nuestra fe sea vaga y sin una meta. Nuestra fe debe basarse en su Palabra. Esa es la fuerte ancla a la cual debe estar atada la fe. El creyente que ha recibido una promesa de Dios, tiene en su mano un pagaré que puede presentarle una y otra vez: “Padre, tú dijiste: ‘Pidan y se les dará’. No serán avergonzados cuantos en Ti confían”.

Dicha promesa puede ser algunas veces un mensaje bíblico, que Dios comunica de manera personal en un momento de dificultad o de decisión. En la oración de fe, es importante que alabemos, demos gracias y adoremos a Dios, el Todopoderoso; que cantemos una alabanza aun en situaciones que parecen no tener solución, pues mediante la acción de gracias, recibimos bendición.

Cuando alabamos el poder maravilloso del Señor, Él mueve su brazo; al levantar cánticos, proclamando su amor paternal, su corazón se inclina amorosamente hacia nosotros.

La oración simple

La oración candorosa tiene una promesa especial. Una y otra vez, Jesús nos invita a que seamos como niños, porque de ellos es el reino de los cielos; para ellos está abierto el corazón paternal de Dios. Ellos conquistan el corazón del Padre al acudir a Él, de modo infantil, con sus necesidades más pequeñas y pedir hasta por las cosas más insignificantes. Jesús dice: “¿Acaso alguno de ustedes sería capaz de darle a su hijo una piedra cuando le pide pan?” (Mt 7:9). Y agrega: “...¡cuánto más su Padre que está en el cielo dará cosas buenas a quienes se las pidan!” (Mt 7:11). Somos sus hijos los que acudimos a Él, pidiéndole con una actitud ingenua de amor y confianza. Si tal oración se hace conforme a su voluntad, ésta no quedará sin respuesta; sin embargo, puede suceder que Él retenga la respuesta si hay obstáculos específicos que la impidan, como los ya mencionados. Con esta demora, Dios nos dará una enseñanza para después conceder nuestras peticiones en abundancia.

La Escritura dice: “No consiguen lo que quieren porque no se lo piden a Dios” (Stg 4:2). ¿No es a esta falta

de oración infantil a la que se refiere la Escritura? Nos mantenemos pobres y con muchas necesidades; pero no podemos hablar de la respuesta a nuestra oración, debido a que no tenemos una actitud como de un niño cuando oramos. O tal vez somos tan ricos y estamos tan satisfechos que no nos encontramos en la situación de tener que acudir al Padre. Dios, sin embargo, quiere ser nuestro Padre. Desea que acudamos a Él con cada una de nuestras necesidades, así como espera que sus hijos le pidan una y otra vez, porque como un Padre amoroso, siente gozo en hacernos bien y darnos regalos. Muchas de las historias de este libro dan testimonio de ello, demostrando que el corazón del Padre celestial, que es puro amor, se preocupa por las más pequeñas necesidades de su pueblo y que Él contesta sus oraciones.

La oración perseverante

La Escritura también nos anima a ser constantes en la oración (ver Romanos 12:12). Nuestras oraciones no deben ser ni ocasionales ni flojas, pues también hay promesa para la oración perseverante. Esta oración no se cansa ni se desalienta, aunque aparentemente no tenga respuesta. La oración perseverante tiene la capacidad de persistir tranquilamente y esperar. Requiere humildad para esperar y pedir repetidamente: ¿cuál

es la razón por la cual no puedes contestar mi oración? ¿Hay acaso una barrera de pecado en mi vida?

Estas historias demuestran que el resultado de la oración perseverante produce por lo general una respuesta milagrosa de Dios. Él se manifiesta de tal modo que su grandeza y poder se magnifiquen delante de los hombres. Por lo tanto, la oración perseverante también tiene su promesa especial: permite que sucedan grandes cosas a quien pide y se deja purificar en los caminos de la espera; le permite experimentar las poderosas obras de Dios.

Mediante la oración perseverante, Dios nos llama a un esfuerzo, a una lucha como la que vemos en el caso de la mujer fenicia o de la viuda insistente. Es una lucha real con Dios, como la que tuvo Jacob en Peniel. Jacob dijo: *“Si no me bendices, no te soltaré”* (Gn 32:26). Tal oración le agrada a Dios, pues Jesús dice que Dios contestará esta oración, por ser “inoportuna”. Hay que destacar, sin embargo, que Dios da seguridad y responde a estas luchas de oración, sólo si las peticiones se pronuncian en el nombre de Jesús, y de acuerdo con su propósito y su voluntad. Las oraciones obstinadas, como en aquellas en que se pide que un ser querido no muera, no tienen promesa de respuesta.

Para tal lucha de oración es especialmente importante que tomemos nuestra posición en relación con la se-

guridad y las promesas que Dios nos ha dado, y entonces perseveremos hasta el fin. Las historias narradas en este libro nos cuentan cómo se adquirió Canaán; la promesa de Dios en este caso fue una piedra fundamental en una situación que parecía no tener esperanza durante muchos años. Tenemos promesas similares para las peticiones relacionadas con el reino de Dios, la salvación y la santificación de las almas. Siempre hay que hacer dichas oraciones en el nombre de Jesús, ya que Él las escuchará y las responderá, pero siempre a su debido tiempo. El celo por el reino de Dios y por su gloria, prepara el camino para la venida de su reino y su victoria. Por lo tanto, tales oraciones siempre están en concordancia con su voluntad y su promesa.

La oración eficaz

La oración eficaz también tiene una gran promesa. La Escritura dice que esta clase de oración logra mucho (Santiago 5:16). En realidad, Dios promete contestarla en especial medida; puesto que como la Palabra lo indica, esta oración no es palabrería; tiene un énfasis especial; posee algo que la destaca. De igual forma, se puede fortalecer y anticipar con pequeños sacrificios, regalos de nuestro tiempo, energía, bienes y cosas similares. Nuestros relatos muestran de manera impre-

sionante que, en las situaciones más desesperadas y en las necesidades más apremiantes por las que tuvimos que pasar día y noche sin obtener respuesta, estas oraciones fueron atendidas cuando se hicieron con fuerza, enfatizando en ellas mediante sacrificios y entregas. ¡Cuántas veces nuestras oraciones no logran mucho con Dios, porque Él no las puede tomar en serio, ya que tampoco nosotros lo hacemos! Si lo hiciéramos, las reforzaríamos de cierta manera, dándole así mayor peso a nuestra petición.

El camino a la oración

¿Cómo llegar, entonces, a la fe osada, que confía como un niño, que persevera y es intensa, y que a su vez sale de un corazón arrepentido? ¿Sólo las personas especialmente bendecidas pueden orar de ese modo? No. Dios revela estas formas de oración a todos los creyentes. Todas ellas se han manifestado en nuestro Señor Jesucristo. Eso quiere decir que sólo tenemos que dar el siguiente paso en la vida real: no debo afligirme, tengo que permanecer firme en las promesas que el Señor me ha hecho mediante su Palabra o que me ha dado personalmente, en momentos de necesidad. Ciertamente, el don de la fe existe como una gracia procedente del Espíritu Santo, en la cual hay grandes compromisos con el Reino de Dios. Jesús

dijo: *“Por eso les digo que todo lo que ustedes pidan en oración, crean que ya lo han conseguido, y lo recibirán”* (Mr 11:24). Y esta promesa le pertenece a todo cristiano para su vida de oración.

Luchar para que nuestra oración sea confiada e ingenua como la de un niño, no es difícil. Lo único que tenemos que hacer es acudir al Padre con todas nuestras carencias, presentarle nuestras angustias y peticiones, y tener la confianza de que Él nos concederá lo que le pedimos. Descubriremos que Él sabe lo que necesitamos y que responde a nuestras peticiones.

Podemos aprender y recibir también la clave para la oración perseverante y seria, si damos el siguiente paso; es decir, si respaldamos la oración con algún compromiso indicado por el Espíritu Santo, en la forma de un pequeño sacrificio. Nuestro Señor Jesús dijo: *“Pero este género no sale sino con oración y ayuno”* (Mt 17:21). Con esta palabra nos muestra un camino hacia la oración eficaz, con la ayuda del ayuno, el cual significa abstenerme de cualquier cosa que represente un placer físico, espiritual o mental.

Es importante haber confesado previamente nuestros pecados en la oración que brota de un corazón purificado, y que ninguna falta sin perdonar se interponga entre Dios u otras personas y yo. Lo anterior significa que debo dar el paso de purificar mi vida de todo

aquello que Dios me señale, pedir perdón a Dios y a los hombres y apartarme de esto o aquello. Y así dejaré el camino libre para el paso de la oración efectiva.

Los testimonios relacionados con oraciones contestadas describen a Dios como a un Padre y nos demuestran que Él sólo espera poder responder a nuestras oraciones. Nos indican cuán grande es su amor hacia nosotros, sus hijos, y la inmensidad de su poder para cambiar las situaciones de desesperación e impotencia. El hecho de que Jesús, repetidas veces, nos invite a orar es una indicación de su promesa amorosa de darnos la gracia de la oración. Porque Jesús no nos exige nada que no nos dé al mismo tiempo. ¿No nos prometió Él, acaso, la ayuda del Espíritu Santo para darnos la gracia de la oración? Cuando nos parezca difícil orar, debemos decir: “Creo en el Espíritu Santo”. Debemos invocarlo y Él hará de nosotros hombres y mujeres de oración.

En nombre del amor del Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo, esta Trinidad que nos ha dado el don de la oración, permita que estos testimonios nos estimulen a descubrir las diversas clases de oración o a practicarlas aún más. Este modo de orar ha demostrado ser confiable y nos conducirá a la meta. Cada uno de nosotros puede, por lo tanto, experimentar que tenemos un Dios que responde a la oración y que hace milagros.

Libros complementarios de la misma autora

MI TODO PARA ÉL 208 p.

“La Madre Basilea no sólo escribe acerca de su amor profundo hacia el Señor. También nos señala el camino para llegar a experimentar ese amor. Aquí está descrita una imitación de Cristo real, viva, que exige todo.”

ENCONTRÉ LA LLAVE AL CORAZÓN DE DIOS.

Autobiografía

Es un testimonio de una conversión radical, el discipulado incondicional, y el amor ardiente por Jesús. *“En estas páginas encontré a Jesús, el Dios vivo, y no teorías. Aquí descubrí el corazón de Dios y los secretos sobre una relación íntima de amor a Jesús.”*

SI YO AMARA SOLAMENTE A JESÚS 32p.

La historia de la hermana Claudia. Ella descubrió el poder transformador en la sangre del Cordero y amaba a Jesús sobre todas las cosas. Decía: “Experimento literalmente que Jesús hace lo amargo dulce. Ésta es mi felicidad oculta.”

DÉJAME ESTAR A TU LADO 160 p.

Una narrativa sobre la Pasión de Jesús. “Nunca he leído un libro que de una manera tan conmovedora nos hace entender los sufrimientos de Jesús como si estuviéramos allí.”

Los milagros de Dios hoy...
ocurren diariamente. Este es un
relato que nos muestra el poder
de Dios para hacer milagros.

Un puñado de jóvenes mujeres
cristianas, en medio de una
Alemania destrozada por la
guerra, pone en acción una fe
radiante.

Esta es la increíble pero ver-
dadera historia de la madre
Basilea Schlink y la Hermandad
Evangélica (Luterana) de María.
Desde sus frágiles comienzos
en el altillo de una casa, este
dinámico ministerio de Dios
está ahora presente en Europa,
África, Asia, Australia, Norte y
Sur de América.

Cada una de estas conmove-
doras páginas nos habla de las
maravillosas respuestas de Dios
a las oraciones de la Herman-
dad. Son respuestas visibles,
actuales, reales a peticiones casi
imposibles. Tú también te sor-
prenderás y asombrarás al
leer estos relatos verídicos y
comprenderás que, también
para ti, los milagros pueden
llegar a ser...realidades.

